LA ZONA GRIS



JOSE CARLOS MARHUENDA

Los hechos de la siguiente obra son ficticios, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

LA ZONA GRIS

Jose Carlos Marhuenda

ÍNDICE

La Voz I

Dos operarios entraron rápidamente en la sala de espera, ocupada por un hombre y dos mujeres, y abrieron las viejas puertas de par en par. Uno de ellos desconectó la máquina de refrescos, que llevaba averiada un par de meses, mientras el otro se dirigía hacia su compañero con una carretilla en las manos.

-Disculpen la molestia. -Dijo el primero. -Pero es el único momento del día en el que podemos sacar el expendedor de aquí. Luego habrá mucha más gente y resultará más difícil.

El hombre grueso sentado en uno de los sillones les miró fugazmente y volvió a hundir su cara en el periódico. Los mozos comenzaron a forcejear con el enorme aparato, tratando de separarlo de la pared, hasta que por fin consiguieron situarlo sobre la carretilla y se dirigieron lentamente hacia la puerta de salida.

-No la hemos colocado bien. -Dijo uno de ellos.

-Vamos, sigue. -Replicó el otro de mala gana. -Sujétala, hombre. Que se me viene encima. -Espetó mientras tiraba con dificultad.

Aquella mañana se presentaba desapacible y gris. La estación de tren volvía a ver amanecer, como lo había hecho en los últimos ochenta y tres años, pero aquel día arrancaba perezosamente. El cielo se había cubierto durante la noche de nubes gruesas y oscuras que retrasaban la claridad y el ambiente era muy húmedo; sin duda llovería de un momento a otro.

Los dos trabajadores salieron de allí y sus voces se fueron perdiendo poco a poco en el exterior. El alboroto sacó a una de las mujeres de su sopor, que se incorporó en su sillón y miró resoplando las puertas abiertas. Sabía que no regresarían para cerrarlas.

El hombre apartó la vista del periódico intrigado por el espacio que antes ocupaba la máquina, repleto de polvo y suciedad acumulados por los años. De repente, se fijó en una pieza de plástico que brillaba en medio de aquella porquería. Se levantó y la cogió.

La pieza era una extensión de teléfono móvil que permitía la conexión de unos auriculares dedicados, lo sabía porque su teléfono admitía uno de esos accesorios. La mujer sentada frente a él abandonó su butaca y se acercó.

-Disculpe. -Dijo ella con timidez.

Sorprendido, levantó la cabeza y la miró. -¿Sí? -Preguntó.

-Ese acople es mío, se me escapó de las manos hace algunas semanas y no lo pude recuperar, se coló bajo el trasto que se acaban de llevar.

El hombre examinó atentamente el dispositivo, dándose cuenta de su tono: negro brillante. La mujer sacó el teléfono de su bolso y se lo enseñó.

-¿Ve? Tiene el mismo color. La tenía en las manos y se me resbaló. Intenté recuperarla, pero la máquina pesa muchísimo y no fui capaz de moverla. -Avergonzado, extendió la mano, entregándosela.

-Caray... -Contestó, eludiendo los ojos de la mujer: -¿Qué posibilidades hay de que dos personas con el mismo modelo de teléfono se encuentren en la misma habitación?

-Oh, no se preocupe. -Respondió ella con una sonrisa. -Yo habría hecho lo mismo. Estos cacharros son tan pequeños que se pierden muy fácilmente. Intenté hacerme con otro en una tienda de reparaciones, pero solo se pueden conseguir a través de internet. Llámeme anticuada si quiere, pero soy una de esas personas que desconfía de introducir los datos de la tarjeta bancaria en un ordenador.

Volvió a su asiento mientras soplaba la pieza, tratando de limpiarla, y murmuró:

-Además, así podré escuchar esa voz de la que todo el mundo habla con más claridad.

La mujer sentada frente a ella giró la cabeza y se retorció, nerviosa. Era de aspecto oriental y su flequillo cubría casi por completo sus minúsculos ojos. Por un momento pareció querer levantarse, pero se lo pensó mejor y permaneció en la silla. De repente, preguntó:

-¿Usted también?

-¡Sí! -Contestó muy excitada. -La gente no me cree, pero sé de otros que también la han oído. ¿Y usted?

-No, yo no. Pero creo totalmente en esas cosas. La mayoría de las personas con las que he hablado del tema dicen que no es más que una broma, o una historia de esas que alguien se inventa y va creciendo, que nadie que ellos conozcan...

-Pues yo sí, de verdad. -Le interrumpió, su expresión se tornó un poco más sombría. -Y, a pesar de que no sé de nadie más que haya tenido esa experiencia, le aseguro que yo sí lo he hecho. Señor, ¿y usted? ¿Ha escuchado la voz? -De repente, las dos mujeres miraron fijamente a aquel hombre que había dejado de prestar atención a su lectura y las observaba con curiosidad. De alguna manera, sintió que toda la tensión acumulada por aquella conversación se había descargado sobre él.

-Lo siento, no sé de qué me hablan. -Respondió de mala gana. Incómodo, cerró su periódico y salió rápidamente al andén. Había algo en el tono de esas dos personas que le causó una gran inquietud. Observó el monitor que ofrecía los horarios a tiempo real comprobando con resignación que su tren volvía a retrasarse veinte minutos, como dos días atrás, como casi todas las semanas. -Siempre se retrasan los trenes en esta zona. -Murmuró mientras sacaba el paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta.

Bajó lentamente las escaleras que conducían hacia la calle y encendió un cigarrillo.

El Enamorado I

-¡Perdón! -Gritó el muchacho sin dejar de correr. Sus veloces pasos le llevaron fuera de la estación y desapareció calle abajo. El día se había despejado y su recorrido diario se llenó de gente que rápidamente ocupaba las terrazas de los bares; el sol había calentado el ambiente varios grados, la temperatura era muy agradable, invitaba a salir de casa. El camino que Rafael realizaba para llegar a la parada del autobús estaba lleno de vida: cafeterías a rebosar, puestos callejeros, espectáculos, pequeñas actuaciones en las aceras y turistas que abarrotaban las tiendas de suvenires. Le hubiese gustado quedarse por allí y disfrutar de todo aquello, pero tenía que trabajar.

Jadeando, llegó hasta su destino, situado frente a una gran iglesia que se alzaba majestuosa en medio de un parque. Sobre el césped, grupos de personas sentadas en corros que conversaban, leían o simplemente tomaban el sol. Sintió envidia. Aquella semana, su turno comenzaba a las dos de la tarde, había dormido demasiado y apenas había tenido tiempo de sacarle partido a la mañana.

Aquel joven, alto y bien parecido, observó atentamente a un mendigo con muy mal aspecto que estudiaba a los viandantes, el indigente le miró durante un momento y decidió pedir dinero a un par de chicas que pasaban por allí. Rafael suspiró aliviado mientras se masajeaba las rodillas. Poco a poco, se sumergió en el mar de pensamientos del que era presa cada día, reflexiones negativas en las que se recreaba, de las que se había vuelto adicto, que le proporcionaban la dosis de cólera y adrenalina que nutría sus células puntualmente: "Un par de minutos para relajarme antes de ponerme a empujar dentro del autobús. Como no encuentre otro trabajo pronto, voy a tener un ataque de nervios. Esto no es vida, paso muchas horas fuera de casa y mi ocupación no es mejor que cualquier otra, eso sin contar con los retrasos de los trenes que me obligan a ir corriendo..." -el vehículo llegó puntual y le sacó con un fuerte bocinazo de su bucle de negatividad sin sentido.

Tras veinte minutos de agarrones y desequilibrios, luchando por tener una pequeña zona de espacio vital a su alrededor, llegó al polígono industrial demasiado temprano, como casi siempre, así que se sentó cerca de la puerta de la nave y comenzó a leer.

Se hallaba absorto en su lectura, subrayando aquellos párrafos que pudiesen arrojar claridad a las ideas que tanto intentaba comprender, cuando sintió una vibración cerca de él. Dejó rápidamente el libro en el suelo y buscó frenéticamente el teléfono en el interior de la mochila.

-¡Vamos, dónde estás! -mascculló con rabia. El timbre del celular se hacía más y más audible mientras revolvía los innumerables objetos que lo rodeaban. Por fin pudo hacerse con él y contestó nerviosamente. -¿Diga? ¿Dígame?

-¿Hablo con el señor Rafael López?

-Sí, dígame.

-Le llamo por la entrevista que solicitó, no sé si se acordará, para formar parte de un grupo de encuestadores freelance.

-Sí, le escucho. -Rafael sintió en su estómago el peso de la decepción. Esperaba que fuese la llamada que le confirmase, por fin, su admisión en el trabajo que había pedido ocho días antes; le quedaba más cerca de casa y no tendría que usar trenes ni otros transportes. Rafael aguantaba estoicamente la insulsa perorata de la mujer que le detallaba las condiciones. Quizás no estaría de más aceptarlo y ganar un dinero extra.

-Está bien -contestó. -Empezaré este mismo sábado, si puede ser. -"Si me aceptan en el otro puesto, lo mandaré todo a paseo y podré descansar los fines de semana". -La conversación concluyó y Rafael se marchó hacia el interior con resignación. Eran las dos menos diez de la tarde.

Su obligación diaria no era nada del otro mundo, monótona y grisácea como las paredes de la fábrica en la que se desarrollaba, Rafael trabajaba en una empresa de electrónica que había ido creciendo poco a poco desde la construcción de equipos de audio para terceros y que finalmente había creado su propia marca que parecía abrirse paso de forma tímida pero sin pausa en el mercado del sonido en general. Sus compañeros eran buena gente, no se desvivían ayudándose mutuamente, pero eran amables, aunque intentaban esforzarse lo mínimo. El supervisor no se quejaba y más o menos todo iba bien, el ambiente era relajado.

Dos horas y media después llegó el primer descanso. Rafael dejó lo que estaba haciendo y cruzó el largo pasillo que atravesaba el inmenso almacén en dirección a la cafetería. La estancia tendría unos sesenta metros cuadrados y estaba ocupada por varias mesas con cuatro sillas cada una, una barra que dividía la habitación en dos, rodeada de banquetas en las que se sentaba todos los días sin excepción, una máquina de aperitivos, refrescos y otra de café, además de un frigorífico y dos microondas. Las paredes estaban sucias y desconchadas. A través de las ventanas podía verse un bosque situado a un par de kilómetros de allí, la vista era embriagadora y Rafael perdió sus ojos entre los árboles mientras comía, intentando aislarse del jolgorio que varios compañeros armaban enseñándose unas fotografías de móvil. La mochila comenzó a vibrar otra vez, dejó el tenedor furiosamente y buscó de nuevo el teléfono. Esa vez lo tenía más fácil, el aparato estaba mucho más accesible y no enterrado bajo todos los trastos.

-¿Sí?

-Hola, Rafael. Soy Lucía. Te he llamado antes por lo del trabajo de encuestador y se me ha olvidado pedirte el número de cuenta corriente en la que debo ingresar el dinero.

El chico resopló, contrariado. -Ufff, pues la verdad es que ahora mismo me pillas sin tener a mano mis datos y estoy en el turno de tarde, así que llegaré a casa pasada la medianoche. ¿Te puedo llamar mañana? No sé si trabajáis en sábado.

-No hay problema, pero pregunta por mí, aquí cada compañero tiene su departamento y puedes pasar un buen rato hasta que te transfie... -La llamada se cortó.

-¿Hola? -Silencio. Rafael separó el teléfono de su cara y miró la pantalla. Los segundos seguían corriendo, la llamada continuaba. -¿Hola? -Volvió a decir. En ese momento escuchó un crepitar, un estruendo como de grava al ser descargada de un camión, el ruido aumentó su volumen y desapareció súbitamente. Volvió a mirar la pantalla, la llamada seguía activa.

Escuchó atentamente... silencio. De repente, un chisporroteo eléctrico le sobresaltó, pudo oír un extraño sonido ambiental y una voz que decía algo como:

-*...to com...* -la llamada se cortó. Rafael observó confundido el aparato. Aquello le había inquietado un poco, el ambiente que había podido escuchar no era... normal por decirlo así, pero rápidamente salió de aquella burbuja y volvió a la realidad. “Bah” -pensó. -“Como ya he dicho, mañana llamaré. Tampoco me hace ninguna ilusión encuestar, supongo que pueden esperar”.

Tras el primer descanso, la tarde continuó como siempre, entre bromas con los compañeros, bostezos y deseos de que las horas pasasen lo más deprisa posible, Rafael terminó su jornada y echó a correr para no perder el autobús que le llevaría a la estación. Todos sus días eran así, independientemente del turno que le tocase, nunca podía fiarse de los trenes. El servicio ferroviario era lamentable y se producían retrasos y cancelaciones muy a menudo. Estaba harto. Las cosas no salían como él había planeado, el estrés era excesivo, los gastos en transporte eran también excesivos y su sueldo más bien escaso. Había meditado sobre su situación una y otra vez y solo encontraba dos opciones posibles: encontrar otro trabajo allí donde vivía o trasladarse a la ciudad en la que trabajaba, opción que no era factible por los altos precios de los alquileres. Mudarse le obligaría a compartir piso, al menos durante un largo tiempo, y él no quería vivir rodeado de desconocidos. Las puertas se cerraron y el tren se puso en marcha.

Llegó a casa cabizbajo y se recostó en el sofá, encendiendo la televisión. Rafael era un solitario, pero no quería seguir así. Quería conocer a alguien que llenase su vida, también se desesperaba por cambiar de empleo, por conseguir un poco de tranquilidad, pero al mismo tiempo temía encontrar otra ocupación en el pequeño pueblo en el que residía y rodearse de personas con más edad, pasando sus días aburrido y solo. Además, guardaba algo muy dentro de sí: estaba enamorado de una compañera de empresa, una mujer doce años mayor que él, algo que le tenía desconcertado y que le provocaba un morbo extraño. La idea de desnudar sus sentimientos y que ella le aceptase le estremecía, Rafael se dejó embriagar momentáneamente por aquella sensación. “Debería decírselo” -pensó, pero a pesar del amor que le profesaba, no se atrevía a confesarlo por temor a ser el cotilleo de la empresa y, aunque estaba seguro de que aquella mujer no se dedicaba a airear secretos, la posibilidad de quedar expuesto ante todos le impedía hacerlo.

Mientras se quedaba dormido pensó en ella como hacía todas las noches, imaginándose que ocupaba su cama, que él se dirigiría hacia allí y que dormirían abrazados, despertándose juntos al día siguiente. Rafael quería escuchar sus anhelos, sus victorias y sus fracasos, quería entender porqué era tan solitaria, tan reservada. Rafael sabía que su existencia era mucho más que lo poco que mostraba a los que la rodeaban, de los cuales se apartaba prácticamente a empujones, sabía que pasaba sus días haciendo algo importante y que por eso vivía sola, sabía que jamás le necesitaría. Quizá eso era lo que más le atraía de ella.

Mientras la entrevista proseguía en el programa de televisión, se quedó dormido.

La Técnico I

Álex despertó al amanecer. Su vitalidad era envidiable a pesar de las pocas horas que dedicaba al sueño, pero era perfectamente capaz de aguantar ese ritmo porque había encontrado algo que absorbía su interés obsesivamente. Vestida con un pijama claro, salió del salón -convertido en dormitorio muchos años atrás- y puso agua a calentar para prepararse el primero de los muchos cafés que tomaría a lo largo del día, colocó un cigarro en su boca, contemplando el encendedor “Es inútil que intente dejar de fumar hoy” -se justificaba -“están pasando demasiadas cosas como para coger una racha de tranquilidad y poder abandonar el vicio sin que me den ganas de arrancarle la cabeza a alguien. No es el momento”. Encendió el cigarrillo mientras observaba la desgastada taza y relajó los hombros, saboreando satisfecha el humo caliente. Para ella, aquel momento era algo más que un ritual. No importaba si le esperaba el trabajo y había pasado la noche sin descansar más de tres o cuatro horas, o si era sábado y tenía todo el día por delante, sin más obligaciones que restaurar algún archivo de audio que llegase su cuenta de correo o salir a practicar deporte. Cada mañana, durante el desayuno, no existía otra cosa, y un extraño silencio inundaba su mente cada vez que tomaba su café y fumaba su cigarrillo, un silencio interior que no era capaz de recrear en ningún otro momento del día. El fin de semana era suyo y decidió, sin pretenderlo, dejar de lado su obsesión para dedicarlo a experimentar y reflexionar. Lo que estaba ocurriendo no era normal. Quizás tuviese alguna explicación, pero ella no había sido capaz de encontrarla. Apagó el cigarro nerviosamente y entró de nuevo en la habitación.

Su dormitorio era un completo caos. Sería imposible que alguien ajeno a aquella casa pudiese localizar algo entre las decenas de cosas que había desperdigadas por allí, una fea costumbre de la que no podía deshacerse, no era muy dada a guardar en su sitio correspondiente los libros y papeles que de vez en cuando consultaba. Aquella habitación se fue transformando en un laboratorio multidisciplinar con el paso de los años, las capas de aparatos y cables nuevos habían ido superponiéndose a los antiguos, que conservaba más que nada por apego. Cada vez que se disponía a deshacerse de algo acababa abandonando la idea, estando segura de necesitarlo algún día. Los objetos se amontonaban, convirtiendo aquel lugar en un fuerte infranqueable.

Álex también había acumulado toda clase de libros, libretas manuscritas -algunas pulcramente, otras garabateadas con una escritura que se antojaba característica de alguien que había perdido la razón, caótica e ilegible- que se apilaban sin orden aparente sobre las mesas y las estanterías. De vez en cuando se despertaba bien entrada la madrugada y anotaba sus ideas, bien fuese por escrito o grabándolas con un dictáfono digital que solía tener a mano.

Dos tercios de la pared más extensa estaban cubiertos de papeles que había ido colocando durante los once años que llevaba viviendo allí. Apuntes, fotocopias, fotografías, impresiones de análisis espectrales y esquemas, tres muebles viejos con decenas de libros, películas, CDs de música y software, herramientas... Un armario desmontable se apoyaba en una de las paredes más cortas, al lado de la ventana, con algo de ropa y cajas llenas de componentes electrónicos. A su lado, un enorme sofá marrón claro en el que dormía. Frente a él, una gran mesa y dos ordenadores, un mezclador de audio con varios cables conectados que desaparecían tras algunas pilas de libros, una torre compuesta por un escáner analógico, dos radios en rack,

procesadores de efectos, un analizador de espectro, dos consolas de videojuegos portátiles y varias libretas. En el otro extremo, una consola de última generación que había modificado ella misma para instalar un sistema operativo y programas de edición de sonido. Con ese dispositivo tenía mucha más potencia para el procesamiento de señales que con cualquier ordenador. Se acercó a la ventana y contempló el paisaje mientras terminaba de tomar el café.

Álex había acabado allí, o más bien aterrizado sin paracaídas como le gustaba decir, después de haberse marchado del hogar familiar dando un fuerte portazo como despedida. Llegó a aquella ciudad con poco dinero, pero con muchas ganas de comenzar su propia vida y su cabeza llena de ideas y proyectos que no le dejaban dormir, que comenzaba obsesivamente y que arribaban a buen puerto solo en algunas ocasiones, dejando otros a medio hacer. Comenzó fregando platos sin contrato y viviendo en un piso compartido hasta que por fin encontró trabajo fijo y fue capaz de pagar un alquiler para ella sola, sin tener que ceder parte de su intimidad a nadie más. Los dos primeros meses fueron muy duros: durmiendo en un saco de camping y sin apenas pertenencias, reformó aquella vieja casa poco a poco, sin ayuda de nadie. Cubrió el suelo de moqueta, sustituyó los armarios de la cocina que no empezó a usar hasta casi un año después -algunos de ellos podridos por la humedad- y consiguió adecentarla, llenando las habitaciones con muebles que los vecinos iban tirando, Álex los recogía, los restauraba y cada uno de ellos fue cumpliendo una función específica en aquel lugar, ninguno quedó vacío de libros, revistas y objetos. Tras tres semanas de soledad, dejó de necesitar ver la televisión. A día de hoy sigue creyendo que es la mejor decisión que pudo tomar.

Su casa se situaba en lo alto de una colina, en una urbanización tranquila, tan tranquila que sentía pánico al ir a dormir, Álex era muy sonámbula y algunas noches se despertaba cubierta de sudor y con la garganta seca. Entonces se incorporaba presa del pánico, preguntándose si habría hablado en sueños. Sus padres le contaban que durante su infancia no solo hablaba, sino que a veces incluso gritaba, no entendían cómo no se despertaba a sí misma. Las ventanas de su dormitorio se hallaban cerradas permanentemente, pero el silencio de la zona era atronador, algunas veces podía escuchar las discusiones de los vecinos en la vivienda contigua. “En el silencio de la madrugada me podrían oír ellos a mí” -pensó.

Mientras se acomodaba en una silla encendió el ordenador, sacudiéndose la idea de la cabeza. Sabía que eso no era algo tan importante ya que, más tarde o más temprano, acabaría mudándose a otro sitio y perdería de vista a todo el mundo. Antes o después tendría que desaparecer... cuando hubiese terminado aquello que debía hacer.

La máquina arrancó y un mensaje parpadeó en la pantalla, mostrándole la ausencia de red. Álex resopló con fastidio, se deslizó bajo la mesa y comprobó la conexión. Todo parecía en orden, el problema debía estar en el tejado. Se calzó unas zapatillas y salió al exterior, la escalera plegable estaba todavía allí, apoyada en la pared trasera. Subió por ella y anduvo haciendo equilibrios hasta llegar a la antena “yagui” de la que salían dos cables, abrió la caja de conexiones y desatornilló y volvió a atornillar con dificultad el pequeño receptor inalámbrico oculto en su interior y que apuntaba estratégicamente hacia un barrio situado a unos dos kilómetros al pie de la colina, un área bulliciosa de viviendas humildes y no con muy buena fama. Aquel grupo de casas se veía muy bien en días como aquel, días grises y fríos, de calma y silencio. El sábado comenzaba tranquilo, invitaba a seguir durmiendo, pero ella no era capaz

de dormir por placer, su mente le torturaba constantemente con ideas y pensamientos que escapaban a su control.

Volvió sobre sus pasos intentando que la escarcha que cubría el tejado no la hiciese resbalar y permaneció durante un momento en la puerta. Aquella mañana era demasiado silenciosa. Álex miraba alrededor intentando encontrar una señal de vida. No había viento, los pájaros no cantaban, parecía que el tiempo se hubiese detenido. Entró de nuevo en la cocina y puso agua a hervir mientras pensaba en la experiencia sufrida unas horas atrás. Creía haber descubierto algo, y ese hallazgo le mantuvo en vilo gran parte de la noche.

"¿No será que mi cerebro está interpretando el ruido como un mapa-discurso?" -pensó - "¿Cómo puedo asegurarme?" -volvió al dormitorio, miró la pantalla con desconfianza y comprobó la presencia varias redes disponibles. Álex no tenía internet en casa, pero sabía muy bien lo que debía hacer para usar una conexión ajena: la red tenía activada la protección WPS, solo debía lanzar un ataque de fuerza bruta con diez mil peticiones para colarse en ella. Tras unos pocos segundos conectó y comprobó su correo, no había ningún mensaje nuevo en la bandeja de entrada. Apagó el monitor y se quedó pensando, clasificando pacientemente la información que se amontonaba en su cabeza mientras observaba la grabadora digital que descansaba a su lado: relación señal-ruido, margen dinámico, formatos de compresión… Sus enormes ojos se abrieron de repente y dio un pequeño respingo, apretando la taza de café con fuerza.

-¡Ya sé! -gritó. Miró su reloj, chasqueando la lengua con fastidio: aún quedaban tres horas para que los comercios abriesen. Acto seguido, una vieja herida le devolvió por sorpresa a la insoportable realidad, fue como si un caballo le hubiese propinado una coz al tratar de montarlo despreocupadamente. Olvidarse de aquel dolor, incluso por un instante, le resultó, de pronto, ofensivo y monstruoso. Abandonó el idílico fin de semana que había planeado y decidió repetir la tarea que ocupó su vida el último año y medio, la tarea que cumplía con obsesiva disciplina un día tras otro. Se introdujo en el ordenador de un pobre desgraciado por el que sentía un odio irracional y empezó a curiosear entre sus correos.

-¡Joder, voy a tener que salir! -Álex se levantó y se quitó el pijama lo más deprisa que pudo sin dejar de mirar una foto en la que aparecía junto a otra chica mucho más joven, una chica de mirada pura y sonrisa perfecta. Parecían muy felices.

El Enemigo I

José Miguel se dio la vuelta y apagó por tercera vez la alarma del despertador, giró sobre sí mismo y miró al techo. Un par de minutos después, se incorporó con resignación y comenzó a vestirse perezosamente. Sabía que no tendría tiempo para desayunar.

La mañana era fría y prefería no trabajar en fin de semana, pero su ocupación era temporal y solo le llamaban cuando necesitaban ayuda, no importaba el día que fuese, siempre debía estar disponible. Era uno de tantos obreros casuales empleado, en aquel momento, en una pequeña empresa de reformas. Se encontraban restaurando un antiguo edificio para convertirlo en la sede de un ministerio, por lo que debían de adecentar todo el inmueble cambiando gran parte de las tuberías, la instalación eléctrica, las máquinas de aire acondicionado, tirar abajo paredes interiores y levantar otras nuevas para conseguir una distribución totalmente distinta a la original. Ajustándose la mochila a la espalda, entró velozmente en la estación de tren y dirigió sus pasos hacia el andén número cinco, abordó el último vagón y buscó un asiento doble sin ocupar. El tren arrancó tres minutos después, José Miguel cogió su móvil y abrió la aplicación de mensajería para chatear. Un icono parpadeante señalaba la presencia de un mensaje recibido la noche anterior:

Damián: Avísame si vuelves a ver a la tía esa de la que hablamos el otro día en el bar. Va a ser cosa del destino, chavalote.

Miró fugazmente a la gente que ocupaba el vagón, una cara conocida se situaba tres asientos detrás de él. No se lo podía creer. Nerviosamente, respondió:

José Miguel: Está aquí, detrás de mí. Te lo juro. Es la cuarta vez que la veo esta semana, ha vuelto a coger el mismo tren que yo.

Se dio la vuelta y miró de nuevo hacia delante, echando rápidos vistazos a la pantalla, pero su amigo no estaba conectado. Incrédulo, volvió a girarse. Era ella, sin duda.

La mujer sentada tras él era la “tía más buena” -como le había dicho a su amigo Damián- que había visto en mucho tiempo. Era alta, atlética, sus ojos eran enormes y sus labios, irresistiblemente carnosos, tenían una forma interesante: finos en las comisuras y muy gruesos hacia el centro. Su pelo era negro y rizado, y su figura el perfecto equilibrio entre curvas y rotundidad. Practicaba algún deporte, no cabía duda. José Miguel no entendía por qué no explotaba más su atractivo, daba la impresión de querer pasar desapercibida, vestía ropa ancha y desgastada y una gorra marrón. La mujer usaba obsesivamente su teléfono, jamás separaba la vista de él.

El tren cumplió su horario puntualmente varios minutos más tarde, José Miguel se dispuso a bajar en su parada y pasó por su lado observándola, sin disimular demasiado. La mujer seguía inmóvil, ensimismada con aquel aparato. Salió de la estación y caminó calle arriba fumando un cigarrillo. De vez en cuando se daba la vuelta, viéndola de nuevo. Allí estaba ella, a lo lejos, caminando tras él con la cabeza agachada y la cara pegada al móvil. José Miguel llegó a su destino y entró en el edificio, se acercó rápidamente a una de las ventanas, esquivando las pilas de escombros, y se asomó. La mujer pasó de largo y siguió caminando lentamente, dejando el edificio atrás.

-¡Joder! -gritó él mientras daba un fuerte pisotón. El crujir de los pequeños cascotes resonó molestamente por la habitación diáfana. En ese momento apareció el encargado, sacándole del embrujo.

-¿Qué pasa, José?

-Estoy enamorado, te lo juro. Hay una tía que veo a menudo en el tren. Está cañón.

-Entonces no es amor, es otra cosa.

-Ya, bueno. Es una forma de hablar. -Respondió José Miguel entre risas. -Le haría de todo, macho.

-¿Es aquella? -el encargado miró por la ventana con interés.

-Sí. -José Miguel apretaba con fuerza el encendedor.

-Viéndola de espaldas… parece un fontanero. Perdona que no me quede contemplando a tu diosa, pero llegas un poco tarde, igual que ayer. Vamos al segundo piso -ordenó el encargado con tono imperativo. -Hoy estamos con los aseos.

El hombre dejó su mochila en el suelo y desapareció escaleras arriba con su compañero.

El Enamorado II

Rafael se levantó a las diez y media de la mañana. No recordaba cómo había llegado a la cama y bajó las escaleras corriendo, temiendo lo peor. La televisión estaba apagada, observó sorprendido el sofá y la puerta de entrada: todo parecía en orden, su chaqueta se encontraba perfectamente colgada en el perchero y la puerta cerrada con llave. "Pues nada" -pensó confundido. "Parece que, de repente, mis actos son automáticos y mi memoria muy mala". Después de desayunar, tras buscar en varias carpetas los detalles de su cuenta bancaria, marcó el número de teléfono de la empresa de encuestas, pegó el aparato a la oreja y se quedó escuchando con aplomo los tonos de llamada. "Que me maten si tengo ganas de hacer ese trabajo" -se lamentaba una y otra vez, pero necesitaba el dinero.

-*¿Dígame?* -Contestó una voz masculina. No parecía muy amable.

-Buenos días. ¿Podría hablar con Lucía, por favor?

-*¿De parte de quién? Aquí no nos dedicamos a pasar recados.*

-Entiendo, pero tenía que llamarla hoy porque he de facilitarle unos datos para poder trabajar para vosotros.

-*¡Ah, vale! Eres un encuestador freelance. Pensaba que eras el pesado de su ex-novio. Nos tiene hartos el tipo ese, no deja de llamar y decir que quiere hablar con ella, y ella nos repite hasta la saciedad que no quiere saber nada de él... En fin, ridículo.*

-Caray, pues si puedes... -el interlocutor no le dio tiempo de terminar y Rafael se encontró hablando con el tono de la línea interna. "¡Qué imbécil!" -pensó.

-*¿Dígame?* -Era la voz de Lucía, la recordaba perfectamente.

-¿Qué tal? soy Rafael, llamo para darte los datos de mi cuenta.

-*Hola, Rafael. Un momento, que tengo que abrir la base de datos. Me has pillado recién sentada.*

-No te preocupes. Pensaba que empezabais más temprano.

-*Los sábados, no. Normalm...* -Rafael escuchó un chisporroteo en el auricular mientras ella le explicaba desinteresadamente los detalles del horario en fin de semana. Súbitamente, un sonoro "click" taladró su oído. La línea quedó muerta.

-¿Hola? ¿Estás ahí? -La voz de la mujer regresó un par de segundos más tarde.

-...*cuatro o cinco clientes por hora estaría bien. Y si además puedes...*

-Perdona, Lucía -interrumpió él -pero la llamada se ha cortado por unos segundos. Ayer ocurrió lo mismo.

-*¿Sí? Pues juraría que oía tu respiración mientras hablaba. No nos suele pasar esto, el edificio tiene pocos años, la instalación siempre ha funcionado bien.*

-¿No te estará espiando tu ex? -Rafael se dio cuenta demasiado tarde de que aquel comentario estaba fuera de lugar. -Es broma.

-Caray, no entiendo la manía de algunos compañeros de airear mis cosas. Deb... -La llamada volvió a cortarse. Rafael pudo oír un sonido ambiental extraño, era ruido de maquinaria, pero tenía una reverberación anormal. Una voz con tono vetusto, como salida de una radio antigua, comenzó a decir: *"Prueba ciento cuarenta y dos. El puente está ahora abierto y deberían es..."* -La comunicación se interrumpió y Rafael se sentó en el suelo, escuchando de nuevo la actividad de oficina: teléfonos que sonaban, conversaciones lejanas… pero el ambiente sonoro era totalmente diferente, volvía a ser... normal, si se puede decir así. *-¿Rafael?* -era la voz de Lucía otra vez.

-Oye, perdona. ¿Has oído eso?

-He oído crujidos y después silencio. Te llamaba, pero no contestabas. ¿Estás en un lugar con poca cobertura?

-¿Te puedo llamar en un rato? No me encuentro muy bien. -Sin darle tiempo a responder, Rafael colgó el teléfono y se recostó en el suelo. "Me está dando una lipotimia. Hace años que no me ocurría". -Seguidamente se giró y comenzó a pensar en la voz, en el timbre tan extraño que tenía. Jamás había escuchado nada parecido. El tono de la llamada le había puesto la carne de gallina, le había revuelto el estómago. Rafael corrió hacia el aseo, espantado, su frente se perló de gotitas de sudor una vez allí. La puerta entreabierta dejaba ver las escaleras, que le resultaron, de pronto, amenazantes y sombrías. Sintió miedo.

La Técnico II

Álex llegó a casa y lanzó las llaves al suelo con todas sus fuerzas.

-No me lo puedo creer. Ese cerdo me ha visto la cara. -Dijo con rabia.

-¡No me lo puedo creer! -Álex se quitó la gorra y la retorció furiosamente, tratando de despedazarla. Su pelo negro y rizado se iba acomodando sobre su espalda y hombros mientras caminaba de un lado a otro, analizando lo que acababa de ocurrir. "Mi problema" -se dijo a sí misma -"es haber ido demasiado despacio por miedo a meter la pata, y el resultado final forzará mi desaparición, eso no cambiará. Llevo más de un año detrás de ese imbécil y no he avanzado nada. Es tan simplón que no comete errores... porque no toma riesgos. Su vida diaria es normal, tan normal que no parece que tenga nada que esconder. Maldita sea, todo este tiempo planeando qué iba a hacer y cómo... No era necesario espiar sus comunicaciones, ni gastarme todo el dinero en el equipo que compré solo para no perderle la pista".

-¿Por qué he tenido que seguirle? ¡Maldita sea! -Álex dio un fuerte puñetazo a la pared de pladur que tenía a su derecha, dejando los nudillos marcados en ella. Su plan se había venido abajo, debía cambiar de estrategia. Mientras chupaba la sangre que comenzaba a brotar, miró aquel bosque que tanto le gustaba, tratando de calmar sus pensamientos: "¿Cómo fuerzo su error? Hasta ahora solo he observado, pero ese tío es inaccesible, no me da la oportunidad de hacerme con él. No creo ni que sea mala persona, es solo un idiota. Voy a tener que probar algo distinto".

Trató de cortar la pequeña hemorragia lavando la mano bajo el grifo de la cocina. Álex sabía muy bien lo que debía hacer, aquella era su última opción, algo a lo que no quería llegar de ninguna manera. Años atrás, una empresa especializada en electrónica causó sensación en el mundo de la informática de bajo coste al comercializar unos ordenadores del tamaño de una caja de cigarrillos, eran baratos y tenían poca potencia, Álex adquirió uno e instaló en él un programa de grabación de video. El aparato era pequeño, podía ser ocultado sin dificultad y era totalmente accesible por vía remota, mediante una conexión inalámbrica. Entró en el salón, introdujo aquel equipo en su mochila junto a una cámara web, varios cables, un estuche cuadrado y unos guantes de neopreno y salió corriendo calle abajo a toda velocidad. Un cuarto de hora más tarde se encontró llamando a los timbres del edificio en el que vivía José Miguel.

-*¿Quién es?* -contestó una voz masculina. Por su tono ronco y desgastado, debía pertenecer a un hombre mayor.

-Estoy repartiendo folletos de una lavandería. ¿Puede abrirme? -Un zumbido eléctrico le permitió empujar la puerta, que se cerró con un estruendo tras ella. El silencio en aquel rellano, grande y diáfano, tan solo se rompía con su agitada respiración resonando por doquier. Subió temblando hacia la tercera planta, sacando de la mochila el estuche que contenía varias ganzúas, se había convertido en una experta abriendo candados con los que había entrenado en casa, pero cuando intentó forzar la cerradura de José Miguel tardó mucho más de lo necesario. Los nervios la traicionaban, el corazón golpeaba su pecho con una violencia insoportable. El inquilino tardaría varias horas en volver, pero... ¿y si regresaba antes, y si algo salía mal y alguien le descubría? Su vida dejó de tener sentido un año y medio atrás,

pero antes de desaparecer del mundo que la rodeaba y perderse en algún remoto lugar, tenía una misión que cumplir. Una misión para la que se había preparado a conciencia, que planificó, incluso, en un tablero, sopesando todas y cada una de las posibilidades y ahora, por primera vez, ignoraría todo aquello que tan cuidadosamente había repasado y pulido porque los resultados no llegaban.

Tras varios intentos, la cerradura giró, entró rápidamente y la puerta se le escapó de las manos, cerrándose con violencia. Álex permaneció inmóvil, con los brazos separados del cuerpo, conteniendo la respiración, apoyó la mano derecha en la pared, perdiendo su vista en el suelo de terrazo. "Debería largarme" -pensó. -"Debería contratar a un par de matones para que le den su merecido y terminar con todo esto. Empiezo a pensar que tomo tantas precauciones que jamás podré pasar página". -Los esfuerzos por tranquilizarse y respirar normalmente le desquiciaban todavía más. Nerviosamente, miró a su alrededor. El pequeño pasillo que conducía al salón y al resto de habitaciones era sombrío, las paredes estaban cubiertas de papel marrón claro, triste y desgastado. Aquel piso era antiguo, debía tener más de treinta años, el suelo estaba sucio y el aire era casi irrespirable, denso, el olor de aquel lugar resultaba repugnante, agrio y condensado, su habitante había dejado de limpiarlo y ventilarlo porque se había vuelto indiferente a su propia inmundicia.

Álex podría haber acabado con aquello mucho tiempo antes, podría haberse cruzado en el camino de su enemigo y haber entrado como por casualidad en su vida, pero el riesgo era inaceptable, todo dejaba rastro. En lugar de eso diseñó una venganza sin fisuras, con exquisita meticulosidad. Pensó que funcionaría, pero el resultado no fue el esperado, la realidad era mucho más entrópica. "Nada ha salido tal y como pensé. Absolutamente nada, maldita sea". -Se dijo a sí misma. Se sentía incómoda dejando parte de aquel plan al azar, ella siempre había sido una persona metódica, intentaba tener su vida bajo un estricto control. Los detalles más mundanos como las horas a las que debía salir de casa o cuándo ir al supermercado estaban perfectamente delimitados, minuciosamente trazados, sabía que cada día se encontraría con situaciones que no podía prever, por eso ella hacía su parte no permitiéndose improvisar, nunca se consideró muy buena en ello. El guión había cambiado, ya no podía echarse atrás, estaba dentro de la guarida de su víctima y ese era el punto de inflexión que daría un giro a la historia.

Un zumbido procedente de la nevera desgarró el silencio, apartándola de sus pensamientos desbocados, Álex pudo por fin calmarse un poco y decidió ponerse en marcha. En aquel momento retiró para siempre el cebo del anzuelo. La trampa, perfectamente tejida tiempo atrás, se deshilachaba a partir de aquel momento. Se acabó aquello de esperar pacientemente a la presa, Álex salió a cazar con fiereza sabiendo que si no regresaba con comida a su cueva, moriría de hambre. Dejó la mochila en el suelo y comenzó a sacar cosas de su interior.

El Enemigo II

José Miguel despertó a las once de la mañana, el día anterior había sido largo y después pasó un par de horas en el pub con los compañeros. El encargado le dijo que era muy posible que necesitasen su ayuda para la semana siguiente, aquel menester no daba tregua, la fecha en la que debían terminar la reforma se echaba encima. Se desperezó y se quedó mirando el techo de la habitación durante varios minutos, hasta que por fin decidió levantarse. Mientras se dirigía al aseo, percibió un olor un poco distinto, algo que no reconocía. "Ah, sí. Ahora recuerdo que a un tío se le cayó la cerveza en mi sudadera. El muy imbécil". Acercó las manos a su cara, encontrando un aroma que no supo identificar y que parecía proceder del ambiente, no de su cuerpo. "Buh, ayer se descontroló todo un poco y había mucha gente en ese bar. No me acuerdo bien de todo".

Tras desayunar, puso en marcha el ordenador. Estuvo ojeando la prensa deportiva y poco más, el recorrido habitual de cada día. Su vida era miserable y monótona. En aquel momento solo tenía un objetivo en mente: comprar un coche barato para poder ahorrar en transporte.

José Miguel vivía al día, no prestaba ninguna atención a su aspecto físico, había comenzado a perder pelo alarmantemente y a desarrollar tripa varios años antes. Sus brazos, morenos por el sol, eran rechonchos y fláccidos, no se afeitaba a menudo. A pesar de sus recién cumplidos treinta años, parecía tener más edad. No le preocupaba casi nada y no se planteaba qué hacer con su futuro, de vez en cuando se dejaba caer por algún bar y acababa medio borracho molestando, más que seduciendo, a las mujeres que encontrase por allí. Tan solo le interesaba el sexo. Sus modales eran propios de un cavernícola.

Había tenido una relación tiempo atrás, pero su novia se acabó marchando bajo la excusa, según él, de su falta de atención. Para José Miguel era mucho trabajo estar continuamente en casa de su familia política preocupándose por sus "tonterías". "Mis padres no son así" -le recriminaba constantemente. -"Las cosas no son tan complicadas, no hace falta montar un drama por todo. Aquí el que trabaja soy yo, y tú deberías hacer lo que te toca. Tienes demasiados pájaros en la cabeza".

José Miguel parecía estar fuera de generación, de cultura e incluso de planeta. Su vida era un desperdicio.

Mientras leía los periódicos digitales, sonó el teléfono. Al otro lado, el encargado le preguntaba si podía confirmar su asistencia para el día siguiente.

-Claro, sin problema. -Respondió. -Oye, ¿y no puedes colocarme como fijo?

-No, lo siento, ahora mismo eso es imposible. Pero Sandro, el chico de Ecuador, comentó la semana pasada que quería volver pronto a su país. Si se va, tú eres el próximo. Pero tienes que mejorar, ¿eh?

-¿Cómo que mejorar?

-Te pasas largos ratos hablando con los compañeros y llegas tarde a veces. Mira: trabajas bien, pero tienes que entender que hay mucha gente buscando empleo, y cada día más. Debes cambiar tu actitud.

-Ah, no entiendo porqué no me lo has dicho antes.

-¿Cómo? -el encargado rió socarronamente. *-Porque no tengo que decirte nada, en cualquier empresa dejan de llamarte y se acabó. Te acabo de dar este consejo para hacerte un favor, espero que lo tengas en cuenta. Te veo mañana.*

Su superior colgó sin darle tiempo a despedirse. José Miguel se sentía humillado, su vida era un cúmulo de despropósitos y solo él era culpable. Era vago, dejado, simplón, su vida no tenía ningún objetivo.

Jamás habría imaginado lo que iba a suceder.

El Enamorado III

Rafael salió del supermercado cargando dos bolsas llenas hasta los topes, llegó a duras penas a la parada del autobús y comenzó a esperar. La calle era bulliciosa, una de las de mayor tránsito, en apenas dos carriles se amontonaba casi todo el tráfico que cruzaba el pueblo de lado a lado y las colas en hora punta se volvían eternas. A su izquierda, dos mujeres mantenían una animada conversación. La más bajita llevaba la iniciativa y levantaba tanto la voz que Rafael no pudo evitar oír lo que decía.

-¡Me dijo que la había escuchado! -Su aspecto era oriental y su flequillo cubría casi por completo sus diminutos ojos.

-Ya, pero entenderás que hasta que no la escuche yo o alguien de mi total confianza no tengo porqué creerlo. -La mujer más alta apoyaba la mano en el hombro de su amiga, intentando calmarla. -Ese tipo de cosas no son más que invenciones que se van haciendo más y más grandes, aparecen personas que aseguran haber sido testigos, y al final... nada de nada. Leyenda urbana. Además, si lo piensas bien, ¿cómo empezó ese rumor? La historia comenzó en internet, alguien dijo que aparecían voces extrañas en conversaciones telefónicas, el típico cuento para no dormir. A partir de ahí, otras personas pudieron haber copiado la idea para dedicarse a gastar bromas. -Rafael las observaba con los ojos muy abiertos.

-¿Y cómo se cuela en los teléfonos? -preguntó ella.

-Quizás sea un empleado de alguna compañía telefónica. ¿No ocurrió algo parecido en China hace unos años? Se recibían llamadas con contenidos inusuales como voces, ruidos… se dijo que era obra de alguien que trabajaba en una empresa de telecomunicaciones.

-¡Pero no se pudo demostrar! -en ese momento, llegó un autobús. Rafael permaneció inmóvil, no era el que debía coger. Las mujeres subieron y parecieron continuar su animada discusión mientras el vehículo arrancaba. La más alta negaba con la cabeza y su amiga movía los brazos con vivacidad. Rafael comenzó a encontrarse mal de nuevo.

Su transporte llegó unos minutos después, el chico abordó y enseñó distraídamente su ticket al conductor. Mientras volvía a casa, el miedo parecía poco a poco ser sustituido por la curiosidad. ¿Y si pudiese averiguar algo más sobre aquello?

Su casa era de dos plantas. En el piso inferior, un gran salón ocupaba gran parte del espacio, la pequeña cocina estaba separada de él por una barra americana, en la altura superior había un minúsculo aseo y un gran dormitorio. El precio del alquiler era muy razonable, pero Rafael se encontraba en una encrucijada que taladraba inmisericorde su cabeza un día tras otro: apreciaba tener privacidad, aunque necesitaba un lugar con más acción. Su contrato de alquiler vencía en cuatro meses, entonces decidiría qué hacer. La casa estaba limpia y ordenada porque se dedicaba a las tareas domésticas los fines de semana, básicamente por aburrimiento.

Guardó lo que había comprado en la nevera y los armarios. Comida precocinada sobre todo, también pan para hornear y prepararse bocadillos que llevaría al trabajo. No sabía cocinar y no tenía ningún interés por aprender, prefería dedicar su tiempo a otras cosas, como leer y tocar

la guitarra, le gustaba el hard-rock y quería formar parte de algún grupo, pero no encontraba ninguno por allí. Además, le faltaba tiempo a lo largo del día para ensayar, su jornada laboral y los viajes en tren no daban tregua, no podía comprometerse con algo así.

Se acomodó en un taburete junto a la barra de la cocina y encendió el portátil. En la imagen de fondo de pantalla podía verse a Álex con una libreta en las manos, Rafael había tomado aquella fotografía en la cafetería de la empresa usando su teléfono móvil, sin que ella se percatase. La mujer miraba hacia su derecha con expresión severa y reflexiva. Esa mirada era su "marca registrada", no importaba lo que hiciese, su cara no cambiaba. Aquella actitud calaba, atormentaba a Rafael. ¿En qué pensaría? ¿Por qué se alejaba de la gente que la rodeaba? Nunca hablaba con nadie excepto para discutir cuestiones puramente profesionales. Él llevaba poco tiempo trabajando allí, pero sus compañeros le contaron que un año y medio atrás se ausentó durante tres semanas, sin previo aviso, cuando regresó le obligaron a reunirse con el representante de recursos humanos, privándole de sus vacaciones. Los trabajadores creen que le contaron aquellas semanas como tales, imponiéndole una medida disciplinaria. Aunque todo eso eran meras especulaciones, nadie sabía realmente cómo se tomó la empresa su ausencia, tan solo pudieron contarle que se convirtió en una persona mucho más taciturna y solitaria, desarrolló masa muscular, bolsas bajo los ojos y descuidó su aspecto personal. Aún así seguía teniendo mucho éxito entre los hombres, todos se fijaban en ella continuamente. Cuando Rafael preguntó porqué había faltado al trabajo, los compañeros rehusaron hablar del tema: "Eso es tabú. Si no quieres meterte en líos con ella, no preguntes".

Rafael abrió el navegador y se quedó pensando: ¿Podría averiguar algo más sobre aquello que había oído días antes? ¿Sería esa voz la misma que ocupaba la conversación de esas dos mujeres? Escribió en el campo de búsqueda: *Extraña voz por teléfono.* Los resultados mostraban páginas en las que se hablaba de temas paranormales, otras eran únicamente webs que albergaban historietas de terror o "creepy pasta", como se las conocía en internet. Tras entrar y salir en varias de ellas, encontró algo que le resultó interesante. No era una página sobre anomalías, sino un foro en el que los usuarios escribían sobre las conocidas como emisoras de números. Alguien comentaba que había escuchado una extraña comunicación que no pudo entender del todo mientras conversaba por teléfono con otra persona, que la inclusión decía algo como "sus amigos en este lado", y que el ambiente sonoro era muy extraño. Las respuestas de los miembros de aquel sitio eran mayoritariamente burlescas e insultantes, algunos de ellos instaban al administrador a borrar el mensaje y al usuario a marcharse de allí. Rafael estaba a punto de apagar el ordenador cuando se encontró con un comentario escrito por otra persona que ofrecía una dirección de una conocida plataforma de vídeos online. Movido por la curiosidad, pinchó en el enlace, abriendo una nueva ventana en el navegador.

El vídeo consistía en una imagen fija -se hacía a menudo en ese sitio para publicar canciones de grupos musicales que no tenían videoclip- y llevaba inserta la fecha de grabación: dos días atrás y la hora: las 14:17. El fragmento tenía una duración de tres segundos y el sonido era muy parecido al que Rafael había escuchado el día anterior. No había diálogo, era solo un ambiente extraño, como un ruido de aparataje mecánico y eléctrico, pero no sonaba... normal. Rafael se levantó de la silla y comenzó a caminar por el salón de un lado a otro. Aunque sabía que era una persona impresionable, hacía muchos años que había dejado de tener miedo.

Jamás le había causado reparo vivir solo, nunca había visto ni oído nada raro y no creía en fantasmas, pero aquel estruendo le inquietó, le hizo revivir el terror del día anterior, el encontrarse indefenso ante un ambiente totalmente desconocido. Temía que algo de aquello se colase allí y, aunque la idea era estúpida, no podía evitar sentirse, de alguna manera, amenazado por lo que acababa de escuchar. Quedarse en casa le pareció, de pronto, una tarea harto complicada.

Se acercó al ordenador dispuesto a apagarlo, pero antes de hacerlo leyó la descripción que acompañaba el vídeo:

Llevo dos días oyendo esto cada vez que hablo por teléfono. No me ha dado tiempo a grabar más. De vez en cuando aparece una voz de hombre, pero no la entiendo bien. ¿Alguien más ha tenido esta experiencia?

Rafael reparó en el número de comentarios: 97, pero se negó a continuar. Recogió nerviosamente la cartera y las llaves y desconectó el aparato, decidiendo de forma irracional que comería fuera. Salió de allí rápidamente y comenzó su camino con cierto alivio. El aire puro y los cantos de los gorriones le reconfortaron.

La Técnico III

El cigarrillo se consumía lentamente entre sus dedos, el cuarto de baño se encontraba iluminado levemente por la luz crepuscular del exterior, azulada y mortecina. Álex estaba metida en la bañera, sumergida en agua caliente, tratando de no pensar. Aunque comenzaba a sentir algo de frío, le gustaba aquella sensación. Había realizado sus ejercicios habituales, tenía los músculos hinchados y la sangre hervía en sus venas, pero el torrente de endorfinas que recorría su cuerpo era una gran recompensa, así que decidió alargar un poco más aquel momento.

“Me gusta el tono que adquiere la luz en el interior de tu casa. Tiene un equilibrio reconfortante, el tiempo se detiene. Da la sensación de que vives aquí para ser olvidada” -le habían dicho tiempo atrás. Álex proyectó una parte de sí misma en aquel lugar; el cuidado con el que seleccionó el color de las cortinas y de las paredes demostraba que había conseguido deslizar una parte de su alma en cada una de las habitaciones. La casa le representaba.

Su mente jugaba con ella, dominándole día tras día. Álex se sentía una simple marioneta de su pasado, era presa de recuerdos de los que no podía huir. Su cerebro, su entonces enemigo más cruel, le mortificaba presentándole imágenes sin contexto, sin sentido, situaciones vividas que le incomodaban y avergonzaban. Parecía estar de moda en aquellos tiempos no arrepentirse de nada, la gente pasaba por la vida como gurúes del autoconocimiento y la autoayuda, repitiendo estúpidas frases en las redes sociales como: “Haz saber al mundo que hoy eres más fuerte que ayer”, pero ella no se veía de esa forma, ella se lamentaba por muchas cosas, cosas que había hecho o que, por omisión, había permitido que ocurriesen. Experiencias que jamás le enseñarían nada, que le torturarían y le hundirían como ser humano.

Dio una última calada al cigarrillo y lo apagó en el agua. Mientras lo deshacía entre las arrugadas yemas de sus dedos se repitió, como hacía cada día, que debía dejar de fumar, le costaba trabajo respirar algunas noches, a pesar de hacer deporte. Estaba metida en una espiral autodestructiva, pero no era capaz de dejarlo. Tiró la colilla al suelo y salió de la bañera, penetrando en el frío ambiente de la habitación. Mientras se secaba contempló su cuerpo en el espejo y sintió de pronto un deseo irrefrenable: necesitaba entrar en el dormitorio de la planta superior. Había planeado bajar al salón y seguir con su obligación tras el baño pero, al recordar aquel lugar, un inoportuno escalofrío le recorrió la zona lumbar. Álex se cubrió con un albornoz y entró en él sin poder evitar retroceder en el tiempo.

Nada había cambiado en aquella habitación en el último año y medio: la cama sin hacer, una mochila y ropa tiradas en el suelo, un ordenador portátil, una caja de medicamentos y varios libros llenaban el escritorio. El armario empotrado tenía las dos puertas abiertas y ropa en su interior, en la repisa de la ventana una pila de papeles, una taza llena de bolígrafos y un reproductor de música con unos auriculares de botón a su lado. Sobre la mesita de noche, un vaso de agua a medio llenar, una cámara fotográfica y un bolso. Parecía el dormitorio de una adolescente.

El mundo se detenía cada vez que entraba allí. Álex solo había tenido el valor en todo aquel tiempo de mover una silla y sentarse, no podía tocar ninguna otra cosa, después la colocaba de nuevo en su posición original y se marchaba. Se sentó en ella una vez más quedándose inmóvil

mientras anochecía. De pronto, su mente quedó clara, libre de pensamientos desbocados, el silencio era absoluto y de vez en cuando escuchaba el crujir de la estructura, solo eso. Se sentía en paz y decidió esperar a que la oscuridad lo inundase todo. Cuando dejó de ver lo que tenía alrededor se levantó y se dirigió hacia la cama, se arrodilló y pegó la cara a las sábanas inspirando, recordando su olor perfectamente. Volvió a tomar aire y se puso en pie reteniéndolo, intentando que aquel aroma perforase sus pulmones y ocupase una parte más extensa de su cuerpo. Se giró hacia la ventana y contempló las luces de los coches que, a varios cientos de metros de su casa, circunvalaban la urbanización. Las calles cercanas estaban desiertas, todo parecía ser tal y como fue aquel momento. Cada vez que realizaba ese sagrado ritual ocurría lo mismo: el recuerdo era perfecto, sublime, tanto que temía repetirlo a menudo por si algo cambiaba. Pensó en el cuerpo desnudo de su amiga y se estremeció, mientras cerraba los ojos echó la cabeza hacia atrás, dejando salir el aire. Álex caminó a tientas y dejó la silla en su lugar original, abrió la puerta y salió, cerrando tras de sí lentamente, como si temiese despertar al habitante imaginario de aquella habitación.

Una vez en el salón decidió que no iba a cenar. Álex se recreaba una y otra vez en el recuerdo de aquella noche, la noche en la que sintió la necesidad feroz de poner sus manos sobre su compañera, de perder la cabeza tomándola entre sus brazos dejándose llevar por lo más bajo y vulgar pero que, al mismo tiempo, se convirtió en lo más puro para ella. Necesitaba abrazarla, sentirla, recorrer su cuerpo, acariciar cada centímetro de su piel pálida e inocente, contemplarla con infinita devoción. Pero en lugar de eso tuvo que apartarse de su lado sintiéndola insoportablemente lejos, convenciéndose a duras penas de que algún día conquistaría sus sentimientos, aunque tuviese que vender su alma. Ella era perfección, inocencia, fragilidad, ilusión, ella le arrancó con dulzura de un mundo que creía acotado para mostrarle que las emociones no tienen límite, que cuando creemos conocernos del todo podemos ir todavía mucho más allá, que los sentimientos pueden adquirir una dimensión más pura y sutil cuando los vemos en los demás, quizá porque esas personas tienen algo que nosotros perdimos en el camino de la vida y el regalo del amor verdadero es encontrar a quien es capaz de devolvérnoslo.

Álex se sentó en el sofá y recostó su cabeza, aquella experiencia vivida un año y medio atrás le presentó una parte de sí misma que desconocía. Dejó caer las piernas sobre la mesita frente a ella y comenzó a quedarse dormida. El equilibrio entre la perfecta temperatura ambiental y el silencio era embriagador.

Se despertó unos minutos más tarde y se tumbó, tapándose descuidadamente con una colcha. No sabía cuánto tiempo había pasado ni le importaba, el reloj tenía la alarma puesta y no debía hacer nada más hasta el día siguiente. De repente, sintió curiosidad. Buscó a tientas su dictáfono digital y comenzó a grabar, respirando lo más pausadamente que pudo, después escuchó atentamente encontrando lo que ya esperaba: un murmullo bajo el ruido de sistema. Bajo el siseo que el aparato generaba de por sí aparecía una leve conversación, una amalgama de voces que parecían hablar constantemente. Álex no las entendía. ¿Podía tratarse de los vecinos? No era posible, llevaba todo el día sin oírlos. Muchos domingos desaparecían y no volvían hasta el lunes pero, ¿quizás habían dejado la televisión encendida? Cuando la reproducción terminó y la habitación volvió a quedar en silencio se concentró y escudriñó concienzudamente. No se oía nada, ningún ruido proveniente de la calle, ningún ruido en la

casa de al lado. No podía entenderlo. La curiosidad por ese desconcertante fenómeno comenzaba a ser casi más fuerte que el propio deseo de venganza, pero tenía que terminar lo que había empezado. Al fin y al cabo, eso era lo que había llenado de sentido su vida durante aquel año y medio.

Álex se acomodó, tosió un par de veces y poco a poco se quedó dormida.

El Enamorado IV

Rafael volvió a maldecir aquel día su mala suerte. El nuevo jefe de producción estaba obsesionado con causar una buena impresión a sus superiores y se le ocurrió intercalar los descansos una vez más. La empresa tenía horario europeo, lo cual significaba que, a lo largo de la jornada, los empleados podían disfrutar de dos pausas de treinta minutos en las que comían ligero y terminaban mucho antes, nada de las dos horas muertas a mediodía. La idea era muy buena y el día se disponía en dos turnos: mañana y tarde, los grupos de trabajadores iban rotando cada semana y, aunque la mayoría de gente prefería comenzar temprano y tener así el resto del día libre, lo contrario también permitía encargarse de asuntos personales, administrativos o aprovechar las mañanas para dormir un rato más.

Pero al recién incorporado jefe de plantilla se le había ocurrido la “brillante” idea de intercalar los recesos: la mitad de los operarios paraban los treinta minutos de rigor cuando tocaba y la otra mitad sustituía a los que estaban fuera. De esa forma, parte de la producción estaba garantizada durante ese período de tiempo. Una vez regresaban los que habían terminado su intervalo, los trabajadores que se habían quedado hacían su pausa, siendo reemplazados por los primeros. Álex y Rafael nunca coincidían, siempre estaban en grupos alternos.

El primer corte llegó y Rafael continuó con su tarea mientras veía a su compañera cruzar cabizbaja el pasillo que le llevaría al exterior. Estaba harto de aquello, de que el trabajo hubiese adquirido tintes tan absurdos, de tener que correr todos los días para no perder el autobús y de malgastar tantas horas por culpa de los trenes.

Estaba harto porque se esforzaba en dar sentido a su vida y siempre terminaba dándose de bruces con algo que no se lo permitía.

La Técnico IV

Parecía que Álex había caminado anteriormente por este lado de la realidad. Estaba de vuelta de todo, se sentía hastiada rápidamente, todo en ella era vacío. La gente le aburría, sus problemas se le antojaban tan mundanos... mantenía una relación de amor-odio con su soledad, le interesaban los días de lluvia, el silencio, embarcarse en nuevos retos, aprender. Llegaba a obsesionarse tanto cuando algo le llamaba la atención que podía pasar noches sin dormir enfrascada en aquello que ocupase su mente, desentramando todos y cada uno de los pequeños detalles de su nueva afición para dejarlo tiempo después, cuando hubiese adquirido cierta maestría. Solo la música mantuvo su interés durante un periodo razonablemente largo, Álex probó suerte en el mundo de la canción consiguiendo un éxito relativo y, aunque le apasionaba, se sentía al mismo tiempo decepcionada consigo misma, no era muy buena expresando sus ideas. Nunca había sentido nada especial por nadie, no tenía nada llamativo de lo que hablar, recopiló vivencias de las personas que le rodeaban y en ellas basó las letras de sus canciones.

Le gustaba fumar. A pesar de sus toses matutinas y su creciente dificultad respiratoria, no encontraba una razón convincente para dejarlo. En cada tarea que emprendía tenía siempre un cigarrillo en la boca, era el sabor que acompañaba a cada una de sus acciones. El tabaco era su "carpe diem", algo que le hacía disfrutar más de cada momento.

Dejó sus estudios a los dieciséis años, teniendo bien claro que no iría a la universidad. A cambio, se dedicó a aprender por su cuenta informática, electrónica y mecánica. Álex profundizó en todas esas materias hasta llegar a un nivel de conocimiento aceptablemente alto. Si tuviese que ser clasificada de alguna manera, sería técnico en todas ellas, no ingeniero. Nunca había querido ser una gran experta en nada.

No le gustaba la gente, odiaba sentirse observada, cuestionada, recibir opiniones gratuitas sobre su estilo de vida. Se había dado cuenta de algo demasiado tarde: los demás no siempre aconsejan con buena intención, algunas veces dicen lo contrario de lo que creen por el despreciable morbo de ver al otro abandonar, de ver la preocupación en su rostro.

Álex se hartó de escuchar críticas de los más allegados sobre su gran pasión: la música. Críticas que no le permitían mejorar su trabajo, que no le dejaban claro qué debía o no cambiar en sus canciones. Eran simples "no me gusta" o "he oído algo muy parecido a esto antes", hasta que un buen día dejó sus opiniones a un lado y publicó su disco, entonces todas aquellas voces callaron, la prensa especializada recibió su obra con agrado, pasó algo más de un año haciendo actuaciones en clubs y finalmente se aburrió.

Álex pasaba así por la vida, con paso firme pero errático, sin un rumbo fijo. Sus sueños de fama acabaron en un cajón por decisión propia, junto a su equipo musical, aunque recientemente había rescatado algo de todo aquello para dedicarse al sonido en sus ratos libres. Restauraba archivos de audio que recibía en el correo y sacaba algo de dinero extra. Era un trabajo bastante sencillo: conferencias médicas, charlas de empresas… todo lo que debía hacer era quitar el ruido de fondo de las grabaciones, ajustar niveles y normalizar el volumen general.

Tras varios meses dedicándose a ello, un particular le hizo llegar un registro extraño. En él, unos pasos parecían alejarse de la grabadora y, unos segundos más tarde, una voz decía con pesar: “Me siento solo”. Había algo en aquel audio que le causó una gran inquietud. Álex analizó espectralmente la inclusión, encontrando un detalle que le llamó poderosamente la atención: aquella voz no tenía tono glotal, parecía haber sido generada por una máquina, pero su entonación era humana. Entonces, empujada por la curiosidad, realizó un par de pruebas en el silencio de su estudio casero, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, como había visto hacer a ciertos investigadores de fenómenos paranormales en programas de televisión. Aquellas personas recorrían casas abandonadas y capturaban el ambiente sonoro de cada habitación, obteniendo resultados sorprendentes en algunas ocasiones: voces que les llamaban por su nombre y que incluso ofrecían detalles que los experimentadores, supuestamente, desconocían. Álex estaba segura de que muchas de esas anomalías no eran más que errores, sonidos caprichosos que se colaban de vez en cuando y que aquellas personas malinterpretaban, pero había otras que simplemente no se podían explicar. Una vez consiguió superar el miedo inicial, se puso a grabar casi cada día. Parecía que bajo el ruido de fondo había algo más.

Salió de la nave industrial durante el primer descanso y se dirigió apresuradamente hacia el edificio que estaba justo dos calles al sur, el edifico en el que vivía José Miguel. Asegurándose de tener el bloque de pisos fuera de su rango visual, sacó una consola de videojuegos portátil y la encendió, conectándose posteriormente a su red wifi. La señal era potente desde allí, podía ocultarse de las miradas ajenas un poco más si era necesario. En ese momento, activó la cámara que había escondido en el salón tras la rejilla de ventilación. El sistema de vigilancia instalado el día anterior era indetectable mientras no se buscase ex profeso, y le daba una visión clara y diáfana de aquella habitación. Hasta entonces, su única posibilidad había consistido en poner en marcha remotamente la webcam que José Miguel tenía conectada a su ordenador, la mayor parte de las veces situada fuera del ángulo visual, no la usaba y por eso nunca estaba colocada de forma lógica, solo podía escuchar. Álex le observó sentado delante del ordenador y se relamió pensando que podría espiarle desde su casa cuando saliese de trabajar. -Ya te tengo, cerdo -susurró. Una mirada de odio se dibujó en su cara, metió la mano en la mochila y cogió el paquete de tabaco, se dio la vuelta y gritó, encontrando por sorpresa a un compañero pegado a su espalda.

-¿Me das uno? -preguntó él.

-No hace falta que vengas a hurtadillas tras de mí -respondió Álex de mala gana mientras apagaba y guardaba nerviosamente el aparato en la mochila. -Toma.

El chico cogió el paquete y se puso un cigarro en la boca.

-Parece que te tomas muy en serio los videojuegos. ¿Por qué siempre fumas cigarros sin filtro? -Preguntó mientras deslizaba la mirada sobre las piernas de ella, perfectamente marcadas por los pantalones elásticos.

-¿Vas fumar, o no? ¿También tengo que comprar el tabaco que digas tú?

-¿Me das fuego? -Dijo mientras sonreía estúpidamente. Su impertinente actitud le irritó todavía más. Jamás le había caído bien aquel joven, era el típico graciosillo de la empresa. Era vago e indolente, y sus comentarios estaban siempre fuera de lugar.

"Este tío es increíble, todos los días lo mismo" -pensó mientras le ofrecía el mechero. Miró distraídamente hacia el suelo, analizando lo que suponía haber entrado en casa de su enemigo. Parecía haber sido una buena idea, no existía ningún indicio que le llevase a pensar que José Miguel se hubiese dado cuenta, pero debía solucionar urgentemente un par de cosas, como comprar otro portátil para acceder al vídeo, un ordenador que pudiese destruir si era necesario y no dejar así rastro que le vinculase con aquello, en caso de que se descubriese la instalación…

-¿Qué tal has pasado el fin de semana? -preguntó él inoportunamente sacándola de sus pensamientos, rompiendo su imaginaria obra de teatro.

-Mira… -Sus enormes ojos se abrieron de par en par, clavándose en aquel imbécil. -¿Por qué preguntas? ¿No te he dicho mil veces que no quiero hablar? Ya tienes lo que querías, ¿no? -Álex señaló hacia el final de la calle. -¿Ves aquella tienda?, ¿sabes que puedes comprar allí? Pues mañana ve a por tu propio tabaco, que no soy millonaria.

El chico se puso colorado y se marchó murmurando algo, Álex tiró su cigarrillo y lo pisoteó furiosamente. En el fondo no le gustaba ponerse así, aunque era necesario a veces. Maldito estúpido... ¿Qué debía hacer? ¿Colocarse un cartel que rezase "Salida del infierno" para que la dejasen en paz? No le gustaban los enfrentamientos, no le gustaba tener que levantar la voz a nadie, pero la gente le ponía frente a situaciones por las que ya no estaba dispuesta a pasar. El velo de las apariencias había caído tiempo atrás y ya no le importaba en absoluto lo que los demás pensasen o dijesen de ella. El descanso terminó.

El Enamorado V

Rafael pasó el viaje de vuelta intentando quitarse a Álex de la cabeza. Cada vez que la veía enfermaba de amor y pasaba el resto del día pensando en ella. Decidió que aquella tarde no sería una de tantas y que se olvidaría del asunto, ocuparía su tiempo buscando información sobre la inquietante voz. El tema era muy interesante, si conseguía sacudirse el miedo que le provocaba. Una vez en casa encendió el ordenador y buscó en el historial, abrió la página que albergaba el vídeo visto dos días antes, bajando el volumen. Empezó a sudar. Buscando en los comentarios, el número había aumentado hasta 117, encontró un enlace a un sitio web escrito en inglés llamado "The Voice", parecía una página realizada con pocos recursos, pero muy sencilla, directa y efectista. En la portada podía verse un teléfono antiguo sobre una mesita de madera, en una habitación poco iluminada y, a la derecha de la misma, unos enlaces: “Inicio, Historia, Audio, Foro”. Rafael pinchó en el enlace “Historia”, en él se podía leer la experiencia del administrador de la página, una experiencia muy similar a la suya. Las bromas telefónicas llevaban produciéndose desde la comercialización del teléfono a nivel masivo, pero nunca había oído algo como que un tercer invitado se colase en una conversación, pudiendo ser oído tan solo en un lado de la comunicación.

Curioseando en la página llegó a la sección de enlaces a los archivos de audio, algunos le llevaban a sitios externos y otros eran pequeños fragmentos alojados en el sitio. Rafael decidió oírlos.

Los registros eran muy parecidos a los que él había escuchado días atrás: ruidos raros de fondo, voces que a veces entendía; otras veces se comunicaban en otros idiomas... todo bastante siniestro. Volvió a sentir un poco de miedo, pero poco a poco se empezó a tranquilizar al ver que mucha gente era partícipe de aquello.

En la sección “Foro” descubrió un par de cosas que le llamaron la atención: la primera era su mala organización, sin secciones definidas, no le resultó una web diseñada con una gran planificación. Rafael albergó la impresión, como rezaba la descripción de la página, que el propietario de la misma tan solo quería hacerse eco de la vivencia sufrida y de la que varias personas a su alrededor hablaban. Lo segundo que captó su interés fue que algunos usuarios escribían en un inglés bastante mediocre, con lo que pudo deducir que se trataba de internautas no angloparlantes, pero que habían decidido aventurarse y dar su testimonio. Todo quedaba muy natural, parecía estar ocurriendo algo a nivel mundial y, aunque no resultaba ser un fenómeno masivo, al menos todavía, no dejaba de ser muy inquietante. Si aquello era una maniobra de marketing viral o una broma, era algo que poseía un carácter autómata y que estaba generando unas reacciones concomitantes no planeadas.

Rafael se levantó, cogió una taza de café y puso agua a calentar. Decidió pasar la tarde buscando y recopilando información sobre la voz. El tema era apasionante.

La Técnico Dos Años Atrás I

Álex se sentía muy sola en casa, no podía soportar que ella ya no estuviese allí. Había comenzado a llover con fuerza y decidió abrir la ventana para escuchar más nítidamente aquel sonido que tanto le gustaba.

La lluvia y el aire frío le retrotrajeron rápidamente a aquel momento. Su vida quedó congelada un año y medio atrás, pero la historia que la cambió por completo comenzó unos meses antes. Dejó que su vista se perdiera en el bosque, emborronado por el aguacero, y recordó la mañana en la que la conoció. Como tantas otras veces. Como cada día.

Aquella mañana también era lluviosa y fría, Álex salió corriendo durante el primer descanso del turno hacia la marquesina en la que se resguardaba para fumar en días como aquel. En sus pensamientos, el habitual fastidio: tenía sueño y el proyecto que le habían asignado era especialmente aburrido, a la par que estresante. Tan solo quería terminar su jornada, llegar a casa y dormir un rato. A lo lejos, unos compañeros caminaban rápidamente hacia una pequeña tienda en la que compraban el almuerzo, Álex les observaba divertida cuando fijó sus ojos en una figura femenina que se dirigía hacia ella mientras agitaba nerviosamente un papel. La joven se detuvo a su altura y con una preocupación más que evidente, preguntó:

-¿Está por aquí la empresa Sound 10?

Álex se quedó paralizada, había algo en el aspecto y en la voz de esa chica que le hizo estremecerse, el mundo se detuvo. Era alta, muy delgada y un poco encorvada, daba la impresión de ser muy frágil, como una niña grande. Su pelo era negro y lacio y su cara tenía unas formas muy rectas y marcadas, la nariz también era recta, los labios no eran gruesos, pero tampoco muy finos, su piel era extremadamente pálida y su mirada se perdía sin control entre los edificios que la rodeaban, debía tener unos veinte años. Sin dejar de mover la cabeza hacia todos lados, tratando de localizar el lugar, volvió a preguntar:

-¿Conoces una empresa que manufactura dispositivos electrónicos? Fabrica equipos para sonido de coches, sonido industrial...

-Sound 10. -Su voz sonó muy grave en comparación con la voz inocente y pura de aquella joven. -Trabajo allí.

-Ah, ¿sí? ¿Y dónde está?

-Es el edificio que tienes a tu izquierda. No tiene ningún cartel que lo indique, pero es ese. -Le temblaba la voz.

-Me manda una agencia de empleo temporal, he tardado más de la cuenta en llegar porque no era capaz de ubicarme. Espero que no se enfaden. ¿Tengo que llamar al timbre para entrar? -Su nerviosismo le hizo darse la vuelta y caminar hacia la puerta, sin dejar de hablar. -¿Es ahí?

Álex echó a andar tras ella, agarró su brazo con fuerza y lo soltó rápidamente, como si le quemase. -Espera. -Le dijo, mirando hacia el suelo. -Estamos en el descanso y no hay nadie en la oficina que te pueda dar acceso. Aún faltan unos cinco minutos para volver. Espera y entra conmigo, yo le explicaré al supervisor.

-Te lo agradezco mucho. -Dijo ella, relajándose un poco. -De verdad que no podía encontrar el sitio y llevo unos veinte minutos dando vueltas. -Parecía estar asustada, miraba hacia todos lados desesperadamente, como una niña que ha perdido a su madre.

Álex sintió una inmensa compasión en aquel momento. No encontraba explicación, no sabía por qué estaba experimentando todo aquello, le gustaba la gente independiente, pero esa situación le había cogido totalmente descolocada. La chica le miraba y echaba rápidos vistazos a la nave industrial. Le pareció ilógico seguir fumando, sus manos temblaban, dio la última calada al cigarro y lo apagó sobre la papelera que tenía a su lado. -Vamos a entrar.

Recorrieron el largo pasillo hasta llegar a la oficina sin mediar palabra. El supervisor se rascaba la mejilla con cara de confusión mientras miraba la pantalla del ordenador y balanceaba la silla de color azul en la que se sentaba.

-Disculpe. -Dijo Álex con voz baja llamando a la puerta entreabierta. -Acaba de llegar una temporal. -El hombre se levantó y fijó sus amables ojos en la recién llegada.

-¿Eres Victoria? -Preguntó el supervisor con tono sereno. Alargó la mano y se la dio.

-Hola. -Dijo Victoria. -Perdón por llegar tarde, no podía encontrar el lugar. No volverá a ocurrir. -Su rostro volvió a reflejar una gran preocupación.

-Nada, no le des vueltas. -Dijo él. -No es fácil si no conoces la zona, por aquí hay muchas naves industriales y todas se parecen. ¿A que sí? -El supervisor miró a Álex.

-Sí, señor. -Contestó ella, más parca en palabras de lo que era habitual. -Voy a regresar. Hasta ahora. -Dio media vuelta y les dejó hablando, se dirigió hacia la sección en la que se encontraba aquella mañana y echó un último vistazo hacia el pasillo. Su superior había entrado en la oficina y la recién llegada observaba a Álex fijamente, el hombre volvió a aparecer con unos papeles y Victoria dejó de mirarla, prestándole toda su atención. Álex entró y se sentó, perdiendo su vista sobre la mesa en la que se amontonaban circuitos, cables y componentes electrónicos. Miraba sin ver realmente toda aquella maraña, tratando de analizar lo que había ocurrido. Se sentía avergonzada, mientras hablaba con aquella chica se había dejado en ridículo a sí misma con su voz temblorosa y sus gestos erráticos, ella que pasaba por la vida dándoselas de dura, ella que ya no era precisamente joven y se había puesto a temblar como una colegiala que ve a ese compañero de clase que tanto le gusta jugando al fútbol. No daba crédito, no entendía cómo podía tener esa falta de autocontrol. Apoyó la cabeza en su mano, resoplando. “Victoria” -pensó. “Bonito nombre” -Levantó su mano derecha y la observó, cerrándola suavemente. Todavía le parecía sentir el tacto de su brazo. A unos metros de su lugar de trabajo, unos compañeros comenzaron a hablar sin disimular demasiado:

-Mírala. Vuelve tarde del descanso y además se pone a perder el tiempo, no hay nada como caer bien en la empresa. -Aquello le sacó de su ensoñación y siguió con lo que había dejado antes de salir.

Veinte minutos más tarde aparecieron Victoria y el supervisor, el hombre se acercó inseguro a Álex, evitando mirarla directamente a los ojos.

-Te importaría explicarle a... -Miró hacia arriba, contrariado.

-Victoria. -Respondió rápidamente Álex, intentando no fijar sus ojos en ella.

-Sí. ¿Te importaría explicarle lo que estamos haciendo hoy? La dejo contigo, ya que os conocéis. Detállaselo sin profundizar y poco a poco le vas corrigiendo los pequeños errores. Gracias. Tengo mucho lío ahora mismo... -El supervisor seguía hablando mientras se alejaba, al fondo de la habitación se escuchaban las risas amortiguadas de los compañeros. Era un hombre peculiar, una buena persona que se ahogaba fácilmente en un vaso de agua, no parecía ser capaz de clasificar y ordenar la información que andaba desperdigada por su cabeza.

-Siéntate en esa silla. -Le señaló mientras apartaba la montaña de placas que se amontonaban sobre la mesa. Álex se levantó con decisión y entregó a Victoria un soldador de estaño, pero su esfuerzo por resultar indiferente ante aquella situación resultaba vano: sus manos seguían temblando. -¿Has soldado alguna vez?

-Sí, me gusta la electrónica. Mi padre me enseñó algunas cosas.

-De acuerdo, pues tienes que seguir los pasos detallados en el esquema. En estos pequeños cajones encontrarás los componentes que necesitas. Tenemos que terminar estas placas para hoy, es un encargo urgente. -Su nueva compañera le observaba con atención mientras la improvisada instructora explicaba punto por punto qué hacer, señalando aquí y allá. Quizá todo resultase normal para ella, pero Álex no podía evitar sobreactuar, aquel papel le quedaba demasiado grande. -Completa una si quieres y me la pasas para que la revise, pregúntame si tienes dudas, no podemos permitirnos un error. -De repente, Victoria se acercó a su cara situándose a pocos centímetros de ella, invadiendo por completo su espacio vital.

-Muchas gracias por tu ayuda. Cuando me has dicho que este era el lugar… casi grito, estaba hecha un manojo de nervios. Te lo digo susurrando porque el supervisor me ha dicho que es mejor no hablar, y no quiero que esos de ahí vayan a decirle cosas. Joder, ya nos están mirando.

Victoria volvió a sentarse y comenzó a trabajar, Álex pudo oler su cálido aliento perfectamente, irresistible e igual de dulce y femenino que su olor corporal. Aquello le excitó, sintió un ardor insoportable en la cara y bajó la cabeza hasta que el pelo tapó sus mejillas. Debía estar totalmente colorada, se veía incapaz de manejar la situación, imploraba mentalmente que no la mirase nadie. Unos segundos después continuó con su obligación tratando de calmarse, mirando de reojo a su nueva compañera. Sus manos, su cuello, sus hombros, su forma de moverse, cómo se pasaba de vez en cuando la lengua por los labios... todo aquello le resultaba extremadamente sensual, hasta cierto punto indecente. Sus ojos eran ligeramente rasgados, marrones, inocentes y llenos de curiosidad, parecía que aquellos ojos habían visto solo cosas bonitas, ya no existía la más mínima preocupación en ellos. Álex se sentía perdida, impotente ante esa fuerza desconocida que estaba derribando su sólido, o eso creía, muro de tedio sentimental. La situación se antojaba fascinante e incómoda al mismo tiempo. Las horas fueron pasando y no volvieron a dirigirse la palabra. Intentaba con todas sus fuerzas no fijar su mirada en ella, pero no resultaba tarea fácil.

Fueron pasando las semanas, Álex vivía sus días soñando despierta. El supervisor las ponía a trabajar juntas muy a menudo, sabía que era una buena y paciente maestra en aquel trabajo que resultaba tan complicado a veces. El único momento de la jornada en el que no coincidía con su nueva amiga era durante las pausas, Victoria las pasaba en la cafetería. Álex no podía evitar pensar en ella día y noche, pensaba en lo que le hacía sentir, en sus palabras inocentes, en su fragilidad, en su mirada limpia e infantil, llena de ilusión. Por las noches, mientras iba quedándose dormida, fantaseaba con la idea de encontrarse a solas con ella en cualquier rincón de la fábrica, entonces se imaginaba tomándola entre sus brazos, mientras aceptaban el riesgo de ser sorprendidas por alguien.

Uno de aquellos días, Álex salió durante el descanso y se dirigió a la tienda, situada un par de calles al sur. Una voz conocida pronunció su nombre a lo lejos. Era Victoria.

-Espérame. -La chica aceleró el paso, llegando a su altura. -¿Vas a comprar?

-Sí. ¿Tú también? -Dijo mientras le dedicaba una gran y sincera sonrisa.

-Se me ha olvidado la comida en casa. No sé cómo ha ocurrido, la verdad. Pensaba que la había metido en la mochila, pero es que mi tía se ha puesto a recriminarme que no limpio lo suficiente... -Era una constante en Victoria, cuando empezaba a hablar no podía parar. A Álex le resultaba muy extraño todo aquello, le despertaba una gran curiosidad y por eso nunca la interrumpía. -...debería mudarme, tengo la impresión de no ser realmente bienvenida en casa de mis tíos. Voy a mirar anuncios, a ver si encuentro a alguien que quiera compartir piso... -Su corazón se aceleró. Llegaron a la tienda, Victoria compró un sandwich y una bolsa de patatas fritas, Álex un paquete de cigarrillos. Victoria seguía dando explicaciones, decía que estaba muy agradecida a sus familiares, pero que estaba abusando de su hospitalidad, tenía que encontrar un lugar en el que poder quedarse.

-¿Y por qué no vienes a mi casa? -La última palabra no se escuchó, quedándose ahogada en la garganta de Álex, que tosió para tratar de disimular.

-¿A tu casa, has dicho? ¿Estás buscando compañera? ¿No tienes novio?

-¿Novio? No, no tengo. Allí hay una habitación libre y no había pensado compartir, pero tú me caes muy bien. -Álex se decía a sí misma que aquello era patético, no sabía cómo hablar sin revelar la importancia de aquel momento, debía convencerla costase lo que costase. Si Victoria llegase a saberlo... "Me caes muy bien" -Esa frase no encajaba con su personalidad. ¿Qué pretendía halagándola?

-Pues te diría que sí, sin pensarlo dos veces, pero si no tenías intención de compartir, supongo que antes o después te cansarás de mí.

-No lo creo. Además, no puedo permitirme pagar yo sola el alquiler por mucho más tiempo -argumentó, sintiéndose vil. Aunque estuviese enamorada de ella, le estaba engañando, su intención había dejado de ser pura, no tenía derecho.

-Entonces, ¿dónde vives?

-Mira. -Álex decidió no echarse atrás. Trató de que sus palabras fuesen neutras, como las de un empresario que trata de cerrar un negocio puramente rutinario, señaló a lo alto de una colina que se dibujaba a lo lejos, al oeste de un bosque de chopos, e intentando parecer desinteresada dijo: -¿Ves esa urbanización de allí? Pues en una de esas casas.

-¿Allí? ¡Caray, no me extraña que no puedas pagar el alquiler tú sola, esas viviendas son grandes!

-En realidad son dos casas una junto a la otra, toda la zona es así, tiene una estructura extraña. En algunas calles hay, incluso, tres adosados.

-¡Claro que me interesa! Vives muy cerca del trabajo, me ahorraría el dinero del autobús. ¿Puedo verla esta semana? -Álex recordó, de pronto, el estado de las habitaciones. Llevaba, literalmente, semanas sin limpiar.

-Por supuesto. Mañana después de trabajar puedes venir. De paso, te invito a un café.

Aquella tarde el trabajo de limpieza resultó titánico, había polvo y suciedad acumulada por todas partes. El dormitorio situado en el piso superior, el que iba a ofrecer Victoria, llevaba mucho tiempo sin ser ventilado y olía a condensación. Además, estaba lleno de cajas y parecía que había algo pudriéndose dentro de una de ellas. Tuvo que sacarlo todo a la escalera, tirar un montón de papeles, trastos inservibles, barrer el suelo, fregarlo varias veces, limpiar todos los muebles con un paño y espray para minimizar el olor de humedad, retirar la ropa de cama y echarla a lavar... ¡y luego limpiar el resto! Terminó muy tarde. Encontró muchas cosas de las que no se quería deshacer, pero no podía clasificarlas en ese momento, el cansancio le podía. Lo metió todo descuidadamente en aquellas cajas que posteriormente guardó en el ático y se fue a dormir.

Al día siguiente la jornada transcurrió con una incómoda quietud. El silencio era denso y solo se rompió cuando Álex preguntó si iba a ver la habitación.

-Entonces, ¿puedo ir hoy? -Preguntó Victoria.

-Sí. Espero que te guste.

-Oye, por cierto, ¿Cuánto me vas a cobrar? -Álex le dijo una cantidad muy por debajo de la mitad de su alquiler. Victoria le miró con los ojos muy abiertos. -¡Pues sí es barata esa casa! ¿No decías que no podías casi pagar?

-Estoy intentando ahorrar, fijé una cantidad para guardarme todos los meses y quiero cumplirlo sin excepción. -Aquello era insoportable. Estaba diciendo muchas mentiras para poder mantener su sucia estrategia, la seguridad que mostró el día anterior había desaparecido. -Voy a pedir unos condensadores al almacén. -Se levantó y salió de allí resoplando, el aire se estaba volviendo irrespirable. “¿Qué estoy haciendo?” -se preguntaba sin parar. -“A partir de ahora voy a cambiar de tema cuando me acorrale. Creo que voy a acabar gritando si esto sigue así”.

La jornada terminó y las dos chicas salieron caminando calle arriba. Victoria comenzó a hablar sin demasiado sentido, a decir cosas superficiales como que estaba muy cansada, que se aburría en el trabajo... de repente miró a su amiga con seriedad y agarrándole del brazo le dijo:

-Creo que te estoy molestando, hablo demasiado.

Álex dio un pequeño salto, Victoria la cogió con más fuerza y se pegó a ella. Álex se detuvo y reanudó el paso, nerviosa. Las manos de Victoria la sujetaban firmemente.

-Te estoy molestando con mi cháchara. -Sentenció gravemente.

-¿Por qué dices eso? No me molestas. Me gusta escucharte, de verdad. -Respondió sin mirarla.

Victoria la soltó y fijó su mirada en ella, intentando descubrir si le mentía. Álex le miró de reojo y volvió a dirigir sus ojos al frente. Parecía que aquella chica se enfrentaba a los problemas. Tenía carácter, pese a todo.

-No sé. Eres tan callada… Entonces contéstame a una pregunta: ¿Por qué te haces llamar Álex y no Aleksandra? ¿O es un motivo personal?

-Hace años grabé un disco de música electrónica y, por aquello de la internacionalidad y que era una obra en solitario, decidí adoptar ese apodo de forma artística, cantaba en inglés y habría quedado un poco raro ver mi nombre auténtico en la portada del álbum. Desde entonces, todo el mundo me llama de esa forma.

-¿Un disco? ¿Compuesto por ti?

-Sí. Hace años me dio muy fuerte por todo aquello. Me embarqué en una gira y llegué a ser medianamente conocida.

-¿Y por qué lo dejaste?

-Al cabo de un tiempo decidí que no era lo que quería hacer. Una vez lo conseguí y me demostré que era capaz de dedicarme a ello... perdí el interés. Fue como subir una montaña para, una vez en la cima, darme cuenta de que no había nada que hacer allí, de que necesitaba otra cosa. -Victoria le miraba con fascinación.

-¿Ganabas dinero?

-Sí.

-No muchos habrían hecho algo así. ¿No te arrepientes?

-No me he arrepentido ni un solo día desde entonces. Aquello me hizo ver que lo podía conseguir. Después, ya no pude encontrar una razón para continuar.

-Tu nombre es ruso, pero eres española. ¿Por qué?

-Mis padres y yo vivíamos en San Petersburgo. Nos fuimos de la Unión Soviética antes de que todo aquello se viniese abajo, siendo yo muy pequeña.

-Entonces… supongo que sabes hablar ese idioma perfectamente.

-Sí. Algún día te contaré la historia con todo detalle... si me guardas el secreto. -Victoria asintió sin abandonar su expresión de fascinación, se limitó a mover la cabeza arriba y abajo con la boca entreabierta. Su amiga era una caja de sorpresas.

Álex se estremeció. Victoria sabía escuchar, su interés le resultó auténtico, parecía preocuparse sinceramente por ella, no preguntaba por cotillear. Llegaron quince minutos después, Álex guiaba a Victoria, que quedó muy impresionada.

-Tu casa es bastante grande, la verdad. ¿Y esta habitación sería para mí?

-Sí, tengo que vaciar los armarios y trasladar la ropa a mi dormitorio. ¿Te gusta?

-Muchísimo. Es enorme, y las vistas son espectaculares. Me encanta aquel bosque, se puede ver también el exterior de la fábrica con todo detalle desde aquí, no me lo puedo creer. Si la oferta sigue en pie, me quedo.

-Claro que sigue en pie. -Álex sintió un escalofrío recorriéndole todo el cuerpo. Las palabras se atropellaban en su boca, era presa de una extraña felicidad.

-¿Y tú duermes en la planta inferior? No me has enseñado dónde.

Bajaron las escaleras y entraron en su habitación. Hubo un largo silencio mientras Victoria miraba aquel caos lentamente, sorprendida. Decenas de libros ocupaban las estanterías, en la mesa pudo ver varios ordenadores y aparatos, una de las paredes estaba forrada de papeles con esquemas y anotaciones que no comprendía y que no quería detenerse a observar demasiado para no resultar maleducada. En el suelo, una maraña inmensa de cables le intrigó, no podría decir exactamente dónde desembocaba todo aquel manojo. Victoria observaba a su alrededor totalmente inmóvil hasta que se fijó en el sofá. -No me dirás que duermes ahí -dijo, por fin.

-En realidad es muy cómodo, me he acostumbrado. Estoy día y noche por aquí y siempre acabo durmiendo en él, así que al final la convertí en mi habitación.

Álex se derrumbó por dentro al ver la mirada de Victoria clavarse en ella, incisiva y penetrante. Por vez primera, una desconocida había entrado en su dormitorio. Aquel momento resultó muy extraño, se sentía incómoda, pero no era capaz de apartar sus ojos de los de ella. De repente se dio cuenta de que debía tener cara de boba observando a aquella chica con la boca entreabierta y las manos cruzadas. Aquella era su casa, ¿por qué quería salir corriendo, de qué se avergonzaba? Sintió la imperiosa necesidad de echarla a empujones y al mismo tiempo de mostrarle todos los estudios que estaba llevando a cabo, todos sus proyectos, justificar la presencia de tanto libro, de tanto papel. Álex se sentía violada en su intimidad, sentía que Victoria estaba robando con la mirada una parte de su ser que jamás había dejado ver a nadie, como la víctima de un atraco en el que el ladrón arrebata su bolso y lo registra sin conmiseración, como una adolescente que descubre a su madre metiendo la mano en los cajones de su mesilla para leer sus cartas de amor. Se sentía desnuda ante ella y eso le avergonzaba, y aunque la intención de Victoria no fuese malsana, no podía evitar verse así,

pero también quería aproximársele y tomarla por la cintura, sentir su calor, pedirle a gritos que se quedase a vivir allí, necesitaba que aquella chica le salvase de su rutina, mostrarle que el mundo exterior carecía de sentido, que a su lado estaría a salvo de cualquier cosa. Necesitaba protegerla, jamás había necesitado algo con tanta urgencia. La recién llegada escudriñó durante un largo rato aquel lugar que parecía ser el laboratorio de algún genio chiflado, más que el dormitorio de una mujer de treinta y pico años.

-¿Sabes lo que más me gusta de tu casa? -dijo por fin, rompiendo aquel largo momento de tensión. -El silencio, la sensación de quietud. Me resulta muy reconfortante, siento que podría quedarme durmiendo en cualquier rincón. La luz que entra por las ventanas también tiene un equilibrio perfecto, el color y el grosor de las cortinas hacen que no haya mucha o poca iluminación… -Álex tuvo un déjà vu, recordó haber escuchado aquellas palabras antes. -…te lo digo yo que de eso sé un rato. Tu casa me relaja y después de todo el ajetreo de la mudanza y de estar en una continua incomodidad viviendo con mis tíos, me parece un lugar de gran paz. Acepto el trato. -Victoria extendió la mano como si estuviese cerrando un negocio y se la dio soltando una gran carcajada. Álex se sorprendió de su reacción, después de aquella situación que le resultó tan embarazosa.

Pasaron varios meses y la convivencia resultaba fácil. Álex intentaba no importunar, no hablar de cosas personales. Victoria era una buena inquilina. Ordenada, amable, servicial, aportó con pasmosa facilidad el toque de alegría que faltaba en casa. “La luz entró aquí el día que llegó” -pensaba la anfitriona continuamente. Se sentía feliz, y a pesar de que necesitaba estar junto a su compañera, se resistía a estropear aquello. Las chicas no se molestaban mutuamente y la recién llegada se dejaba caer de vez en cuando por la habitación de su amiga.

-Siempre estás leyendo, escribiendo o haciendo cosas con tus cacharros. ¿Es que no te cansas? -preguntó Victoria.

-No puedo parar. -Respondió Álex con una gran sonrisa.

-Mira hacia aquí. -Un chasquido le avisó de que Victoria acababa de tomar una foto. Era su gran pasión, se le daba muy bien, le ponía mucho empeño. Asistía a cursos, compraba revistas... Le gustaba hacer álbumes alegres de animales, por ello aparecía muy a menudo en exhibiciones y concursos de mascotas. -Algún día te haré un book.

-Mejor no. Empiezo a tener arrugas y no me gusta mi aspecto.

-Ya te he dicho que tienes que dormir más y usar cremas. Te voy a comprar una un día de estos. -Victoria no dejaba de hacerle regalos como agradecimiento desde que se mudó. -Con un buen peinado y un poco de maquillaje... ¡muá! -Cerró los ojos y se besó la punta de los dedos. -Oye, ¿por qué no salimos esta noche?

-¿De bares, dices?

-Sí, a beber. Luego volvemos en taxi. No te he visto salir ni un solo fin de semana.

-Suena bien.

El Enemigo Dos Años Atrás I

En el pasado, José Miguel era, si cabe, peor persona. Tenía trabajo fijo, pero pasaba todas las noches en casa de alguno de sus amigos, bebiendo y jugando a videojuegos sin permitir que su novia le acompañase porque le “cortaba el rollo”. Luego ella debía soportar sus caídas, vómitos y tenía que levantarlo a golpes cada mañana.

Hasta que un día se hartó de él.

-Me voy. Hemos hablado de esto varias veces y siempre me sales con lo mismo: Que si eres tú el que trabaja todo el día, que no me llevas contigo porque no me gustan tus amigotes, porque te obligo a volver pronto a casa... No vas a cambiar. Eres esa clase de hombre del que me advertían mi madre y sus amigas, el hombre que no le conviene a ninguna mujer. No soy feliz contigo.

-¿Feliz? ¿Como en las películas, dices? ¡Eso son cuentos! Soy yo el que trae el dinero aquí. ¿En qué nos lo tenemos que gastar? ¿En cruceros? Vete con alguien que te trate como una princesa, si quieres. ¡Que tengas suerte! Tienes la cabeza llena de pájaros, eres tú la que no va a cambiar. ¿Es que no tuviste infancia para jugar?

-Bah, no hay manera. No lo vas a intentar. ¡No lo vas a intentar, solo por si es posible! ¿Ves esta maleta? He metido mi ropa mientras estabas por ahí. Me voy esta noche. Ya vendré a por lo demás. -Su novia cogió la maleta y un bolso y se dirigió hacia la puerta.

-Si tardas mucho en venir a recoger lo que falta, lo tiraré todo -dijo él con tono desafiante. Un portazo hizo temblar los cuadros de la entrada. Su novia se había ido, José Miguel no había sido capaz de ponerse en su lugar.

Al día siguiente, la chica regresó con su padre para llevarse el resto de sus pertenencias. El padre no dijo nada, ni siquiera miró a José Miguel, siempre había puesto distancia entre ellos dos, daba la impresión de ser un hombre débil y apocado, nunca le había caído bien el novio de su hija, parecía tenerle miedo. En menos de una hora tenían todas sus cosas cargadas en el coche. Miró alrededor y se dijo que ahora había un nuevo sitio en el que poder montar sus reuniones diarias.

Y al principio así fue, pero aquello se fue acabando poco a poco, sus amigos decidieron ir sentando la cabeza y hacer vida familiar, todos tenían pareja o estaban casados y dejaron de correrse juergas a diario. Posteriormente, las fiestas de fin de semana también se fueron terminando. En algo menos de un año se quedó solo. No fue capaz de verlo venir, no fue capaz de ver que el período de juventud había pasado y que debía haber obrado en consecuencia, como así hicieron sus amigos.

La Técnico Dos Años Atrás II

Álex y Victoria entraron a casa tambaleándose y riendo. Aquella noche había comenzado tranquila, pero rápidamente tuvieron a un par de tipos rondándolas, dispuestos a invitarlas a todo. Ellas se negaron, pero no rechazaron la conversación.

-¡No puedo creer lo rápido que me ha subido el alcohol! -dijo Álex riendo. -Llevaba tantos años sin beber…

-No ha estado mal, ¿verdad? Esos dos lo han entendido bien y no han insistido demasiado en pagarnos la bebida, no me gusta aprovecharme de la gente. Vamos a hacernos un “selfie”. -Se colocaron juntas y sonrieron a la cámara del móvil. -¿Puedo hacerte unas fotos?

-¿Ahora? ¿Has visto la cara que tengo? Ni siquiera puedo mantener la mirada fija.

-Mejor, mañana nos reiremos al verlas. -Después de varias tomas en las que la fotógrafa se esforzaba, casi sin éxito, en sacar el “lado bueno” de Álex, Victoria dirigió sus ojos hacia la ventana de la cocina. -El taxista sigue ahí, está mirando hacia la casa. -Dijo con voz lúgubre.

-¿En serio? -Álex apartó los visillos y miró hacia el exterior con curiosidad. Aquel hombre estaba sentado dentro del vehículo dirigiendo su mirada hacia allí. Parecía no estar haciendo nada más, solo permanecía inmóvil. -¿Qué cojones…?

-Vamos a mi habitación. -Victoria cogió su mano y subieron las escaleras. Aquella noche fue el principio del fin.

El Enemigo Dos Años Atrás II

José Miguel se dirigió hacia la tienda situada frente a su piso cuando algo le llamó la atención: encontró una tarjeta de memoria en el suelo. La cogió y se la guardó, después de comprar fue a trabajar. El día transcurrió como siempre: mucho esfuerzo físico. Aquello le aburría, se sentía asqueado de estar solo, de vez en cuando algún compañero le ofrecía ir a tomar algo después de la jornada, pero él no se sentía mejor por mucho que contase su historia. Su versión no admitía la más mínima crítica: su novia era la culpable de todo y se acabó, y mientras vivía su nueva vida le daba vueltas a aquello obsesivamente, una y otra vez.

Cuando terminó su turno ya era tarde, decidió volver directamente a casa y tomarse un par de cervezas antes de dormir. Una vez allí encendió el ordenador y leyó lo de siempre: Prensa deportiva, declaraciones de este, del otro jugador... De repente recordó que había encontrado una tarjeta de memoria, la introdujo en el lector y sus ojos se abrieron como platos.

-¡Ja, madre mía! -alcanzó a decir. Rápidamente, entró en una página que solía visitar a menudo y abrió un hilo llamado “Otra zorrita más”. Cargó las fotos en la web y las publicó.

La Técnico Dos Años Atrás III

Victoria llamó a la puerta de la habitación de Álex y pasó sin recibir permiso.

-No encuentro la tarjeta. -Dijo con visible preocupación.

-¿Cuál? -Álex se estaba terminando de vestir, tiró la camiseta al suelo y miró a su amiga con fascinación, mostrándole su torso desnudo.

-¡La tarjeta de la cámara, la que usamos el sábado!

-¿Qué quieres decir?-La expresión de Álex cambió súbitamente, comprendió que algo no iba bien.

-¡Maldita sea! ¿Es que no recuerdas lo que hicimos el sábado en mi habitación? -Victoria no paraba de temblar. Álex palideció, se puso la camiseta y subió corriendo las escaleras.

-¿Has mirado en la mochila? -Álex revolvía frenéticamente el porta cámaras. Dos tarjetas de memoria cayeron al suelo, pero ella recordaba que la que usaron el sábado era de color azul. Buscaron entre todo lo que Victoria tenía sobre la mesa, en los cajones, en todos los bolsillos de la ropa esparcida por el suelo, pero la memoria externa no aparecía. Álex volvió corriendo a su dormitorio y revisó el lector. En él no había nada, pero tenía que asegurarse. Victoria entró y la miró con los ojos muy abiertos.

-¿Por qué la buscas aquí? -Álex dirigió su vista hacia el suelo y empezó a llorar silenciosamente. -Contéstame. Contéstame, joder. -El tono de su voz era, por primera vez desde que la había conocido, muy amenazante.

-Porque la cogí yo.

-¿Y para qué la cogiste? ¡Dímelo! -Victoria se acercó y le cogió del brazo. -¿Has enviado las fotos a alguien? ¡Eh!

-...quería verlas. -Álex no podía mirarle a los ojos, no podía dejar de llorar. ¿Qué iba a decir, que vio las imágenes para masturbarse? Victoria no conocía sus sentimientos.

-¿Para qué querrías verlas? No entiendo nada. ¿Y qué hiciste con la tarjeta después?

-No lo sé. La dejé en tu habitación, pero no recuerdo dónde. Estabas durmiendo y yo había bebido mucho. -Victoria enfureció. Agarró su cara con las dos manos y se la retorció.

-¡Te has hecho una copia! ¡Dónde coño la has metido! -Victoria no era capaz de razonar, Álex temía que le fuese a golpear. Victoria se separó de ella y encendió el ordenador, abrió la carpeta "Mis documentos" y aparecieron: Imágenes suyas desnuda sobre la cama, mirando a la cámara en actitud provocativa. Algunos de sus gestos rozaban el mal gusto. -¿Y las que te hice a ti? ¿Y las fotos en las que aparecíamos las dos?

-Las borré. No me gustaban. -Respondió Álex con un hilo de voz mientras se tapaba la boca con su mano temblorosa. Victoria miraba la pantalla con incredulidad. De repente presintió lo peor, cogió el teclado y copió el código de una imagen en el navegador de internet. El

buscador le dirigió a una conocida página pornográfica donde se alojaban toda clase de fotografías y vídeos. Allí estaban, en la sección “Amateur”, colgadas por un usuario de nombre "xjoomiix28" en un hilo llamado “Otra zorrita más”.

Victoria permaneció en silencio, Álex lloraba intentando contener los gemidos, intentando hacer el mínimo ruido posible. Sentía que la tierra se había abierto bajo sus pies, no se atrevía a mirar a aquella persona con la que había compartido algo tan especial. En un segundo, todo había quedado rebajado a lo más sucio, vulgar y repugnante. Solo podía pensar que, en cualquier momento, Victoria le cogería del pelo y le estamparía la cara contra el monitor, pero en lugar de eso se marchó sin decir nada. Al fondo, la puerta que daba al exterior se cerró suavemente. Victoria se había ido para no volver.

Un rato después se armó de valor y salió a buscarla. Se dijo a sí misma que no era tan grave, que siempre podrían desaparecer, podrían denunciar el robo de la tarjeta y la policía contactaría con el dueño del servidor para que borrase las imágenes, quizás contratar a un experto en seguridad informática para que rastrease el ordenador desde el que se subieron, dar con la persona responsable de haberlas publicado y denunciarle, largarse de allí, cambiar de aspecto. Pensaba también en confesarle sus sentimientos, decirle que vio aquellas imágenes porque necesitaba fantasear, recrear en su cabeza un encuentro sexual, que aquel juego inocente había significado mucho más que eso para ella, quizá pudiese hacerle ver la situación de una manera distinta, demostrarle que no estaba sola, decirle que podía contar con su ayuda. Caminó durante una hora y media recorriendo todas las calles de la urbanización y llegó hasta el bosque, llamando mientras tanto a su teléfono, pero no había respuesta. Empezó a impacientarse. De repente, se cruzó con una pareja que hacía footing y que comentaba algo con visible preocupación.

-Imagina la desesperación... -Decía el chico.

-Parecía una mujer, ¿verdad? No he podido distinguirlo bien con tanto mirón alrededor.

Un sudor frío bañó su espalda. De pronto cayó en la cuenta de que había dejado de escuchar los trenes que circulaban por allí, se dirigió hacia el lugar del que venían los corredores y encontró un tumulto de gente agrupada, mirando la vía que cortaba el bosque en dos. Sobre ella pudo ver un gran bulto tapado con una sábana, rodeado de varias personas: policías, sanitarios y alguien que parecía ser juez portando unos papeles. El corazón se le paró en el pecho, echó a andar, mareada. Las voces de los curiosos bajaban poco a poco de volumen y un pitido ensordecedor inundó sus oídos. El aire se volvió irrespirable, insoportablemente denso. Sus sueños acababan de morir. Álex se sentía vacía, como si le hubiesen arrancado las tripas. El mundo seguía existiendo a su alrededor sin ningún propósito.

Respondió a las preguntas de la policía de una manera fría y mecánica unos días después, incluso cuando los padres de Victoria se presentaron en su casa para buscar una nota de suicidio o algo que les pudiese indicar la razón de su muerte, ella permaneció impasible, como si no hubiesen sido amigas, como si tan solo hubiese estado viviendo allí. Sus padres se marcharon desolados sin poder llevarse nada. Álex se convirtió a partir de entonces en un ángel vengador, tenía una misión que cumplir, una misión que estaba por encima de sus

sentimientos, de sus obligaciones y necesidades, que le dio la fuerza para levantarse cada mañana.

Se presentó en la empresa exigiendo las tres semanas de vacaciones que le quedaban.

-Entiendo que estés afectada, pero ya has faltado en dos ocasiones. No puede ser. -Le dijo el supervisor severamente. -Además, los días libres deben reservarse con suficiente antelación, ya lo sabes.

-Me los voy a tomar ahora, quiera usted o no. -Álex le miraba a los ojos con indiferencia.

-La cuestión no es si yo quiero. Estamos metidos en dos proyectos que nos urgen, tú decidiste encargarte de ambos, aceptaste en su día esa responsabilidad. Nos llevaría tiempo replantearlo todo, nadie está al tanto del progreso como tú lo estás, nadie es capaz de organizar a los trabajadores como tú lo haces. -El supervisor trataba de halagarle hablándole con falsa pasión. Su estrategia resultaba bastante torpe.

-¡Claro! -Álex soltó una pequeña e irónica carcajada. -Qué bien se vive cuando hay alguien que puede aligerar el peso de sus obligaciones sin rechistar, ¿verdad? De repente descubre que tiene más tiempo para tomar café, para escribir correos a los amigos, para mirar perfiles de mujeres en páginas de contactos, intentar quedar…

-¿Cómo dices? -Su superior la interrumpió, su expresión reflejaba una incómoda sorpresa. ¿Cómo sabía ella todas esas cosas? Las normas de aquel lugar estaban esculpidas en piedra: nada de asuntos personales en horas de trabajo. El jefe de producción lo había dejado claro meses atrás y él había roto esa regla. Álex había dejado caer aquella comprometedora información sobre la mesa como una pila de ladrillos, no era posible que conociese ese dato, él cerraba siempre la ventana del navegador cuando escuchaba movimiento en el pasillo.

-No se preocupe, no voy a decir nada. -Dijo Álex recobrando su expresión de indiferencia. -No podría demostrarlo, de todas formas. No trato de chantajearle para conseguir los días libres. Su vida no me incumbe.

-¿Entonces? -Preguntó él, indignado. -¿Quieres las vacaciones olvidándote de lo que se nos viene encima? Vas a convertir un deseo particular en un problema…

-¡No! -Interrumpió ella. -Sobran vagos en este antro, ese es el problema, sobra gente que se ha acomodado a hacer lo mínimo posible. Vienen, se esfuerzan lo justo y después se largan por ahí sin preocuparse de mejorar ni aceptar nuevas responsabilidades. Usted ha permitido que eso ocurra al no ofrecerles nuevas tareas, al dejar las situaciones complicadas en mis manos y en las de nadie más. La motivación de los empleados es cero.

El hombre se sintió menospreciado, sus palabras le humillaron. Comprendió que no iba a ceder.

-No voy a tener más remedio que informar a recursos humanos -respondió él visiblemente enfadado. No esperaba que Álex le tratase así, a pesar de ser tan parca en palabras, siempre le había caído bien aquella mujer, se sentía abrumado por su profesionalidad, su vida era más fácil desde que llegó a la empresa. Aprendió los entresijos de todo aquello en poco tiempo,

más tarde se involucró en el propio sistema de producción, aceptando tareas que no le correspondían. El supervisor pudo delegar en ella una gran parte de su carga laboral. -No te garantizo que puedas volver a trabajar aquí si te vas ahora -terminó su argumento, amenazante.

-Me da igual. -Respondió, mientras se levantaba y se colocaba la chaqueta, dispuesta a marcharse.

-¿Qué tenías con esa chica, por qué vivía contigo? -Preguntó él irónicamente, no iba a consentir que se fuese limpia después de todo lo que había dicho. -La gente no deja de pitorrearse de ti desde que llegó. "¿Has visto cómo se pone colorada cuando hablan? ¿Te has fijado cómo la mira?".

Álex le observó con desprecio, quería aplastar a aquel hombrecillo como si fuese una cucaracha. El supervisor bajó la vista hacia los papeles que tenía delante, acobardado. Ese hombre, apocado y pusilánime, había dejado ver por fin su verdadero rostro. Siempre le había resultado irritantemente aséptico, robótico, como si interpretase un papel. Realizaba sus obligaciones con exquisita profesionalidad, sin el más mínimo atisbo de pasión ni implicación emocional.

Sus compañeros no eran más que un corrillo de cotillas despreciables, precisamente el tipo de gentuza que Álex no soportaba. En ese momento pudo ver con claridad la película que había montado en su cabeza, creía que nadie había reparado en aquello, se engañó a sí misma convenciéndose de que aquel secreto le pertenecía solo a ella. Sintió asco por su superior y por los demás. Su imagen de persona fría, de heroína situada por encima de todos y a la que todos deseaban le pareció, de pronto, bochornosa y patética. Aquella empresa se le antojó como un lugar de traición y esperpento, absurdo y cruel.

Salió de allí sin decir nada. Si después de aquellas semanas de ausencia pudiese regresar, las cosas iban a cambiar. Y mucho. Su trabajo se convertiría en el medio que le permitiese llenar su barriga y pagar sus facturas, nada más. Se acabó el involucrarse más de la cuenta en todo aquello.

El Enemigo III

Damián: Nos vamos de putis el próximo sábado. ¿Vas a venir?

José Miguel: Claro! XD Esta semana ha habido curro y tengo pasta. Ya me apetecía.

Damián: Vamos a uno nuevo. Las tías están de muy buen ver.

José Miguel: Menos mal. Últimamente solo me lo hago con flacuchas. Se parecen a la lagartija aquella de las fotos que colgué. ¿Te acuerdas?

Damián: Jajaja. Asco de anoréxicas. Ya te digo hora.

José Miguel: Venga, tronco. Chao.

José Miguel abordó el tren y se guardó el móvil en el bolsillo. El sueño podía con él, iba dando cabezadas hasta que en una de las paradas subió una mujer con un niño pequeño en brazos que empezó a llorar a pleno pulmón. "Se acabó la siesta, coño" -pensó. Al cabo de un rato llegó a la estación y cogió el bus para regresar a casa. El teléfono vibró, indicando que se había quedado sin batería.

Álex accedió al servicio de mensajería instantánea que usaba su enemigo, usando su nombre de usuario y su contraseña para espiar su actividad reciente. De pronto, enfureció. Cogió el monitor y lo estrelló contra la pared mientras gritaba con todas sus fuerzas. La pantalla emitió una explosión sorda, haciéndose pedazos.

José Miguel llegó a casa y recordó, mientras subía las escaleras, que ya no quedaba cerveza en la nevera. "Bajaré a comprar después de la ducha" -pensó. El día había sido especialmente duro, estaban revistiendo la escalera de mármol, y tanto subir y bajar cargando peso a pulso le había dejado agotado.

La puerta se abrió con un extraño crujido, José Miguel dio a la llave de la luz pero no se encendió. Cerró la puerta, pensando que habría saltado el interruptor magnetotérmico general. Mientras buscaba el mechero en sus bolsillos, escuchó unos pasos que se acercaron hacia él corriendo, José Miguel no tuvo tiempo de reaccionar y sintió un dolor agudo sobre la oreja izquierda, cayó al suelo gritando y sujetándose la cara con ambas manos. Una descarga eléctrica le dejó inconsciente.

Cuando recobró el conocimiento se encontraba sentado en una silla, atado a ella por las muñecas y los tobillos, movió erráticamente la cabeza y comenzó a gemir. De repente, un puñetazo le rompió el labio inferior, una mano le agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás provocándole un tremendo dolor en la nuca. Su atacante no tenía piedad. Recibió otro golpe en la cara, mientras su cabeza permanecía inmovilizada. La agresora dejó de golpearle y le apretó las mejillas, como para cerrarle los labios.

-Escúchame bien. -Dijo Álex a pocos centímetros de su cara. -Si gritas, te mato. Si te mueves y haces ruido con la silla, te mato. Si no contestas a mis preguntas... ¡Te mato! -La mujer estrujó su cara como si quisiera destrozársela y le propinó dos bofetones con todas sus fuerzas mientras José Miguel chillaba. Un pitido ensordecedor inundó su cabeza.

-¡Uuuuugh! –gritó él. Su respiración era acelerada, Álex le había quitado la camiseta mientras estaba inconsciente.

-¿Sabes qué? Había pensado ponerte unas pinzas de batería en los pezones y electrocutarte a doscientos treinta voltios, pero con las prisas... ¡Se me han olvidado! -Álex reía histéricamente, caminaba de un lado a otro de la habitación haciendo todo tipo de aspavientos, había perdido la razón -Así que... flacucha, ¿eh? ¡Lagartija anoréxica! -Cogió una silla y la estrelló en su sien con tal furia que sonó como un coco siendo golpeado por una piedra. José Miguel perdió el conocimiento.

Varios minutos después, despertó. Seguía atado, el dolor era insoportable, no podía respirar, su boca se llenaba de sangre que tenía que escupir. Miró al suelo, contempló el charco rojizo que le rodeaba y vomitó. Mientras lo hacía, Álex levantó su cabeza con la pata de la silla que se había hecho pedazos. José Miguel tosía tratando de tomar aire desesperadamente.

-Tienes la oreja colgando. -Le dijo riendo. -Mírame. ¿Sabes quién soy? -José Miguel empezó a gimotear.

-Por favor -suplicó -llévame a un hospital. Llama a una ambulancia. Me encuentro muy mal. No puedo ver nada con el ojo izquierdo. Por favor, creo que tengo la cabeza abierta.

-Te he sacudido demasiado cuando estabas en el suelo, pedazo de cabrón. ¿Sabes quién soy?

-No, no lo sé. Por favor, no sé qué te he hecho, pero te puedo compensar. Por favor, me encuentro muy mal. -José Miguel no se atrevía a mirar a su agresora, miraba la sangre y se miraba a sí mismo con desesperación. -¡Te equivocas de persona!

-¡No me digas! Hace un año y medio publicaste unas fotos de una chica desnuda, las subiste a una página pornográfica dentro de un post llamado “Otra zorrita más”. -José Miguel sintió aún más pánico, en ese momento entendió lo que estaba pasando, comprendió que esa mujer estaba relacionada con todo aquello y que ahora estaba en su casa para vengarse. Empezó a llorar.

-Escucha, por favor. Yo no sabía nada. Por favor, me encuentro muy mal...

-¿De dónde sacaste las fotos? -José Miguel sorbía los mocos y escupía al suelo. Su gimoteo aumentó de volumen. Álex cogió una silla y se sentó frente a él. -Si no bajas la voz y me contestas, juro que te arrancaré los dientes uno a uno.

-¡De una tarjeta de memoria! -José Miguel seguía tosiendo y escupiendo sangre, era evidente que le costaba mucho respirar.

-¿Y de dónde la sacaste?

-La encontré en el suelo, delante de la tienda que hay frente al edificio... -En ese momento, Álex se levantó y volvió a caminar de un lado a otro de la habitación comprendiendo la situación, imaginando que la tarjeta habría acabado en alguno de los bolsillos de su ropa. Al día siguiente ella había ido a una exhibición canina, según le había dicho. Quizá pasó por la tienda para comprar algo y la tarjeta se le cayó, tal vez al sacar la cartera. Álex se sintió

insoportablemente culpable por aquello. No recordaba haberla metido en su pantalón, pero sí haberla extraído de la cámara, sentenciando a muerte a su amiga.

-¿Sigues teniendo la tarjeta?

-Sí. -José Miguel lloriqueaba.

-¿Dónde está?

-Por favor, por favor. Pffff... -Álex le agarró del cuello y le abofeteó. -¡En uno de esos cajones! ¡En ese armario! Pff.

Sacó los cajones uno a uno y volcó su contenido sobre el suelo de la habitación, se puso de rodillas y comenzó a hablar en voz baja, buscando entre los papeles y trastos desperdigados por allí:

-Le destrozaste la vida al ser más puro que ha pasado por mi vida. Todo por una noche en la que bebimos demasiado y decidimos que sería divertido vernos desnudas en la pantalla de su cámara. Me llevó a su habitación preguntándome si quería pasar un buen rato, participar en un juego inocente, yo le dije que sí. "¿Quieres jugar?" me dijo. ¿Jugar? Yo quería mucho más, quería aprovecharme de su cuerpo desnudo, devorarla con los ojos, provocar algún roce involuntario al acercarme para mover su pelo y que así "saliese mejor en las fotos". Me sentí tan frágil viendo su control sobre aquella situación… El mejor momento de mi miserable vida hecho pedazos por ti... y por mí. Un par de días después me colé en el servidor de aquella página y borré las imágenes, nadie las echaría de menos, pude hacerme con tu IP y descubrí rápidamente dónde vivías. Mi plan consistía en introducirme en tu ordenador, grabarte en alguna situación comprometida, publicarlo y arruinarte la vida, pero eres tan inútil que solo usas tu portátil para estupideces. Has tenido mucha suerte viviendo un año y medio más de lo que debías, pero eso se acabó. -Álex no escuchaba los llantos y toses de José Miguel, que no paraba de repetir: "Por favor, por favor...". No podía oírla, respiraba con mucha dificultad. Aún así, ella seguía hablando. -No sabía que el amor a primera vista fuese posible, pero no podía durar porque soy un ser repulsivo, soy un fraude. Jamás le dije la verdadera razón, porqué la había invitado a vivir conmigo. Solo le ayudé para intentar salir de mi patética soledad. -La tarjeta de memoria apareció, Álex la cogió y cerró el puño apretándola fuertemente mientras lo apoyaba en su frente. De repente, los lamentos se desvanecieron y Álex volvió a la realidad: el pánico se adueñó de ella. Tenía que acabar con aquello lo antes posible y largarse. Guardó el dispositivo en su mochila y cogió del pelo a José Miguel, sus labios eran azulados, movía los ojos erráticamente. Parecía estar en shock. -¿Quién vive abajo?

-Un hombre mayor. -Dijo susurrando.

-¿Tiene buen oído? ¿Se ha quejado alguna vez del ruido que armas con tus amigotes?

-No.

Álex se colocó detrás de él, cogió su camiseta y apretó su garganta con todas sus fuerzas, asfixiándole. José Miguel intentó luchar contra aquello mientras tosía, tratando de tomar aire, pero pronto dejó de moverse. Álex tiró la pieza de ropa a un lado y se sentó en el suelo, frente

a él. La forma de su cuello era absurda, su ojo derecho se salía levemente de su órbita y su oreja izquierda colgaba, estando sujeta a la cabeza únicamente por un pequeño trozo de carne. De repente, comenzó a analizar fríamente la situación: había mucha sangre en el suelo y podría filtrar hacia el piso inferior, se dirigió hacia el dormitorio y cogió un montón de ropa con la que limpiar todo aquello, tirándola después en la bañera. Una vez terminó se puso a pensar en cómo salir de allí.

Se acercó a la puerta que conducía a la escalera, deteniéndose a escuchar. Tras varios minutos en los que no oyó nada fuera de lo normal, la calma regresó y decidió que se tomaría su tiempo, no podía permitirse un error. La primera vez que entró en aquel lugar llevaba los guantes puestos, nadie la había visto entrar ni salir. En aquella segunda ocasión también iba por buen camino, parecía que nadie se había percatado del escándalo, no había movimiento inusual en el edificio, por lo que lo único que tenía que hacer era eliminar cualquier rastro y marcharse. Decidió organizar aquello de la manera más lógica posible, así que empezó a recoger sus cosas y a guardarlas en la mochila. También se hizo con el equipo que había escondido en el salón, el ordenador portátil, la webcam y el rúter de José Miguel, pensando que así borraría el rastro que había dejado al acceder remotamente a su equipo. “No será posible” -se dijo mientras contemplaba los aparatos -“Pero se lo pondré un poco más difícil a los que investiguen esto”.

Cuando ya no quedaba nada más por recoger, selló las ventanas con cinta aislante que había encontrado en uno de los cajones, volvió al dormitorio y se puso unas botas de trabajo de aquel hombre, guardando las suyas en una bolsa de plástico, llenó un cubo con agua y jabón y fregó todo el suelo que había llenado de huellas, entró por última vez en la habitación en la que había torturado a José Miguel y miró cuidadosamente. Su cadáver era un guiñapo, un despojo con la cara destrozada y el torso y los muslos llenos de sangre y vómito. Álex no se atrevió a acercarse a él, el ambiente había cambiado. Había un extraño silencio, algo había quedado detenido en el tiempo. La luz se antojaba más mortecina, como si estuviese observando una fotografía antigua, le recordó aquel accidente de tráfico años atrás en el que una persona perdió la vida, le recordó también el ambiente que rodeaba la escena en la que Victoria yacía destrozada bajo la sábana. Aquella visión de su enemigo muerto le provocó la misma sensación, la de estar dentro de una campana de irrealidad. No se atrevía a fijar sus ojos en él, solo pudo observar desde la entrada y comprobar que no había dejado nada allí que la incriminase. Cerró la puerta, sellándola después. Había oscurecido un rato antes, eso jugaría a su favor. Entró de nuevo en el dormitorio y se puso una cazadora, cogió la mochila y la bolsa con sus botas y tomó aire. Abrió la puerta, echó el aire violentamente y se marchó, cerrando tras de sí con cuidado.

El descenso por las escaleras resultó eterno. ¿Qué haría si algún vecino salía, por ejemplo, a sacar la basura? ¿Y si alguien entraba desde la calle? Álex luchaba contra aquellos pensamientos que le asaltaban sin control, solo quería largarse lo antes posible. Salió al exterior sin cerrar la puerta, sin atreverse a mirar alrededor, no parecía haber nadie por allí. De pronto se sintió observada. Miró hacia atrás sin detenerse y vio a un vecino asomado a una ventana en el segundo piso que fijaba sus ojos en ella. El estómago le dio un vuelco. ¿Le habría visto la cara? La calle estaba oscura pero había abandonado muy deprisa aquel lugar, su forma de caminar llamaba la atención. Rebuscó nerviosamente el paquete de tabaco en sus bolsillos,

descubriendo que todavía llevaba los guantes puestos. “¡Imbécil!” -pensó. Aquellos guantes eran de color verde claro, demasiado llamativos, incluso con poca luz. ¿Qué iba a hacer con las pruebas? No había ideado ningún plan, ya no tenía nada más que hacer, solo ocuparse de sí misma. Pero, ¿cómo iba a hacer desparecer lo que se había llevado? Mientras llegaba a su casa se sentía más y más débil, la adrenalina comenzaba a bajar. Le temblaban las piernas.

Entró por fin y tiró la mochila al suelo. Solo una cosa ocupaba su mente: entró corriendo al salón, puso en marcha el ordenador y ejecutó un programa de recuperación de datos. Si José Miguel no había copiado nada en aquella tarjeta, podría volver a ver las fotografías borradas. Las fotografías aparecieron y Álex rompió a llorar con desesperación. Allí estaban: Imágenes en las que aparecía solo ella, otras hechas con un trípode en las que posaban las dos... Las fue pasando lentamente y amplió una en concreto hasta que ocupó toda la pantalla. En ella podía verse a Álex desnuda, sentada sobre la cama con las piernas cruzadas, tapándose los pechos con ambas manos. Victoria le abrazaba por detrás apoyando los brazos en sus hombros. En sus caras se dibujaba una gran sonrisa.

Rafael I

-Le digo que su morfología no es normal, poseen una cadencia particular y característica. Además, apreciamos unos patrones extraños al realizar su análisis, encontramos muchos ciclos en fragmentos en los que la onda debería ser más simple y viceversa. Se asemejan más a un ruido que a una voz, según el sonograma.

-¿Y no será porque son ruidos que se malinterpretan?

El debate era apasionante. A un lado de la mesa, uno de los grandes expertos en el mundo de las anomalías defendía la paranormalidad del fenómeno. Al otro lado, un miembro del sector escéptico negaba sistemáticamente su veracidad sin conocer demasiado bien de qué trataba aquello, solo había escuchado los archivos de audio que se publicaban en cada vez más páginas de internet. Los testimonios eran crecientes, incluso las publicaciones de corte paranormal estaban regalando discos compactos con muestras recogidas cada vez con más frecuencia en todo el mundo.

-Entonces, Germán -dijo el presentador -*¿Cómo podríamos definir el fenómeno?*

-En un principio creía que me encontraba ante voces electrónicas generadas por ordenador, sin embargo, hay algo que me dice que todo este asunto es, en realidad, mucho más complejo. -Hizo una larga pausa, como tratando de sintetizar lo que quería expresar -*Esas voces saben de nosotros, parece que nos conocen demasiado bien. Al menos, en la única experiencia personal que tengo, esto es así.*

-Sin embargo, -replicó el escéptico -*el receptor no elige la comunicación, ¿verdad? Parece que son "ellos" los que se ponen en contacto* -remarcó aquella palabra irónicamente, dibujando unas comillas con los dedos, -*es lógico suponer que nos hablan cuando averiguan algo sobre nosotros, algo perfectamente realizable por personas de carne y hueso, no es necesario recurrir a fantasmas para explicarlo. Esto no es más que una broma, una broma con muchos medios y mucha gente.*

-Debería analizar esas inclusiones con expertos en sonido -increpó el investigador.

-En todo el grueso de las mismas que he escuchado, he podido encontrar tomaduras de pelo clarísimas, en otras solo se escucha ruido.

-En cualquier caso -dijo el presentador -*parece que hay comunicaciones, vamos a decirlo así... apócrifas. Habría gente que, aprovechando todo este revuelo, se estaría dedicando a asustar a algunas personas de forma no aleatoria, por decirlo de alguna manera. Eligen a víctimas que tienen en su punto de mira por cualquier razón y les aterrorizan.*

-Todas son bromas -replicó el escéptico.

-Bien, no tenemos tiempo para más. -Interrumpió el presentador -*Muchas gracias por su atención...*

Rafael dejó de mirar la televisión, aquel tema le cautivaba, cada vez más gente hablaba de aquel hecho. Lo cierto es que Rafael sí había tenido esa experiencia en dos ocasiones, ocho

meses antes. Él seguía como entonces: en el mismo trabajo, en la misma casa. Ya casi había olvidado a Álex, desaparecida de repente de las vidas de todos. Un buen día, la mujer dejó de asistir a sus obligaciones. La empresa intentó ponerse en contacto con ella, pero su teléfono se encontraba apagado, su cuenta de correo cancelada y la casa vacía, con un cartel que rezaba "Se Alquila" en la fachada. La agencia había puesto de nuevo la propiedad en el mercado ante los impagos del alquiler.

"No me gustaría volver a escuchar aquello en mi propio teléfono" -pensó. Rafael se había acostumbrado a reproducir los audios de internet, cada semana aparecía alguno nuevo y la población estaba dividida. Todos habían oído hablar de las voces, pocos decían haberlas escuchado de primera mano y, seguramente, muchos menos lo habrían hecho en realidad. Pero el fenómeno, ya fuese paranormal o creado por expertos de carne y hueso, estaba en boca de todos. Se había convertido en algo internacional, nadie sabía cómo ni dónde había empezado. "Quizás no sea más que una broma. Aunque, si lo fuese, no tendría limitaciones como la de aparecer solo en un lado de la línea". -Recordó los casos de círculos de las cosechas falsos, o los vídeos de ovnis realizados por estudios de animación como campañas de marketing viral que habían dado la vuelta al mundo. El problema es que si esto era algo similar se había saltado los límites de la legalidad, puesto que había gente que había quedado bastante asustada al escuchar una de esas voces. El tema no era baladí.

Rafael apagó el televisor y cogió una revista sobre anomalías que había comprado al volver del trabajo. En un artículo de la misma se hablaba acerca de un grupo formado por varios científicos que habían recogido algo parecido en una frecuencia de onda corta no ocupada por ninguna emisión científica o gubernamental. "Pero, que nosotros sepamos, solo en zonas cercanas al polo" -aseguraban. "Recibimos una señal que no pudimos comprender y que se coló en el receptor que portábamos a través de nuestra expedición por el ártico, cuando nos dirigíamos a la base de Nord, al noreste de Groenlandia. Después, ya no volvimos a saber nada de aquello".

Rafael echó a volar su imaginación, pensando en aquella gente, en algún lugar remoto de esa enorme isla escaneando ondas de radio. Gente de ciencia, perfectos conocedores de las emisiones internacionales que podían ser captadas por reflexión ionosférica y escuchar algo así... emocionado, se recostó en el sofá y cogió un pequeño aparato a pilas que había comprado, movió el selector hacia SW (onda corta) y comenzó a desplazar el dial muy lentamente.

Los Expertos I

-Yo creo que deberíamos intentarlo. Es una inversión pequeña, si no obtenemos nada, tampoco perdemos nada. -Las tres personas que estaban a su alrededor le miraron severamente. -Bueno, casi nada.

-¿Van a tomar algo más? -espetó la camarera mientras golpeaba impacientemente la libreta que portaba en las manos y miraba con preocupación alrededor. El bar en el que los cuatro amigos se reunían un par de veces al mes estaba abarrotado de clientes.

-No, gracias. -Contestó uno de ellos. -Pagaremos en cinco minutos.

-No me parece una buena idea, Carlos. -Dijo el hombre alto que estaba a su izquierda. -Sabes que no son llamadas que se reciben, las voces entran sin venir a cuento. No son llamadas desde el más allá, como se suele decir.

-¡Bueno, pues ya lo haré yo, Fernando! -gritó Carlos. No veo cuál es el problema, si estamos experimentando en serio deberíamos ir descartando todas las hipótesis posibles.

-Es que no tiene sentido. -Dijo el que tenía enfrente. -Como ingeniero en telecomunicaciones veo poca ciencia en el planteamiento.

-Bueno, dime cuándo ha habido ciencia en la parapsicología, Lázaro. Se buscan presencias en casas abandonadas usando detectores de campos electromagnéticos y ni siquiera sabemos si los fantasmas son eso, en el caso de que existan.

-...se filma en infrarrojo creyendo que se mostrarán en ese rango de luz... atribuimos a esos fenómenos las características que se nos antojan.

-Exacto, Javier. No hay mucha ciencia dentro de la investigación paranormal. Los estudiosos de estos temas nos dedicamos a intentar captar pruebas con métodos elaborados a través de nuestro escaso conocimiento. Es como intentar coger agua con un vaso que está roto por su base, al final solo obtenemos gotas en el cristal, pero no una muestra relevante. Y con esas pocas gotas se puede hacer una investigación muy pobre.

-Mira que eres merolico, Carlos -dijo Fernando mientras sonreía incómodamente, como el que es cazado contando una mentira. -Deberías de haberte dedicado a la política. Me has convencido. Menuda labia tienes.

-Sí, podrías vender congeladores a los Inuit. A mí también me has puesto de tu lado con tu palabrería. La inversión es pequeña, y si lo desarrollamos en Nord podríamos tener las cosas más claras. Allí no hay cobertura de telefonía móvil convencional y la televisión se ve muy mal. La contaminación electromagnética es muy pobre. -Dijo Lázaro.

-De hecho, deberíamos de hacer el grueso de las experimentaciones en ese lugar, no solo lo que acabamos de comentar. -Apuntó Carlos. -Podríamos ir investigando por nuestra cuenta y una vez lleguemos, repetir las pruebas que mejores resultados nos hayan dado. Tenemos una gran ventaja: no hay vecinos en cientos de kilómetros a la redonda. Los resultados serán mucho más fiables.

-Me parece bien. -Dijo Lázaro. Los otros miembros del equipo asentían con la cabeza.

-Vamos a hacer una cosa: pongámonos deberes. -Propuso Carlos. Sus amigos rieron. -Que cada uno de nosotros idee, al menos, un experimento realizable en casa y lo repetimos cuando estemos en Nord, habiendo depurado al máximo todas las variables. Que no se os olviden los aparatos que hagan falta.

-Hoy te toca pagar a ti, Fernando. -Dijo Lázaro con una gran sonrisa. -Voy a salir a fumar.

El Filósofo I

Germán era un hombre peculiar. No era un gran experto en electrónica ni en sonido, pero era un gran pensador y eso era lo que una disciplina como la parapsicología necesitaba: gente dispuesta a reflexionar sobre temas paranormales, filósofos de la ciencia. Según sus propias palabras: "El método científico se queda corto al estudiar este tipo de fenómenos, no se pueden reproducir a voluntad, existen muchas variables que no llegamos a controlar cuando los sometemos al análisis estricto en laboratorio, en un ambiente controlado, por lo que es muy fácil caer en fallas o errores metodológicos. A veces, el deseo de obtener resultados se impone al rigor experimental".

Germán revolvía los papeles que ocupaban toda la mesa, tratando encontrar lo que había escrito la semana anterior. Intentaba acotar los experimentos, sacar fuera de ellos las variables que carecían de valor o que podían llevar a conclusiones ambiguas para depurarlos y crear un manual para su correcto estudio.

Era un hombre alto y delgado, con porte señorial, muy querido dentro de la comunidad paracientífica, tenía un gran dominio del lenguaje y respetaba todas las teorías que se planteaban para intentar explicar los casos; acumuló año tras año un gran conocimiento sobre la materia, se convirtió en el más mediático de los investigadores de anomalías, apareciendo en muchos programas de radio y televisión con su gran sabiduría y tono amable.

Su casa era una auténtica biblioteca. Era un hombre autodidacta y siempre estaba leyendo, escribiendo o intercambiando puntos de vista con algún colega, pero lo que más le fascinaba de aquel fenómeno en particular era cómo había empezado todo, cuál había sido el primer caso, la primera comunicación. ¿Era esto una progresión del fenómeno psicofónico o era algo independiente? ¿Quién lo había escuchado por primera vez? Dispuso sobre la mesa todas las revistas y recortes de periódico que pudo encontrar en los que se hacía referencia a aquellas misteriosas voces, encendió su ordenador y comenzó a estudiar decididamente todo aquello por enésima vez, remontándose en el tiempo todo lo posible. -En el comienzo tiene que estar la clave -se dijo.

Norte I

Álex cerró con llave la gran puerta de la biblioteca y echó a andar. Se ocupaba del archivo y con frecuencia debía quedarse más de lo debido, trabajando a solas durante toda la jornada. Intentaba sacudirse sin éxito aquella gran mancha de su pasado, los recuerdos de todo aquello iban y venían, imágenes que invadían su mente, que aparecían y desaparecían sin control. Luchaba consigo misma por enterrarlas manteniéndose ocupada, practicando deporte, leyendo, paseando durante largas horas a través de caminos rurales, intentaba llegar agotada a la cama con la vana esperanza de dormir una noche completa, pero sus esfuerzos resultaban inútiles: jamás descansaba más de tres horas por noche.

Álex vivía en un pequeño pueblo, muy al norte. Un pueblo de inviernos duros, de días sombríos, de casas construidas con ladrillos macizos, de naves industriales abandonadas, de edificios vacíos. Mientras volvía a casa observaba a la gente tratando de soportar estoicamente el frío de aquel país y sentía una agradable soledad, sabía que podría morirse allí, no le importaría a nadie.

Llegó a su minúsculo piso y se hundió en el vetusto sofá con una cerveza en la mano, rodeada de cables, aparatos, libros, papeles... encerrada en su propio mundo, en la "zona oscura", como ella la llamaba. Una vez allí, dirigió mecánicamente su mirada hacia el exterior, a través de la vieja ventana de madera, y se perdió al observar el parque frente a su casa. Le encantaba aquella vista, era la viva estampa de un recuerdo que anidaba claro en su mente: Siendo ella niña, decidió asistir a clases de solfeo ante la insistencia de su madre. Un sábado por la mañana llegó demasiado pronto al conservatorio y decidió recorrer aquel solitario edificio comenzando por la tercera planta, las aulas estaban vacías. Se quitó los guantes y los dejó sobre un piano que había junto a un mirador, mientras lo hacía contempló distraída el parque situado enfrente y se estremeció al observar las hojas inmóviles que cubrían absolutamente todo el suelo de tierra, la lluvia comenzaba a caer lentamente, sintió que el tiempo se ralentizaba para atraparla, como si el exterior se presentase ante ella en forma de fotografía antigua, como si aquel fragmento de naturaleza no perteneciese a esta realidad. Aquella imagen de calles desiertas, aquel mosaico de fríos colores y la luz mortecina que iluminaba la estancia le hizo temblar. Su mente quedó suspendida en un lugar indefinible, un lugar que quizás solo un meditador podría conocer, fusionada con lo que le rodeaba, eterna, impasible. Entonces comprendió sin el menor atisbo de duda lo que debía hacer para sentirse como en casa: encontrar paisajes similares.

Álex no entendía cómo había sido capaz de experimentar algo así con tan poca edad, sabía que la gente que le rodeaba pasaba por la vida buscando su sitio con dificultad; ella lo encontró siendo muy joven. Los años de inocencia quedaban ya muy atrás, no podía recrear por completo aquella sensación. Su pasado le atrapaba, no conseguía retrotraerse por completo a aquel sublime momento en el que el tiempo se detuvo, en el que se sintió unida a un todo y, al mismo tiempo, como una pequeña parte de aquella habitación.

No dejaba de preguntarse qué ocurría con las personas que cometían un error. ¿Debían huir para siempre? ¿Qué ocurría si alguien descubría sus puntos débiles? ¿Por qué la gente no podía hacer borrón y cuenta nueva? ¿Tenían derecho los demás a condenar a perpetuidad, a castigar con habladurías, a señalar por la calle, al rechazo eterno? "Maldita" -se dijo. "Maldita

eres". Álex no había pagado por su crimen, no había querido saber cuándo había sido hallado el cadáver de José Miguel, o si la policía se encontraba investigando su asesinato, matarle no le hizo sentir mejor. La acabasen cogiendo o no, ella ya estaba cumpliendo condena, una por la que debía pagar durante toda su vida: la condena del remordimiento.

Volvió al sofá y metió la mano debajo, sacando una consola portátil en la que había introducido aquella tarjeta de memoria y la encendió. Allí estaban las fotos que contemplaba de vez en cuando con amargura y excitación; Álex miraba a Victoria mientras se imaginaba viviendo con ella, durmiendo con ella, imaginaba una y mil situaciones que acababan con la almohada entre sus brazos, poco menos que hablando sola.

Perdió su mirada en la luz de la calle que se proyectaba sobre la pared. Su tono era azulado, como el que iluminaba el cuarto de baño de su antigua casa en algunas ocasiones. Cada vez que se asomaba a la ventana de aquel minúsculo piso comprendía que ocupaba un mundo distinto, como si la vida transcurriese en el exterior, como si aquella habitación no existiese en realidad. Nadie miraría hacia arriba y la vería asomada a la ventana, se sentía como un fantasma que habita una antigua mansión porque guarda algún vínculo con el lugar, pero que nadie percibe, que a nadie importa. Había ido hasta allí para ser olvidada, hasta aquel pueblo de perpetuo color gris. Mientras se quedaba dormida, se dejó arrullar por la sirena de un barco distante.

Los Expertos II

-¿Estáis preparados, pues, para pasar otros seis meses allí? Porque... yo no lo tengo nada claro.

-Al final siempre hacemos lo mismo: jugar al póker y beber. Estudiar las auroras es un peñazo. Muy romántico el tema cuando se ve desde aquí, muy espectaculares los colores en el cielo, pero en realidad es lo más aburrido del mundo.

-Sí, tienes razón. No vuelvo a pedir ese destino nunca más. A pesar de lo bien pagado que está, no puedo evitar sentir que se me van seis meses de mi vida. Además, no quiero compartir habitación con Carlos. ¡Eres un guarro, Carlos!

Carlos entró al salón con una botella y cuatro copas. -Y tú roncas, Fernando. -Dijo con hastío, como si hubiera repetido aquella frase mil veces. -Mira, yo me ducho más a menudo si tú haces algo por no armar serenatas... ¡Por cierto! -Dejó las copas y la botella en la mesa y rebuscó en un cajón. Sacó unas bolsitas de plástico que contenían tapones para los oídos y las metió en su enorme mochila. -Gracias por recordármelo. No quiero resultar pesado, pero... ¿tenéis todo lo que vais a necesitar?

-Yo sí. -Respondió Lázaro. -¿Vamos a dejar las cosas aquí hasta que nos vayamos, como la otra vez?

-Esa es la idea. Oye, ¿para qué te llevas esas dos cajas tan grandes? -Preguntó Carlos.

-Para el experimento. Voy a recrear algo fuera de lo común. Secreto de estado, de momento. -Lázaro miró alrededor -¿Tenéis claro lo que vais a hacer? -Los demás asintieron con la cabeza. -Voy a desarrollar un experimento muy interesante. Vamos a ver cómo lo compaginamos con el trabajo, voy a necesitar ayuda. Pero se me ha ocurrido una cosa que... -Sus ojos se encendieron. Lázaro hizo un esfuerzo por callarse, a pesar de morirse de ganas por contarlo. -Bueno, ya lo veréis.

-Muy bien, pues nada más aterrizar revelamos las sorpresas. Nos organizamos una vez lleguemos... ah, intentemos no decir ni una sola palabra de todo esto allí. Nosotros a lo nuestro, nadie tiene por qué saber nada.

-La vez anterior no nos molestaron demasiado, pero a veces los militares se aburren y vienen a hablar. En fin, habrá que ver cuánto tiempo nos ocupan los experimentos.

Carlos abrió la botella y llenó las cuatro copas. -Dentro de seis días, seis meses, nada menos. Por una parte no tengo ganas de ir, pero por otra... hay que ganarse el pan. A ver si de rebote sacamos algún resultado y nos saca del tedio este asunto.

Los cuatro amigos brindaron mientras Fernando miraba el rincón de la habitación. “Las cajas y las mochilas van a caber de milagro en los helicópteros” -imaginó divertido la cara de los pilotos cuando viesen todo aquello. Los niños que asistían al colegio situado al otro lado de la calle acababan de comenzar su recreo, la algarabía era ensordecedora.

El Filósofo II

Germán llevaba en el edificio desde las seis y media de la mañana. La oficina que iba a visitar comenzaba su actividad a las nueve, por lo que estuvo tomando café y hablando con el guardia de seguridad mientras repasaba los planos de la instalación eléctrica y de las líneas de teléfono. Había pagado a un equipo para investigar el lugar durante todo el día con un amplio despliegue de medios técnicos y humanos. El dueño de la empresa era un íntimo amigo suyo y le había contado que habían tenido esas extrañas comunicaciones en tres ocasiones sin que la compañía telefónica les hubiese dado una explicación sobre el hecho. Para el investigador resultó ser una oportunidad inmejorable, no había oído de ningún caso en el que el fenómeno se repitiese.

Su amigo llegó a las ocho para permitir la entrada del investigador y del equipo que había contratado. Germán sabía que todo aquello le saldría muy caro, pero tenía una extraña corazonada, además, su interés por ese tema había empezado a convertirse en algo casi obsesivo, albergaba la certeza de que aquello tenía tintes trascendentes. “O estamos detrás de algo muy gordo, o se trata de la mayor broma de la historia” -se repetía constantemente.

Germán caminaba nerviosamente de un lado para otro repasando el despliegue y asegurándose de que todo lo que había pedido estaba allí mientras los técnicos iban montando sus aparatos concienzudamente: ordenadores portátiles, osciloscopios, grabadoras, analizadores... las líneas telefónicas estaban siendo monitorizadas a petición suya desde la compañía y el espacio radioeléctrico también estaba siendo controlado, puesto que algunos testimonios hablaban de voces que aparecían a través de la radio, aunque era un hecho muy infrecuente.

-Muy bien, Clara. -Dijo el investigador. -Vamos a intentar que realices tu trabajo como siempre, de la forma más natural posible. Vamos a centrarnos en ti porque eres la que ha escuchado esas inclusiones en tres ocasiones.

-¿Y cree usted que el fenómeno tiene algo que ver conmigo? -Preguntó ella.

-No lo sé. Si las voces aparecen hoy, podremos averiguar algo más. Sé que no estás muy cómoda con toda esta gente alrededor, pero vamos a intentarlo. En la conversación que mantuvimos la semana pasada me aseguraste que jamás habías sufrido una experiencia paranormal.

-Así es. -Aseveró ella mirando nerviosamente alrededor. -Ya le dije que nunca he visto ningún objeto que se moviese solo, ni he percibido presencias, ni nada de eso. No me gustan esos temas.

-Muy bien. Entonces, supongo que podemos descartar que se trate de un fenómeno psi-kappa. -Clara le miró confundida. -Vamos a empezar.

La actividad dio comienzo mientras el equipo de personas contratadas por Germán recogía todas las llamadas que se realizaban y se recibían para su posterior análisis. Tras dos horas en las que nada había ocurrido, el investigador, que iba documentando todo aquello con su grabadora digital, levantó los brazos y gritó:

-¡Alto! -Los trabajadores le miraron sorprendidos. -¡Un momento, por favor! ¿Alguien ha oído o notado algo extraño, lo que sea? -El personal negó casi al unísono. -Se ha producido un descenso de luminosidad. ¿Es normal, suele ocurrir?

-La verdad es que no. -Contestó el director, apoyado en el marco de la puerta de su despacho. -La instalación eléctrica ha sido siempre muy estable, jamás hemos sufrido un apagón.

El investigador preguntó si había programada alguna pausa a esa hora. El descanso tendría lugar veinte minutos después, pero a su petición se realizó en aquel momento.

-Vayan abandonando ordenadamente la oficina, por favor. Necesito comprobar un par de cosas. Gracias. -Los trabajadores fueron saliendo mientras Germán se acercó a uno de los cámaras. -Rebobine un par de minutos. Los demás que sigan grabando.

El técnico echó hacia atrás la grabación y observaron detenidamente aquellos precisos segundos.

-¡Ahí! -dijo el hombre. -Lo pasaré más despacio. -El descenso en la iluminación ambiental era evidente, pero no parecía revelar nada anormal, no había ninguna interferencia en el video ni el audio.

-¿Qué tenéis vosotros? -Preguntó el investigador con visible decepción. -¿Algo anormal? -Todos negaron. -¿Nada en el escáner radioeléctrico?

-Absolutamente nada, señor. -Dijo el operario. -No he observado ninguna lectura extraña. -Germán contempló las lámparas durante largo rato.

-Quiero un análisis del voltaje a tiempo real -dijo por fin. Uno de los técnicos colocó un polímetro en un enchufe para registrar posibles oscilaciones. Cinco minutos más tarde fueron regresando los empleados, todos miraban al investigador como esperando recibir la orden para seguir. -Adelante, continúen -dijo Germán imperativamente.

La jornada transcurrió sin incidentes, llegó la hora del descanso para comer y el equipo de investigación también se detuvo. La comida tuvo lugar allí mismo, mientras intercambiaban ideas. Germán miraba al techo con nerviosismo.

-¿Qué vamos a hacer si no obtenemos nada? -Dijo un cámara. El investigador miró su plato humeante y dijo con desánimo:

-Volveré con un par de voluntarios hasta que consiga algo. Captemos algo o no, tienen su día pagado. No se preocupen.

La pausa terminó cuarenta y cinco minutos después y los empleados regresaron con pesadumbre. Algunos portaban sus tazas de café y caminaban perezosamente, otros iban gastándose bromas, o terminando las conversaciones que habían comenzado durante la comida. Germán les dijo que siguiesen su trabajo como en un día cualquiera. -No esperen mi orden. -Un par de horas después el aburrimiento empezó a hacer mella en todo el personal que estaba documentando la investigación. De repente, la mujer que había escuchado las

voces con anterioridad miró a uno de los trabajadores y señaló el teléfono apoyado en su oído. Sus ojos se abrieron de par en par, se levantó separándose del aparato nerviosamente, volviéndose a sentar. Germán corrió hacia su mesa y activó el altavoz. -¿Estamos grabando lo que está entrando por esta línea? -Un técnico levantó el pulgar afirmativamente. -¡Silencio! ¡Silencio!

La inclusión tenía la misma cadencia y morfología que las publicadas en internet. Germán había escuchado aquellas grabaciones decenas de veces intentando analizarlas, comprenderlas, construir un mapa mental del lugar en el que se producían, intentando aislar los sonidos que formaban parte del lecho sonoro. Ruidos como de maquinaria, aquel ambiente extraño le había llegado a obsesionar, y ahora lo tenía frente a él, sentía que estaba formando parte de la historia, en lugar de tener que entrevistar a testigos o reconstruir los casos a posterori. La emoción le hizo temblar. Cinco segundos más tarde, la comunicación terminó. La línea quedó muerta y un tenso silencio inundó la oficina. Poco a poco, las risas nerviosas de varios empleados empezaron a relajar el ambiente. Germán levantó la cabeza y miró a los miembros del equipo. Unos asentían, otros levantaban los pulgares. Por fin, el encargado del escáner de radiofrecuencia dijo:

-Señor, tengo una lectura inusual. -El investigador se acercó y miró la pantalla. -Una señal en veintinueve megahercios. Ha aparecido mientras se producía la comunicación.

Germán se levantó sin decir nada y cogió un teléfono. -Voy a comprobar algo. -Mientras marcaba, miró al operario del escáner -Buen trabajo, por cierto -le dijo. Mientras, los trabajadores comentaban lo ocurrido con gran excitación. -El empleado de la compañía telefónica me acaba de decir que no han detectado ninguna anomalía en la línea. ¿Y el voltaje de la oficina?

-Normal.

Germán se mordisqueó el labio inferior mientras daba vueltas a la pequeña grabadora que siempre llevaba consigo. Sabía que aquel breve acontecimiento le llevaría semanas de análisis. La idea le estimulaba, pero no quería sacar conclusiones precipitadas. Cometer un error no sería bueno para él ni para la divulgación del fenómeno, bastante denostado de por sí por el sector más radical del cientificismo.

-Vamos a recoger -dijo, por fin. -Buen trabajo a todos, de verdad. -Germán guardó la grabadora en uno de sus bolsillos y aplaudió tanto al equipo como a los trabajadores. Su pensamiento se trasladó a miles de kilómetros de allí.

Norte II

Álex dio un sorbo de vino, dejó la copa en la mesa y comenzó a pasarse la lengua por los dientes, tratando de sacar los restos de comida que tenía entre ellos. Giró su cuerpo hacia la izquierda, apoyando sus pies descalzos sobre el sofá. Echó la cabeza hacia atrás y entornó los ojos, resoplando con satisfacción.

-¿Cómo puedes comer tanto? -Preguntó Victoria, sentada a su lado. -Has terminado con los tallarines, el pollo, la mitad de la ensalada y un cuarto de la tarta que tenías en la nevera. No entiendo dónde metes todo eso.

-Tengo siempre los nervios a flor de piel, no puedo relajarme. Yo creo que por esa razón quemo todo lo que como. -Respondió Álex mientras tarareaba la alegre canción que salía del equipo musical y encendía una vela situándola en el centro de la mesa. -Muchas gracias por la cena, por cierto. -Buscó a tientas el interruptor y apagó la lámpara.

-Ya, ya. -Respondió Victoria con sorpresa, mientras contemplaba las bandejas y platos vacíos. -No has dejado nada para mañana. Ah, una cosa: ¿no dijiste "nada de velas ni incienso" el día que me mudé?

-Hoy vamos a hacer una excepción. Estamos las dos aquí y lo tenemos todo bajo control. De hecho, voy a hacer otra excepción. -Alargó el brazo y metió la mano en un cajón, sacando de él un paquete de tabaco. Victoria sonreía incrédula, negando con la cabeza -Álex recogió suavemente los pies de Victoria y los colocó junto a ella. -Recuéstese un poco, bella dama -dijo entre risas. -En el sofá hay sitio para las dos. ¿Te gusta la luz así, o te parece muy tenue?

-La luz está bien. -Victoria se descalzó y lanzó las zapatillas hacia la puerta. La llama de la vela proyectaba unas sombras nada amigables en las paredes y el suelo. Victoria contemplaba hipnotizada cómo salía el humo lentamente de la boca de Álex, el gesto circular de sus labios le intrigó. De repente, sus ojos se encontraron y Victoria apartó la vista rápidamente. Álex la observaba con curiosidad.

"¿Te gustan mis labios?" -no, no era una buena idea preguntar algo así. Tenía que romper el silencio entre las dos. -"Di cualquier cosa, maldita sea".

-¿Por qué no me cuentas algo? -Preguntó Álex mientras carraspeaba.

-No, me da la impresión de que no te interesan mis historias.

-Cuéntame tu mayor secreto. -Álex cambió el cigarro de mano mientras rebuscaba bajo la mesa.

-No puedo hacer eso.

-¿Nunca has tenido ganas de sincerarte conmigo, de contarme algo que jamás has contado a nadie? -Encontró un cenicero blanco con varias colillas y cogió la copa de vino. Tras un largo silencio, dio una calada al cigarro. -Vamos, habla. -Dijo sonriendo mientras acercaba la copa y se disponía a beber.

-Mi hermano es parapléjico -dijo Victoria por fin. -Cuando éramos críos nos encontrábamos en la casa de campo de unos amigos de mis padres pasando el domingo, nos llamó la atención una piscina vacía que había por allí. Mi hermano cayó en la parte más baja de aquella piscina, debía tener unos cuatro metros de profundidad, más o menos.

-¿Cuántos años tenías? -Preguntó Álex.

-Once. -Álex dio un sorbo mientras levantaba las cejas. Su expresión era de total desinterés. Mantuvo durante un momento el vino en la boca mientras se giraba para dejar la copa. -Yo le empujé. -Dijo Victoria con un tono de voz casi mecánico. El silencio que se formó entre las dos se cortó con el sonido fuerte y seco que hizo el cristal al ser dejado sobre la madera. Álex miraba aquel objeto con los ojos muy abiertos, sin mover un músculo. Por fin se decidió a tragar, el ruido del líquido pasando por su garganta resultó ridículo, como el que hacen las tripas de una persona hambrienta. Giró su cabeza y miró a su amiga tomando aire, pero Victoria le interrumpió antes de que pudiese decir nada. -No estoy de broma -dijo. -No sé porqué lo hice. No tenía celos ni nada de eso. Le destrocé la vida, destrocé la vida de mis padres, pasó el tiempo y no me atreví a confesar la verdad. Mi madre dejó de trabajar para ocuparse de él. Nadie me vio hacerlo, mi hermano no tiene memoria de aquello y yo me fui cobardemente de casa cuando cumplí los dieciocho. -El cigarro se consumía perezosamente. La luz de la vela, ahora más tenue, destellaba sobre la copa casi vacía. Álex no podía dejar de mirar la cara de Victoria, las sombras iban desdibujando poco a poco su rostro. Se sentía minúscula a su lado, su huída del hogar familiar por el excesivo control sobre su persona era una nimiedad en comparación a lo que acababa de escuchar. No sabía qué hacer, no sabía qué podía decir.

-Me pregunto qué ocurre con las personas como yo. -Dijo Victoria con desesperanza. -¿Tenemos que arrastrar toda la vida nuestra mancha sin posibilidad de redimirnos? ¿Toda la gente ha hecho cosas así y se lo callan mientras llevan una absurda careta de ciudadanos modelo, o soy yo la única que ha hecho algo tan horrible y que lo sigue haciendo todos los días al ocultar la verdad? Mi hermano cayó. Eso piensan mis padres, eso es lo que pienso cada vez que voy de visita y le veo en la silla, así es como me engaño. Él me mira y me sonríe, me besa y me abraza cada vez que paso por allí, me recrimina el que no vaya a verle más a menudo, pero yo me siento como una basura cada vez que lo hace. -Álex apartó la vista y observó la vela, casi apagada. La habitación estaba sumida en la oscuridad casi por completo, volvió a mirar a Victoria que seguía hipnotizada por su luz. Las sombras habían emborronado su cara convirtiéndola en algo monstruoso, irreal.

De repente, la habitación se llenó de ruido blanco procedente del equipo musical, ruido de radio sin sintonizar, a todo volumen. Victoria permanecía inmóvil, su piel adquirió un tono levemente azulado. Álex buscaba sus ojos, movía su cabeza erráticamente aterrada, intentando encontrarlos, pero las sombras que los engullían lo hacían imposible.

-No puedo verte -dijo Victoria con voz metálica y monótona. Su voz resultó apenas audible bajo aquel estruendo que inundaba la habitación.

Álex se despertó gritando, sacudiéndose la colcha a patadas, empapada en sudor. Se sentó en el sofá y miró el reloj: las 3:06. Dio un fuerte puñetazo a la pared y se agarró el pelo, furiosa

consigo misma. Otra noche de pesadillas en la que no iba a poder dormir más que unas pocas horas, otra noche de tantas en la que había vuelto a recordar en sueños la conversación en la que Victoria le confesaba su mayor secreto, en la que recordó también la frenética huída de su casa, mandando paquetes a toda prisa al primer agujero que pudo alquilar. El piso en el que vivía en aquel momento no era más que eso, un maldito escondrijo inmundo que intentaba adecentar todo lo posible y en el que se pudría día tras día sin tener apenas sitio para estirar las piernas, enterrada bajo aquellos objetos que había podido salvar de su anterior periodo. “Tal vez deba dejarla marchar, olvidar que ella existió, tirarlo todo” Álex se agarraba al recuerdo con desesperación, como un enfermo terminal a la vida, para ella todo era imprescindible, incluso un bloc de notas en el que Victoria detallaba sus gastos e ingresos. Tal vez si se deshacía de sus cosas podría descansar. Encendió un cigarro mientras miraba por la ventana el parque desierto y la fábrica abandonada a la que iba en momentos como aquel a temblar sufriendo el frío insoportable que la sacaba, a duras penas, del abandono que no podía evitar sentir.

Esa noche no fue allí, cogió su consola de videojuegos y contempló una vez más las fotos de su amiga desnuda. Después de unos segundos la apagó maldiciendo su debilidad, Victoria no querría ser recordada de esa manera, se lo repetía una y otra vez: estaba muerta, mirar sus fotos era un acto repugnante, pero Álex no podía evitar sentir aquel deseo brotar de vez en cuando constante, contundente, y se odiaba por ser tan humana, por no ser capaz de trascender el mejor momento de su vida, mejor que cualquier conversación que hubiesen mantenido. Estar en la cama junto a ella, desgastar con la mirada su piel levemente húmeda por el sudor, observar disimuladamente cada rincón de aquel trémulo y frágil cuerpo que tanto deseaba para negarse su contacto fue quizás más excitante que poseerla, y en noches como aquella no podía evitar fantasear con la idea de que aquellos gestos que Victoria dedicaba a la cámara habían sido, en realidad, veladas invitaciones a un encuentro sexual entre las dos.

Se levantó quitándose todo aquello de la cabeza y preparó un café. Era perfectamente capaz de caminar a oscuras por su minúsculo piso, la mortecina luz de la luna acompañaba sus pasos. Terminó el cigarro y se puso a hacer su tabla de ejercicios habitual. Seguía teniendo una buena musculatura a pesar de perder peso mes tras mes, los nervios la estaban consumiendo poco a poco. Finalizó su gimnasia y tomó una ducha, se sentó a contemplar el amanecer pacientemente fumando un cigarro tras otro hasta que llegó la hora de ir a trabajar. En el fondo se sentía a salvo allí, tenía la sensación de ser como un fantasma confinado en una pequeña buhardilla, algo a lo que nadie prestaría atención, excepto en las horas de máximo silencio, cuando unos pasos amortiguados se escuchasen en la lejanía, sacando al habitante de aquella casa de su tranquilidad nocturna para olvidarse del tema al día siguiente.

La mañana era gélida, el cielo plomizo coloreaba las paredes de los edificios y Álex caminaba con la cara enfundada en una bufanda, cabizbaja, con las manos en los bolsillos. Aquel era un buen lugar para ser olvidado, nadie se miraba a la cara al andar por la calle, el frío no lo permitía.

Las cajas se apilaban en el recibidor de la biblioteca y su jefa le dijo con la severidad de siempre que se diera prisa en trasladarlas a la planta inferior. -La gente me inundará a quejas si tienen que esquivarlas para entrar.

-Claro, como que alguien va a venir tan temprano. -Respondió Álex mientras comenzaba a recogerlas. La odiaba. Era perezosa, quisquillosa y mandona. Agradecía trabajar en el sótano, fuera de la vista de todos. Su paciencia se había agotado y no sabía qué podía llegar a ocurrir si algún día perdía los nervios por alguna razón.

Contempló resoplando las cajas apiladas en su despacho, sabía antes de comenzar que aquello le llevaría mucho tiempo. No halló libros en su interior, eran revistas de toda clase: historia, ciencia, naturaleza... una de ellas estaba repleta de magazines foráneos que nadie leía. Álex cogió un taco de fichas, encendió el ordenador portátil y comenzó a trabajar. Llevaba un par de horas luchando contra el sueño, clasificando y registrando todo aquello cuando se topó con un ejemplar que conocía muy bien: se trataba de una publicación especializada en parapsicología, siempre le había interesado, la ojeaba muy a menudo cuando vivía en su antigua casa. Pasaba las páginas con relativo interés hasta que encontró algo que le llamó la atención: era un artículo de investigación sobre las voces de las que había oído hablar muchos meses atrás. Le interesaba el tema de los audios paranormales, ella había intentado obtenerlos cuando todavía vivía una vida normal. Como conocedora del mundo de la electrónica y el sonido tenía una teoría que podría explicar aquello, pero... ¿voces que entran a través del teléfono y que se comunican con los interlocutores? Álex abrió su mochila y guardó aquel número, así podría leerlo cuando llegase a casa y devolverlo al día siguiente.

El resto de la jornada transcurrió con la normalidad de todos los días. La tranquilidad de su trabajo era reconfortante, nadie aparecería por aquel sótano, como siempre. El tiempo pasó y Álex volvió a quedarse sola en aquel edificio. La biblioteca no era demasiado grande, pero adquiría un aire siniestro al caer la tarde, se sentía un poco incómoda escuchando los ruidos de la estructura en la penumbra de su pequeño despacho.

Una vez en su piso leyó aquel artículo con curiosidad. En él se decía que un grupo de científicos había captado una voz en onda corta en el círculo polar ártico, el redactor lo relacionaba vagamente con las voces que estaban importunando desde hacía tiempo a numerosas personas. *¿Voces de los muertos, sonidos de otra dimensión? Tal vez una gigantesca broma.* Así era como terminaba el reportaje a seis páginas, con una duda razonable. Los medios de comunicación no hablaban de aquello, y la mayoría de gente que las escuchaba colgaba el teléfono sin darles mayor importancia. Pero Álex se sintió extrañamente intrigada, no había vuelto a pensar en fenómenos anómalos desde que inició su nueva vida en aquel país en el que la olvidarían y en el que ella lo olvidaría todo, con mucha suerte, algún día.

Apartó todos los libros y apuntes acumulados en la pequeña mesa y dispuso su ordenador portátil junto a un receptor WIFI que colocó junto a la ventana. Se había jurado no hacer aquello nunca más, no volver a abrir la puerta a un posible rastreo de su persona, pero la curiosidad le acabó venciendo. Varios minutos después tenía varias conexiones a su alcance, obtuvo la contraseña de una de ellas con la ayuda de un diccionario de claves y conectó.

Los Expertos III

Los cuatro amigos que ocupaban la sala de comunicaciones de la base científico-militar de Nord corrían como locos, tratando de encontrar una grabadora que conectar a la radio de onda corta. La comunicación terminó, aquel sonido había entrado por casualidad, mientras uno de ellos jugaba con el dial del receptor.

-¡No me lo puedo creer! ¡Vosotros lo habéis oído también! -Javier gritaba llevándose las manos a la cabeza.

-A ver, lo que he oído ha sido una voz que decía poco menos que incongruencias. -Dijo Fernando. -Como te vean manipulando el sintonizador vas a tener que explicar unas cuantas cosas.

-La próxima vez tenemos que registrarlo, podemos tirar un cable desde el receptor al ordenador meteorológico. Si lo escondemos detrás de la pila de aparatos no lo descubrirán. ¿Creéis que aparece siempre en la misma frecuencia?

-No. -Respondió el primero. -La vez anterior no apareció aquí, esta vez la he cogido de casualidad. Pero la voy a cazar. Ya te digo si la voy a cazar. ¿Y tú para qué has traído esa antigualla, Lázaro?

Lázaro negaba con la cabeza mientras sacaba un viejo ordenador Commodore CBM 8032 de una de las cajas. -En los años 80 -empezó a decir -un investigador alemán consiguió una forma de comunicación paranormal a través del ordenador. Mediante un listado en lenguaje Basic que almacenó en una cinta de cassette, descubrió que, con el tiempo, el listado se alteraba, ofreciendo mensajes de ese supuesto otro lado en algunas líneas de código. Mi idea es copiar el programa, salvarlo en una cinta y copiarlo a una nueva cinta cada día, para ver si permanece estable o, en efecto, hay algo en él que cambia... o muta, si queréis decirlo así. Las partículas ferromagnéticas de las cintas de cassette se pueden alterar. -Lázaro abrió la otra caja y dejó ver varias decenas de cartuchos perfectamente alineados. Sus compañeros rieron a carcajadas.

-Bueno, si no obtienes nada siempre puedes jugar a los marcianos. -Dijo Carlos entre risas.

-Pues anda que tú... armar una línea de teléfono que no lleva a ningún lado con la absurda esperanza de recibir una comunicación. ¿Quién va a llamar? -dijo Lázaro.

-Sí, y además tendremos que ponerla en marcha cuando los militares y el resto del personal estén durmiendo. Vamos a tener que salir al exterior, con la vigilancia tan severa que hay alrededor de este lugar. -Apostilló Javier con tono severo. -Si nos ven montando eso, ¿qué vamos a decir?

-Ya te he dicho que lo haré en mi habitación. -Explicó Carlos. -No va a haber ningún problema. En nuestra anterior estancia tuvimos muchísimo tiempo libre, y la sala de experimentación se quedaba vacía la mayor parte de la jornada. El resto del tiempo lo pasamos en los dormitorios emborrachándonos.

-¿Os imagináis que suena el teléfono de Carlos? -preguntó Fernando con sincera preocupación. -Os juro que me da algo si eso pasa. Por cierto, hablando de teléfonos: mientras

nos encontrábamos en el barco he recibido un mensaje de alguien que ha leído el artículo sobre la interferencia que obtuvimos en nuestra anterior expedición. -Fernando rebuscó en su mochila. -Aquí está. Dice que es investigador de fenómenos paranormales y que está interesado en hablar con nosotros. También dice que consiguió grabar voces en una oficina y le gustaría enviarnos el archivo de audio junto el informe para que lo analicemos. Parece una persona seria.

-¿Qué hacemos, contestamos?

-¿Por qué no? -Preguntó Javier. -Siempre y cuando se mantenga la discreción... no me gusta demasiado haber aparecido en aquella revista, en ella nos citan como si tuviésemos alguna clave de todo esto, aunque tal vez ponernos en contacto con alguien que sepa algo más nos dé alguna pista para poder encauzar mejor lo que estamos estudiando. ¿Os imagináis que nos pasamos los seis meses aquí, sin sacar nada y descubrimos después que había alguna pequeña variable que no tuvimos en cuenta? ¿Te ha dado su dirección de correo?

-Sí. Se llama Germán -contestó Fernando. -Voy a escribirle.

El Filósofo III

Germán se devanaba los sesos escuchando el registro una y otra vez, tratando de aislar los elementos que conformaban aquella grabación. El ruido ambiental que la acompañaba estaba compuesto por un estruendo de carácter mecánico, tras él podían adivinarse voces ininteligibles hablando entre sí. De repente, un chisporroteo eléctrico rebajaba el ruido de fondo y una voz extraña decía claramente: *Abrimos la comunicación. Nuestros técnicos intentan ajustar el oscilador, sus voces nos llegan ralentizadas. Hay una dist...* El fragmento terminaba en seco, dando paso al típico silencio telefónico. La grabación se había realizado capturando el audio directamente desde la línea, por lo que la calidad era inmejorable. Aún así, el sonido no era normal, el ambiente que lo envolvía resultaba borroso, lejano, como escuchar una emisión antigua, degradada, como si se hubiese rescatado un trozo del pasado. La operadora había dejado de hablar justo antes de la inclusión y su timbre de su voz no era en absoluto similar, el plano sonoro resultaba completamente distinto, no parecía posible imaginar una ubicación espacial concreta. -Cuando oímos una fuente sonora dentro de una cueva, podemos emplazar mentalmente dicha fuente en ese entorno determinado, sin necesidad de verlo. Pero esto... no sé dónde podría situarlo -se repetía a sí mismo el investigador. Germán se encontraba en un callejón sin salida. Llevaba más de una semana dándole vueltas al archivo y no sabía cómo enfocar su análisis, tampoco podía imaginarse cuál era el mecanismo a través del cual se producían las inclusiones, pero daba la impresión de existir cierta dificultad para contactar por parte de los comunicantes. Quizás el resto de las pruebas recogidas durante la experimentación podrían arrojar algo de luz. Se encontraba absorto, aquella grabación no le dejaba concentrarse en otra cosa. Decidió intentar olvidarse del tema por un rato y seguir leyendo el libro que había aparcado varios días atrás.

Su casa era grande, de aspecto señorial, ocupada por muebles antiguos y muy caros, las paredes de su estudio se rompían con dos grandes ventanales que dejaban ver un patio interior triste y monótono, adornado tan solo por un pequeño y descuidado jardín. Germán era muy aficionado a la poesía y a la literatura clásica, pensaba que, de alguna manera, todo había sido dicho anteriormente y que el mundo moderno solo redescubría el saber ancestral del que se había separado por prepotencia e ingenuidad, una absurda característica de la época contemporánea. "Volver a aprender aquello que olvidamos, ese es el camino a la sabiduría". Quizás el acceso tecnológico a otras realidades no fuese más que una versión moderna de los contactos antiguos como podía leerse en La Odisea, quizás esas otras dimensiones se expresan y se adaptan a nuestras técnicas, pero da la sensación de que siempre recibimos lo mismo, independientemente del método que empleemos. No importa si se acude a una pitonisa en busca de información como se narra en el libro primero de Samuel, si se emplean espejos y una iluminación especial, o quizás si un paragnosta se apercibe de una presencia que da detalles de su anterior existencia en este, nuestro plano físico. Hay algo que pugna por penetrar en nuestra cotidianeidad, que nos importuna recurrentemente, como si necesitase ser escuchado, visto, algo que inició la comunicación con nosotros desde que el hombre es hombre y sintió el deseo de trascender. La gran pregunta es: ¿ante qué estamos?

Un suave tintineo emergió de los altavoces de su ordenador, rompiendo su manida reflexión. Acababa de llegar un mensaje a su correo. Germán lo leyó y sintió que aquellos miles de

kilómetros a los que había trasladado su mente días atrás se encontraban ahora muy cerca de él.

Norte III

Álex tecleaba frenéticamente intentando encontrar una pista acerca de aquella expedición al ártico. Navegaba a través de la red Tor, tratando de cubrir su rastro de miradas indiscretas, cuando encontró la cuenta de un tal “Carlos Salgado” en una red social. El perfil era privado, por lo que tan solo consiguió ver la pequeña fotografía de su propietario, aún así ella no albergaba ninguna duda: aquel hombre era uno de los cuatro científicos entrevistados por el autor del intrigante artículo. Álex observó nuevamente la imagen que lo acompañaba: aparecía con gafas de sol, gorro y barba, pero era él. No cabía duda. Posaba junto a otros tres y el paisaje que les rodeaba era claramente polar. Aquellas cuatro personas sonreían y saludaban a la cámara ataviados con ropas de vivos colores. Eran los mismos que habían conseguido escuchar las voces directamente de la radio, según aquello. No era descabellado suponer que esos cuatro científicos podrían tener respuestas. ¿Qué habrían descubierto? ¿Se decía en aquel texto toda la verdad?

Álex se levantó y caminó erráticamente de un lado a otro dentro de la minúscula habitación mientras se mordisqueaba nerviosamente las uñas, pensando si debía saltar al vacío una vez más. -Al carajo -dijo, palmeando fuertemente las manos.

Volvió a su asiento y comenzó a atacar la cuenta de Carlos, intentando encontrar una vulnerabilidad que le permitiese penetrar en su perfil y curiosear. Su página web fue la puerta de entrada: Aquel hombre había elegido el nombre de su mascota, que aparecía recurrentemente en su bitácora, como clave de acceso.

-Seguro que eres de los que creen que no tienen nada que pueda interesar. Muy ingenuo. -Dijo Álex con satisfacción. La mujer escudriñó las entradas publicadas comprobando que la última tenía fecha reciente. En ella se veía a Carlos tumbado en un catre con cara de cansancio, levantando el pulgar de su mano derecha “¡Aquí estamos otra vez!” rezaba el pie de foto. Aquellas cuatro personas habían vuelto a Groenlandia. Mientras el corazón golpeaba violentamente su pecho, Álex pudo hacerse con la dirección IP de su conexión en la base y con su número de teléfono. Salió del perfil y desconectó el ordenador de la red. Se levantó, echándose las manos a la cabeza tratando de secar su frente, húmeda por el sudor.

-¿Qué estás haciendo, tía? -Se dijo en voz alta mientras volvía a caminar sin sentido de un lado para otro. Los pensamientos se atropellaban incoherentemente en su cabeza, pero poco a poco encontró varias formas de justificar sus acciones: No se había conectado desde la biblioteca o su casa, no tenía internet allí, no había utilizado un terminal con el que hubiese navegado previamente, se había deshecho del equipo que había usado para espiar a José Miguel. Tampoco sabía cómo iban las investigaciones sobre su asesinato, no había intentado buscar alguna noticia sobre aquello, no quería saber nada. Si de alguna forma se la relacionase con su muerte, ¿qué iba a hacer? ¿Salir corriendo de nuevo? Suponía que no poseían ninguna evidencia, de otro modo, ya la habrían localizado. Su nivel de paranoia había sobrepasado los límites de lo racional meses atrás, tenía preparada una mochila y un plan de huída por las calles de aquel pueblo en dirección a un bosque cercano, un bosque bañado por un gran lago. Álex había aprendido a pescar tiempo atrás y sabía que allí podría sobrevivir durante muchos meses, en caso de que fuesen a buscarla. También sabía que lo que acababa de hacer era ilegal y que nadie navega por la red sin ser del todo invisible, pero aquello le vencía, su curiosidad

por las voces paranormales se había convertido en algo más profundo, su motivación empezaba a ser sombría. A pesar de los riesgos y el miedo, sentía el deber de seguir indagando.

Los Expertos IV

Lázaro miraba a sus tres amigos, que contemplaban sorprendidos la pantalla del ordenador.

-¿Y dices que has realizado el análisis con el editor de audio? -Preguntó Javier después de un largo silencio.

-Sí. Y el fragmento está modulado asimétricamente. La actividad de los trabajadores y la voz de la operadora tienen características normales, no me lo explico. -Dijo Lázaro.

-¿Y esto lo consiguió el tal Germán en una oficina? -Volvió a preguntar Javier. -¿Con un grupo de investigación?

-Un equipo de técnicos. -Corrigió Lázaro. -Según su correo, pagó toda una jornada de su bolsillo para investigar allí, parece que en aquel lugar se había oído la voz previamente. Ahora, lo que me intriga... es que, según él, apareció una señal de 29 megahercios en un escáner de frecuencias que llevaban, una alteración que se produjo en el momento exacto en el que se dio la comunicación y que desapareció cuando terminó.

-¿Y qué puede significar? -Preguntó Fernando, sonriendo. -¿Una onda de radio que afecta a los teléfonos? Eso no es posible, se habría dado muchas otras veces anteriormente. -Fernando encendió un cigarro. -¡Y en todo el mundo! Además, la codificación del sonido en los teléfonos analógicos y digitales...

-Es totalmente distinta, ya lo sé. ¿Y no puede ser que esa onda sea transmitida por el cerebro de alguien que está presente? -Preguntó Carlos. Sus tres compañeros le miraron con cara de incredulidad.

-No estarás hablando en serio, Carlos. Un fenómeno de psicorragia, nada menos. Así como así. Décadas midiendo la actividad cerebral en laboratorio y no se encuentra nada parecido. -Dijo Javier. -Hablaríamos de una capacidad que se habría despertado en un montón de lugares a la vez y en muchas personas al mismo tiempo. No es posible.

-Además. -Fernando hacía aspavientos con el cigarro mientras hablaba. -Nosotros también la recibimos. ¿Quién es el médium de los cuatro? La próxima vez que aparezca podemos hacer una sencilla prueba alejándonos del receptor. Si las voces se atenúan significará que es uno de nosotros el que las produce.

-Psicofonía. Voz de la mente. -Contestó Carlos. -Voz generada por la mente. Esa era la teoría del psicólogo Hans Bender. Es un término de los años sesenta. No creo que sea eso, me temo que es algo más complicado que atribuir a ciertas personas la capacidad de alterar los electrones en el interior de un aparato y producir un registro.

-Entonces... -Los tres amigos miraron a Fernando con intriga. -Creo que debemos empezar a plantear más experimentos inmediatamente. No os voy a engañar: tanto si estamos ante un fenómeno paranormal como si es una broma, y me cuesta mucho creer en las dos cosas, no quiero que se banalice con esto, es decir, que lo discutamos con otras personas y lleguemos a una conclusión importante para que alguien sin experiencia aparezca en televisión y se lleve

todo el mérito dando una explicación absurda sin haber entendido nada, no sé si me explico. Ese tal Germán... ¿qué clase de persona es?

-He estado buscando información y me ha parecido un hombre serio, muy culto y prudente. -dijo Carlos. Creo que este asunto deberíamos llevarlo entre los cuatro y contar con su ayuda. Nosotros tenemos mucho conocimiento técnico y él filosófico. Parece una persona que conoce muchos fenómenos paranormales, así como muchos métodos de investigación o enfoques distintos para plantear su estudio.

-A mí me parece bien. ¿Estamos todos de acuerdo? -Preguntó Javier mirando por encima de las gafas a sus compañeros. Los otros tres asintieron con la cabeza. -Somos un poco raros, ¿no? Científicos que investigan fenómenos anómalos. Nuestra credibilidad puede quedar por los suelos.

-Bah. La vida está para vivirla. No voy a esconderme por el hecho de que me interesen estas cosas. -Dijo Fernando mientras cogía cuatro cervezas. -Mañana contestamos a su mensaje y que los fanáticos nos desprestigien como quieran.

El Filósofo IV

Germán se levantó de la cama pensativo. Después de asearse se vistió y marchó a la cafetería en la que desayunaba todos los sábados por la mañana, sin excepción. Admiraba la parte antigua de la ciudad, le gustaba observar las carcomidas y vetustas ventanas de aquellas casas dispuestas a ambos lados de las calles cerradas al tráfico. ¡Cuánta historia había tras ellas! El carácter romántico propio de los fenómenos paranormales bien podía estar inspirado por un escenario como aquel, al fin y al cabo... ¿a quién no le gustan las historias de amor más allá de la muerte? ¿No eran dichos fenómenos una representación de que lo que sentimos por las personas que nos importan no termina en un grosero féretro?

Entró en la cafetería y se sentó en su asiento de siempre, mientras miraba distraído a través de la ventana. Poco a poco empezó a llover. ¿Por qué se interesaba por las paraciencias? Había empezado a estudiar todo aquello en su adolescencia, ya ni recordaba cuándo, pero era el gusto por el romanticismo lo que le había llevado a adentrarse, en definitiva. La idea de que existe una realidad intangible, vedada a los sentidos de la mayoría, accesible solo por unos pocos pero objetivable en ciertas condiciones, le llamaba irresistiblemente la atención. La gente corría en el exterior tratando de encontrar un sitio donde guarecerse, Germán recordó aquellas tardes lluviosas que pasaba en casa de sus padres intentando captar voces con su grabadora, subía a la última planta y se imbuía del ambiente de soledad que lo inundaba todo. Sus padres usaban aquel piso poco menos que como trastero, los muebles antiguos, objetos y libros de su abuelo médico ya fallecido se apilaban en las habitaciones de aquel lugar que parecía ser de otra época. Lejos del ruido del exterior se relajaba, su mente se acallaba y el tiempo se detenía. Nunca le ocurrió nada raro allí hasta que, una de aquellas tardes, el aparato registró algo. El silencio era total, no había posibilidad que un sonido se hubiese colado desde la calle, pudiendo confundirle. Pero allí estaba, una voz rotunda y diáfana le llamaba por su nombre. Una voz hosca, imperativa, una voz que conocía perfectamente. Era la voz de su abuelo. Aquel, por aquel entonces muchacho, se levantó del sillón en el que calmaba sus pensamientos y salió de allí sin mirar atrás. Jamás había sentido tal terror, los escalofríos recorrían todo su cuerpo mientras abandonaba el piso al que no volvería hasta varios años después. Destruyó aquella cinta relegando la experiencia a un rincón sellado de sus recuerdos, pero la curiosidad volvió a apoderarse de él más tarde que temprano, curiosidad por volver a experimentar en un ambiente menos sombrío, más controlado, más aséptico.

A partir de entonces fueron muchas las experiencias propias, muchas las horas junto a grupos de investigación para aprender sus métodos, muchas las conversaciones con expertos en física, sonido, electrónica... intentando cercar al fenómeno, construir hipótesis, corregir errores metodológicos. Si había algo de lo que no tenía duda era de su realidad, por lo tanto, solo quedaba filosofar sobre él, sobre sus implicaciones para el ser humano. Germán estaba seguro de que aquello era mucho más trascendente de lo que el resto de investigadores creían.

Terminó su café y salió a toda prisa con un extraño pálpito en su mente. Seguía lloviendo, pero no le importó. Debía llegar a casa lo antes posible, había tenido una intuición. Mientras caminaba esquivando los charcos, sacó su grabadora del bolsillo y se la acercó a la boca dictando unas palabras: *Radiación de fondo de microondas.*

Norte IV

Álex había encontrado la manera óptima de penetrar en el ordenador del líder de aquel grupo de científicos. La había detallado en una libreta junto a la dirección IP, las contraseñas y todos los datos que necesitaba para volver a introducirse en el equipo informático de su nueva víctima. Después de cada sesión, formateaba su terminal para asegurarse de no dejar rastro en el disco duro, por lo que necesitaba mantener un registro minucioso en su cuaderno y así poder seguir rápidamente en la siguiente intrusión. Cada conexión remota era una lucha frenética contra el tiempo, un segundo perdido significaba una nueva oportunidad para revelar su posición.

Aquel sábado por la tarde dedicó todo su tiempo a leer y a tomar nota de todos los apuntes que el tal Carlos Salgado había ido bosquejando en un documento de texto. Allí había de todo: desde un diario en el que se detallaban las experimentaciones, conceptos teóricos, análisis e hipótesis, hasta los correos que mantenía con un investigador llamado Germán. Todo estaba perfectamente clasificado. El formato de los escritos era totalmente desconocido para ella, por lo que no tuvo más remedio que controlar el ordenador que los albergaba, abriendo y cerrando ventanas, moviendo el cursor a tiempo real, como había leído en “El libro de bolsillo del hacker”. La técnica era conocida, pero arriesgada, si alguien miraba la pantalla en ese momento, vería exactamente lo que Álex estaba haciendo. “Ese Carlos debe tener mucho tiempo libre en la estación” -pensó. Tras más de media hora de lectura, llegó a un correo que le llamó poderosamente la atención: el último mensaje que Germán había enviado al equipo.

Queridos Fernando, Lázaro, Carlos y Javier:

He estado pensando acerca de las inclusiones psicofónicas que se obtienen mediante el método tradicional (grabando en silencio) y he recordado la clasificación que el gran experto Konstantin Raudive hizo acerca de las mismas. En lo que él denominaba como "Registros de clase C" he encontrado un aspecto interesante sobre el que me gustaría que reflexionaseis.

Raudive decía que esas voces tienen una característica que las diferencia notablemente de las más audibles (Clase A, B): y es que son constantes. Quiero decir que las de clase A y B son más claras pero mucho más breves, expresan una palabra o frase corta y dejan de oírse. Pero parece que las del tipo C "hablan" durante toda la grabación, aunque son menos perceptibles, (aparecen por debajo del ruido de fondo) y su contenido es más interesante, ofrecen más datos de carácter paranormal. Además, se escuchan como a oleadas, quiero decir que su amplitud o volumen va variando dentro de un rango a un ritmo constante.

Entiendo que esto también tiene mucho que ver con lo que nos ha llevado a colaborar, y no sé si podréis arrojar luz a esta idea -o quizás intuición- que me ha asaltado hoy: ¿podrían esas voces de clase C registrarse o "penetrar" en una grabadora utilizando la radiación de fondo de microondas? ¿Una grabadora que no tiene antena es sensible a este tipo de ruido, o la energía proveniente del espacio se hace evidente solo a través de receptores de radio y televisión? Por dejarlo claro: ¿un circuito electrónico, sea el que sea, puede verse alterado por ese tipo de energía?

Vosotros que estudiáis la ionosfera sabréis mucho más que yo a este respecto. Se me ocurre que quizás, lo que estamos captando es algo que procede del universo, y tal vez esta reflexión

os dé alguna idea con la que experimentar, ya que allí donde os encontráis el campo magnético terrestre es más débil.

Un abrazo a todos.
Germán.

P.D: Parece que el origen del fenómeno nos lleva hasta China. Estoy intentando averiguar todo lo posible sobre el tema, pero tengo la certeza de que las comunicaciones por teléfono comenzaron en una importante empresa de aquel país. Intento localizar al ingeniero jefe de la compañía para ver qué me puede decir sobre el tema.

Una tenue luz bañaba la triste habitación. Aquella tarde estaba siendo muy lluviosa, las calles estaban vacías. El silencio, solo roto de vez en cuando por algún trueno, era reconfortante, inmersivo. Álex contemplaba el exterior con sus enormes ojos abiertos de par en par, los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Enrollada en una manta, no podía creer lo que acababa de leer, temblaba de la emoción. Precisamente mucho tiempo atrás se había dado cuenta de eso mismo de manera casual: al grabar en silencio aparecía un murmullo enterrado bajo el ruido del sistema, oculto en el leve siseo que la propia grabadora generaba por el paso de los electrones a través del circuito. Ella lo había escuchado antes, percatándose de su existencia al experimentar en la más absoluta quietud. Pensaba que eran voces que salían de la televisión de sus vecinos y que ella no podía oír pero el dictáfono recogía, o una disposición caprichosa del ruido de fondo que su cerebro interpretaba como frases, o tal vez una onda de radio que penetraba por resonancia.

Se puso de pie y rebuscó nerviosamente entre sus cosas. Encontró la grabadora dentro de una caja que todavía no había vaciado y la puso en marcha en completo silencio, aguantando la respiración. Pasados unos segundos, escuchó el registro. Pudo distinguir tres cosas: el monótono sonido de la lluvia, el ruido electrónico de fondo y un discurso a un nivel inferior, casi imperceptible. Dejó el aparato sobre la mesa y cogió una pequeña caja fuerte en la que guardaba el dinero. La vació y metió la grabadora en su interior, entre un manojo de ropa que podría servir para acolchar y aislar el dispositivo un poco más, cerró la pequeña puerta y esperó. Medio minuto después, comprobó la grabación: ahí estaban aquellas voces, un poco más audibles. Volcó el audio en el ordenador, amplió el volumen y limpió el ruido de fondo, intentando que el contenido no quedase desvirtuado. El murmullo se volvió mucho más claro, eliminó las frecuencias no necesarias para la inteligibilidad de las vocales y consonantes, volviendo a escuchar con curiosidad.

Aquello era una algarabía, había voces de todo tipo, voces que pugnaban por ser escuchadas. Un hombre gritaba: "¡Estoy aquí abajo, aquí abajo!", siendo interrumpido por una mujer que parecía tener más edad y que le contestaba: "¡Lárgate, piérdete! No te inmiscuyas en nuestros asuntos". Álex escuchaba atónita. De repente, la voz de mujer dijo: "Nos está oyendo. ¿Cómo nos oye?". Álex detuvo el audio aterrorizada. ¿Se estaban refiriendo a ella? ¿Esas entidades percibían su presencia? Apagó el ordenador y se tumbó en el sofá. Las sombras que se proyectaban en la habitación dejaron de parecerle parte de un entrono amable y protector, tenía la sensación de haberse asomado a una realidad hostil, pero al mismo tiempo familiar. Parecía que esas presencias tenían comportamientos humanos, como si antes hubiesen estado aquí, en este lado. ¿Realmente eran las voces de los muertos como había leído tantas veces?

La pequeña habitación le resultaba ahora opresiva. Álex miraba la ventana sin verla realmente, sabía que en su estado no podría dormir, tenía que intentar averiguar algo más sobre aquello. Germán nombraba en su correo a un investigador letón ya fallecido, alguien que realizó muchos e interesantes descubrimientos sobre el fenómeno conocido en el mundo del misterio como “voces electrónicas”. Aquella persona había sido discípulo de otro investigador sueco mucho menos avezado técnicamente, el descubridor del fenómeno, alguien que se encontró con él por casualidad, llegándole a obsesionar tanto que aparcó todas sus ocupaciones profesionales para estudiarlo durante el resto de su vida.

Tras varios minutos en los que su mente trataba de acallar las dudas, Álex se decidió, saltó del sofá y se vistió, saliendo a toda prisa bajo la tormenta en dirección a la biblioteca.

Los Expertos V

-Vamos a hacer una cosa -dijo Javier. -Hace tiempo que no captamos nada a través de la radio. Vamos a recoger ruido electromagnético de la aurora y lo emitimos por un altavoz, grabamos ese ruido con dos micrófonos que situaremos a poca distancia el uno del otro, si los micrófonos están lo suficientemente cerca, las dos señales deberían ser iguales. En caso de que uno de los sensores registre algo que el otro no, al sumar las dos pistas, una de ellas a contrafase, podremos escuchar la alteración claramente.

La técnica era conocida, todo aficionado al sonido sabe que cualquier onda se puede cancelar sumando otra idéntica pero invertida ciento ochenta grados. Es como enfrentar algo con su opuesto, lo similar se anula y la diferencia permanece.

Javier y Fernando dispusieron el equipo mientras Carlos y Lázaro grababan las interferencias electromagnéticas provenientes del espacio que eran captadas mediante una serie de enormes antenas dispuestas a lo largo de la base. La ciencia llevaba años estudiando las auroras para medir la densidad real de la magnetosfera terrestre y predecir así las corrientes de alta energía de electrones en el espacio, corrientes que podrían dañar los satélites, y ahora ellos iban a dar un uso distinto a todo aquello. Si sus colegas científicos se enterasen, serían el hazmerreír de la comunidad. Recogieron el ruido durante cinco minutos en dos pistas de audio, posteriormente invirtieron la fase de una de ellas, que quedó como un espejo, y las mezclaron. La onda resultante era plana, lo cual indicaba silencio excepto en algunos puntos que Lázaro amplió y filtró.

-Vamos a escucharlo. -Dijo, impaciente.

El sonido era extraño. Unos chisporroteos bastante fuertes daban paso a unos pitidos y estos a un murmullo. De repente, una voz se alzaba y pasaba a decir:

-*Esperamos que nos oigan. Tenemos muchas dificultades para llegar hasta ustedes. Nuestros téc...* -la voz desapareció por unos segundos -*todavía no sabemos cuál es el mejor método. El tiempo no transcurre igual aquí. Lo intenta...* -la comunicación se perdió definitivamente. Los cuatro amigos se miraron atónitos. Fernando se levantó y comenzó a caminar erráticamente de un lado a otro. De repente se detuvo, sacó un cigarrillo y lo encendió, era presa de los nervios, miraba hacia el suelo con los ojos muy abiertos.

-Espero que todo esto no sea una broma. -Dijo Javier. -Espero que no lo sea, porque me sentiría demasiado idiota si descubro que alguien nos está engañando.

-¿Alguien sabe que estamos aquí registrando voces? -Contestó Carlos. -¿Y además sabe cuándo lo hacemos para mantenernos ocupados dándonos mensajes? No veo cómo.

-¿En qué frecuencia hemos grabado? -Preguntó Javier.

-¿Y qué más da? -Contestó Lázaro. -No ha sido una onda de radio, sino una alteración de campo electromagnético.

-Es verdad -contestó Fernando. -La habríamos escuchado a través del altavoz. Uno de los dos micrófonos ha capturado algo que el otro no.

-O el paso de los electrones se ha alterado en una pista y no en la otra. -Dijo Javier. -Podemos averiguarlo escuchando las dos sucesivamente.

-Nos hemos olvidado de encender el escáner. -Dijo Fernando, chasqueando la lengua. -Ha habido una alteración electromagnética en esta habitación. Seguro. Tiene que haberla habido, si no... ¿de qué? ¿Cómo se ha colado la voz?

-De la misma forma que se coló en el experimento que hizo Germán en aquella oficina. Hubo una señal en veintinueve megahercios en el momento de la inclusión. Tiene que haberla habido aquí. -Dijo Carlos.

-¿Y cómo apareció en el receptor la vez anterior? -Preguntó Javier.

-Buena pregunta. -Dijo Fernando señalándole con los dedos índice y corazón que sujetaban el cigarro. -No está tan claro. Si hay una anomalía, vamos a decir, en el cable de uno de los micrófonos, también podría ser una onda de radio. Todavía recuerdo aquel día cuando tocaba el bajo en casa y escuché a través del amplificador la voz de un radioaficionado que pasaba por la calle en aquel momento. ¡El susto que me di!

-Y en los teléfonos, no lo olvidemos. -Dijo Lázaro.

-Bien, pues entonces vamos a hacer una cosa: sigamos experimentando así y contémosle a Germán lo que ha ocurrido. -Dijo Carlos mientras se levantaba de la silla y cogía una cerveza del frigorífico. -Quizás él pueda ponerse en contacto con alguien que tenga la capacidad de escanear todo el espectro radioeléctrico y descubrir alteraciones inusuales. Nosotros podemos hacer lo mismo aquí. -Los otros permanecían callados. -¿Y bien? -Levantaron la cabeza y le miraron como saliendo de alguna ensoñación. Finalmente, asintieron con la cabeza.

Norte V

Álex se encontraba absorta, fascinada por aquel libro: "Transmisiones de voces de los muertos" de Friedrich Jürgenson, el descubridor casual del fenómeno. Era documentalista y una tarde se hallaba en el bosque tratando de grabar el canto de un ave para sonorizar una de sus obras. Posteriormente, llegó a casa y escuchó atentamente el registro encontrando una voz entre los trinos del pinzón, un tono furtivo que reclamaba su atención, llamándole por su apodo infantil. Friedrich reconoció en aquella voz a su madre muerta siete años antes. A partir de aquel día se embarcó en la captura de esas inclusiones paranormales que demostraban inteligencia, e incluso le guiaban para mejorar el contacto. Jürgenson nombraba varias veces a su secretaria Lena, fallecida tiempo atrás, como su guía desde la otra orilla en las experimentaciones. A través del tiempo, el investigador se encontró con muchas otras voces que le hablaban desde ese más allá, personas que había conocido en vida y que le saludaban. Para él no cabía la menor duda: estaba en contacto con otra realidad, una realidad vedada a los sentidos de la mayoría pero que era accesible, aunque con mucha dificultad, a través de medios electrónicos.

Jürgenson también había dejado escrita una idea interesante: las personas que componen música pueden escuchar los registros con más facilidad, distinguen mejor su entonación, los principios y finales de las palabras, su cadencia rítmica. Aquello interesó especialmente a Álex, ella se había dedicado a la canción años atrás y tenía muy entrenado el oído. Sus obras destacaban por la densidad, apilaba decenas de pistas con la intención de crear un muro de sonido, de forma que el oyente pudiese percibir matices nuevos con el tiempo.

Su admiración por aquel hombre aumentaba página tras página, había sido capaz de llegar a conclusiones muy interesantes por sí solo, a pesar de lo rudimentario de la técnica de aquellos años sesenta y setenta. Los mensajes de sus interlocutores le animaban a continuar "siga escuchando", le decían muchos de ellos. Parecía que ese otro lado necesitaba expresarse, hacerse oír comunicándose en un idioma conocido por el experimentador.

El libro le reveló un método que no conocía: el método transradio: Consistía en situar un micrófono delante del altavoz de una radio sin sintonizar y grabar el ruido blanco emitido por el aparato, algunos investigadores tenían la teoría de que las voces utilizaban ese soporte sonoro para moldearlo y construir sus frases, como un maestro alfarero utiliza el barro para fabricar un jarrón. En algunas ocasiones, las inclusiones también resultaban audibles a tiempo real, pudiendo establecerse una interacción directa con ellas.

Siguió leyendo acompañada por el sonido de la lluvia, mientras lo hacía tomó la determinación de adentrarse en aquella apasionante disciplina: la transcomunicación instrumental, como era conocida por los expertos en el tema. Pasaría sus días experimentando, empapándose de información y colándose en los ordenadores de los científicos que se encontraban en la base de Nord para comprobar sus avances. Parecía que iban por buen camino, podría aprender mucho de ellos. Miró a la profundidad del edificio, cada vez más en penumbra, y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. Por fin podría pensar en algo más que en su propia miseria.

Los Expertos VI

Lázaro maldecía mientras daba golpecitos con el dedo a la cinta de cassette.

-¿Nada? -Preguntó Fernando mientras sustituía un condensador de la radio que se había quemado. Los vapores del estaño pugnaban por meterse en su nariz.

-Nada, todo sigue igual. Las líneas del listado que deberían alterarse no se alteran. -Respondió Lázaro con hastío. -Me voy a dormir.

-Bueno, Carlos. Vamos a seguir grabando utilizando el ruido de la radio -dijo Fernando mientras colocaba el soldador en su soporte. -De momento, los mensajes no han sido muy coherentes, no tienen mucho que ver con lo recibido al principio. Pero supongo que vamos por buen camino, todo se verá.

-Sí, da la impresión de ser ellos los que eligen cuándo se produce la comunicación... a pesar de sus dificultades para llevarla a cabo. Lo que me ha dejado boquiabierto es que parecen contar con expertos en ese otro lado, hay alguien allí que posee conocimientos técnicos y que se dedica a intentar ajustar los equipos para llegar hasta nosotros. -Carlos cogió una de las cintas de Lázaro y se puso a juguetear con ella. -Según me ha parecido entender. ¿Entonces, empezamos a grabar o nos vamos a dormir como Lázaro y Javier?

-Pues... -Fernando resopló mientras miraba alrededor. Llevaban muchas horas con aquello, intentaban que alguien desde aquel supuesto más allá les diese alguna idea para mejorar el contacto cuando, de repente, sus ojos se abrieron como platos.

-¿Qué pasa? -Carlos miró alrededor espantado.

-Acabo de ver cómo la ventana del procesador de texto se maximizaba. -Dijo Fernando. -Te lo juro. -Carlos miró intrigado el monitor. Sin previo aviso, el puntero se movió hacia la derecha, deteniéndose después. -Has visto lo mismo que yo, ¿verdad? -Fernando se acercó al ordenador y miró la luz del conector de red. El led parpadeó durante varios segundos para apagarse posteriormente. -Creo que alguien está controlándolo remotamente -dijo, por fin. -¿Tienes algo importante, comprometedor en el disco duro?

-No. Uso mi terminal para navegar, para el correo y para guardar los resultados de lo que estamos haciendo aquí. Ya sabes que no podemos tener nada de nuestro trabajo científico en los ordenadores propios. -Los dos hombres se miraron con preocupación.

-De acuerdo. Vamos a hacer una cosa. -Fernando conectó su computadora portátil al modem y la encendió. -Se acabó la experimentación por hoy. Voy a estar por aquí hasta que me venza el sueño esperando a que vuelvan a entrar, a ver si así puedo rastrear el origen. Vete a dormir.

-¿Y no será una tontería, alguien que se dedica a curiosear en equipos al azar y ha dado con el mío? -Carlos intentaba quitarle hierro al asunto.

-Sí, excepto por dos cosas: con el cortafuegos que tienes instalado no resulta especialmente cómodo para alguien introducirse en él, el ataque está siendo dirigido hacia ti por algún

motivo. Sea quien sea el que está entrando, sabe perfectamente lo que hace. Además, esto es una base científico-militar, Carlos. Podría tratarse de un acto de espionaje.

-Me voy a dormir, pues. Si necesitas algo, despiértame. -Carlos palideció y salió tembloroso de la habitación. No tenía muy claro si podía comunicarse tan despreocupadamente con alguien del exterior desde una base militar. Una cosa era colgar fotos de las zonas de descanso y otra muy distinta hablar con alguien de fuera sobre unos experimentos que no tenían autorización para realizar. Si por culpa de aquello las autoridades se enteraban de lo que estaban haciendo en aquel lugar, la cosa podría ser muy seria.

Al día siguiente, Carlos se levantó muy temprano, buscó a Fernando pero no estaba allí, supuso que habría salido al exterior. Era un manojo de nervios. Diez minutos después, su amigo entró ataviado con un gran abrigo, la temperatura en el exterior era de menos treinta grados.

-¿Dónde estabas? -Carlos se levantó de la silla nervioso. Sus manos sujetaban a duras penas la taza de café.

-Estaba hablando con los militares. Volvieron a conectar una hora más tarde.

-¿Cómo que has hablado con los militares? ¡Me la voy a cargar! -La cara de Carlos reflejaba claramente el pánico.

-Solo les he dicho que alguien estaba entrando en tu ordenador de forma no autorizada. Ya he sacado de él todos los documentos que tenías y que podían comprometerte por nuestra experimentación. Les he explicado la situación y, a pesar de que las líneas de internet civiles están separadas de las militares, obviamente podría ser alguien intentando obtener información sensible de aquí. He podido rastrear el origen. La intrusión viene de Finlandia.

-Ah, ¿sí? ¿Y ahora qué va a pasar? -Preguntó Carlos un poco más calmado.

-Tenemos tres horas para desmontar todo el tinglado. Se acabaron las pruebas -dijo Fernando con aire paternalista. -Vamos a pasar los meses que nos quedan haciendo nuestro trabajo y aburriéndonos. Vendrán para hacer un análisis forense de tu equipo, no hay de qué preocuparse. Ahora tendremos que matar marcianos con el cacharro de Lázaro para disimular.

Carlos rió nerviosamente, con cierto alivio. -Supongo que buscarán al hacker.

-Claro. -Contestó Fernando mientras se quitaba el abrigo. -Y ese sí se la va a cargar.

Norte VI

Álex llevaba dos semanas experimentando con el método transradio, algunos de los resultados le habían sorprendido sobremanera. Aquellas entidades parecían conocerla muy bien, le daban mensajes muy personales, la mayoría de ellos de corta duración, algunos muy certeros, hirientes, incluso. Una voz le llamó "asesina", otra voz había dicho "no descansarás mientras permanezcas con vida". Un tono familiar que se dirigía a ella en ruso rompía de vez en cuando el ominoso ambiente, tranquilizándola: "No les escuches, Alek. No fue culpa tuya, mi niña". Su abuela le llamaba de esa forma. Aquello era un mundo por descubrir, Álex había decidido pasar sus días grabando, encerrándose en casa con aquellas entidades. El contenido de las inclusiones cambiaba cuando movía el sintonizador, como si accediese a distintos lugares dentro de ese otro lado. Se había empapado de toda la literatura a la que había tenido acceso en la biblioteca, encontrando teorías interesantes que apoyaban esa idea: voces menos conscientes de sí mismas, perdidas en una especie de zona del olvido, también conocida como "zona gris", que ofrecían mensajes más confusos a menor frecuencia, y otras que ganaban en coherencia cuando aumentaba los ciclos. En cualquier caso no era capaz de asegurar al cien por cien que fuesen realmente quienes decían ser, estaban muy distorsionadas por el ruido de fondo, pero aquello no iba a ser un impedimento para seguir experimentando.

Su vida parecía tener sentido otra vez. Después de tanto tiempo había dado con algo por lo que desvivirse, algo en lo que poder indagar, en lo que ocupar sus horas de soledad. No le interesaba desvelar el misterio, o aportar teoría alguna que explicase todo aquello. Necesitaba contactar con Victoria, confesarle lo que sentía por ella y que ella le dijese si en algún momento el sentimiento había sido mutuo, necesitaba ser perdonada. A veces se veía como una idiota al pensarlo, pero había tenido varias experiencias de comunicación directa con el fenómeno, retando a las entidades a repetir números que iba citando secuencialmente en voz alta. Para su sorpresa, las voces los enumeraban uno tras otro, con su tono robótico y extraño.

Las dos últimas semanas habían sido agotadoras, cuando no se encontraba grabando, llenaba sus horas leyendo sobre el tema. ¿De verdad los comunicantes eran quienes decían ser? "Muertos" le había contestado uno de ellos. ¿De verdad eran eso? La mayoría de expertos en el tema no tenían dudas, estaban accediendo al más allá. Pero, ¿qué dirían los científicos de la base de Nord? ¿Habrían avanzado algo en todo ese tiempo? Mientras se dirigía a casa decidió volver a entrar en el ordenador de Carlos Salgado, quizás él podría tener, por fin, alguna clave que le ayudase a mejorar el contacto. Todo aquel barullo de frases y ruido era agotador para sus oídos.

Álex se encontraba absorta, sumergida en sus pensamientos mientras volvía de la biblioteca, cuando pasó por al lado de una furgoneta de color negro. Dentro pudo ver a dos hombres, uno de ellos se le quedó mirando y le dedicó una sonrisita. "Lo de siempre" -pensó. Llegó a su casa un par de minutos después, encendió el ordenador y puso en marcha todo el protocolo para penetrar en el terminal de Carlos, que estaba en línea. Mientras esperaba se levantó y contempló el exterior. Aquella tarde era como casi todas las demás: fría y oscura, el ambiente perfecto para acceder a ese otro lado, como mirar dentro de una habitación a través de un cristal traslúcido; de vez en cuando alguien se acercaba a esta realidad y decía unas palabras. No estaba claro quién era, solo podía reconocer a duras penas una figura que se asomaba y

que rápidamente volvía a desaparecer. Así era para ella aquel fenómeno. Escuchar aquellas voces, más que algo técnico era un acto que estaba cargado de poesía, de soledad. Imaginaba a Jürgenson grabando en aquel bosque sueco mientras el viento mecía las ramas de los árboles, a Raudive en su casa de Bad Krozingen tras la muerte de su mujer, intentando contactar con el otro lado, también solo. Aquellos investigadores y muchos otros habían sido atrapados por el fenómeno. Álex se imaginaba viviendo así y se dejó acariciar por aquella idea, encerrada en aquella habitación con sus libros, sus aparatos, encerrada en sí misma mientras el tiempo transcurría en el exterior y la gente vivía su vida sin saber nada de todo aquello. Por primera vez se dio cuenta de que no necesitaría a nadie más. A nadie ni a nada.

Algo le sacó de su ensoñación varios minutos después: la furgoneta negra con la que se había cruzado aparcó bajo su casa y de ella salieron cuatro personas, los dos conductores y dos más de la parte posterior. Uno de ellos llevaba una computadora portátil, hacía gestos con las manos a los otros, como si estuviesen buscando algo. Álex palideció, desconectó el receptor WIFI y el resto de aparatos, el hombre que portaba el terminal observó la pantalla confundido, como si hubiese dejado de recibir la señal. No cabía duda: la estaban buscando. Metió el ordenador en el microondas, giró la rueda de encendido y volvió corriendo al salón, mientras el horno chisporroteaba y comenzaba a arder. Había llegado el momento de huir. Solo fue capaz de coger el dinero, la grabadora y su consola de videojuegos, metiendo todo eso en la mochila; no tenía tiempo de cargar con nada más. Subió las escaleras a toda velocidad en dirección al tejado mientras los agentes se dirigían hacia su piso dando gritos dos plantas más abajo, parecían no haberla oído. Álex salió al exterior y echó a correr saltando frenéticamente de terraza en terraza cruzando los pequeños edificios colindantes, intentando apartar las ideas que llegaban caóticamente a su cabeza. ¿Se habría dejado algo allí que la identificase? Pagaba a su casero con dinero en metálico, el alquiler se cerró con un apretón de manos y no había dicho nunca su verdadero nombre. El único vínculo con su anterior vida era su contrato de trabajo y su cuenta corriente, aunque había modificado los registros, falsificando su identidad. Llegó a una terraza cercana y abrió la puerta que conducía a la escalera. Aquella puerta jamás se cerraba con llave, lo sabía perfectamente. Había recreado su fuga varias veces, optimizando las distancias, encontrando puntos de acceso que le permitiesen un rápido escape hacia la calle posterior. Una vez allí notó un ligero olor a quemado en el aire, supuso que se habría incendiado el ordenador y que sus perseguidores habrían abierto la puerta del microondas para tratar de apagarlo, dejando salir los humos tóxicos de su interior. Álex corría desesperada, lo había perdido todo y ya no tenía posibilidad de volver a su anterior vida, solo podía huir.

Llegó hasta la biblioteca con intención de hacer desaparecer los datos de su contrato de trabajo, sería otra pista menos a seguir. Varias sirenas parecían oírse a lo lejos. ¿Bomberos, quizá, se habría incendiado la cocina? Contempló por última vez aquel edificio vacío, el ambiente sombrío que la envolvía y se puso a sollozar. Tenía mucho miedo. ¿Qué podía hacer? ¿Malvivir en el bosque pescando lo que pudiese? Aquella idea estaba bien en su cabeza pero, viéndola ahora tan de cerca, no resultaba factible. Su única opción era marcharse de aquel país.

Álex terminó de eliminar los archivos y las imágenes de la cámara de seguridad y salió de allí enfrentándose al frío, a su soledad. Todo parecía en calma. Sintió envidia de una pareja que pasó por su lado, con su vida segura y llena de comodidades, ajenos a lo que estaba

sucediendo. Tendrían su trabajo, amigos, quizá una gran casa, hijos, un sueldo estable, ropa en los armarios entre la que poder elegir, la nevera llena, se tenían el uno al otro. Ella no tenía nada, solo un cuerpo maltrecho que se consumía entre nervios, pensamientos desbocados, pesadillas y dos personas muertas en su conciencia.

El barco zarparía tres horas más tarde, por lo que entró en la cafetería del puerto y se sentó tras pedir un café. “Tres horas todavía, Dios mío” -pensaba con la cabeza agachada, presionando los botones de la consola de videojuegos, intentando a duras penas parecer absorta por aquel aparato, reprimiendo las lágrimas.

Se veía a sí misma malviviendo en las calles de algún pueblo sueco, quizás no le dejasen subir a bordo, quizás le atrapasen nada más llegar. ¿Por qué había tenido que dejarse llevar de esa manera? No debía haberse colado en el ordenador de nadie, ni haberse conectado a internet, debería haber desaparecido del mundo virtual por completo. Su nivel de paranoia había descendido y ese fue su error, se volvió perezosa. El primer mandamiento de un hacker consistía en borrar todo rastro hasta su origen, y una vez borrado volver a repensarlo todo una vez tras otra, repasar cada acción minuciosamente hasta el paroxismo, hasta asegurarse por completo de no dejar pistas. Pero ella se confió, dejándose llevar por la pasión y la curiosidad.

Un programa de televisión mantenía ocupada la atención de los dos únicos clientes que se encontraban allí. Uno de ellos debía tener entre sesenta y setenta años, el otro algo menos de cincuenta. Álex les miró con disimulo, parecían padre e hijo. De repente, el más joven le dedicó una sonrisa, arqueando solo un lado de la boca, mirándola de arriba a abajo. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza sin control: “Le daría un bofetón, el piso... ¿se estará quemando?, no tengo nada, ¿qué voy a hacer?, no quiero esta situación, me siento sola, Victoria... Victoria”.

Álex se había hecho a sí misma: comenzó siendo una niña apocada e insegura para acabar convirtiéndose en una adulta solitaria, harta del cruel mundo que le rodeaba, hastiada de ver la superficialidad e indiferencia de la gente con los demás. Decidió no dedicar su tiempo a nadie excepto a aquellos que mereciesen la pena y, según su criterio, muy pocas personas cumplían sus exigentes requisitos. Pero la aparición de Victoria le descolocó, con ella sentía que podía desnudar su alma, contarle sus secretos más ocultos. Últimamente se planteaba si Victoria llegó a su vida para salvarle de su soledad, si a pesar de haberse ofrecido a echarle una mano, era ella quien realmente necesitaba su ayuda. Todas aquellas ideas le pusieron enferma, se levantó y se dirigió rápidamente al servicio. Mientras contemplaba en el espejo sus enormes ojos y su tez pálida, suplicó auxilio mentalmente: “Victoria... necesito que me ayudes. Sé que conocerme ha sido lo peor que te pudo pasar, pero ahora sabes, allí donde estés, que todo fue mala suerte. Ayúdame, por favor. Ayúdame, abuela. Tú fuiste la única que me comprendía, jamás me juzgaste”. Apoyó las palmas de las manos en el lavabo, dejando caer parte de su peso. El suave zumbido de la calefacción resultaba tranquilizador, Álex se perdió en él, tenía tiempo de sobra para intentar relajarse. Si iba a acabar en manos de las autoridades no sería en ese mismo momento, así que decidió darse un par de minutos y dejar la mente en blanco, todavía no estaba vencida. Ignoró los fuertes latidos de su corazón y calmó su respiración, tratando de llenar sus maltrechos pulmones hasta el límite para vaciarlos después con gran sonoridad. El ruido de la máquina de café atravesó la pared inundando la

pequeña habitación, generando un ambiente denso, lúgubre, propicio para la concentración. Aquel sonido grave y uniforme acalló la televisión, como si alguien hubiese cortado un fragmento del tiempo y lo repitiese en bucle. Álex se dejaba mecer, una extraña calidez subió por sus piernas, recorriéndola completamente. "Tengo que hacerlo" -se dijo. "Meterme en el papel que me ha sido impuesto e interpretarlo a la perfección". Súbitamente sintió una determinación como pocas veces, apretó con fuerza la pica del lavabo, le dio un fuerte puñetazo y volvió con paso seguro a su mesa, decidiendo que el miedo estaba, desde ese momento, fuera del guión. Se acercó a la barra y sacó unas monedas.

-¿Podría ponerme otro café, por favor? -dijo al camarero en inglés. Mientras el camarero se daba la vuelta y cogía otra taza, Álex se giró y observó a los dos clientes. El de más edad lucía una amable sonrisa, una expresión bonachona y parecía interesado en el programa de televisión. El joven sentado frente a él volvió a mirarla, fijándose esta vez en su trasero. Álex se giró hacia la barra y se apoyó un poco más para que aquel hombre pudiese contemplar mejor aquella parte de su cuerpo.

Cogió el café y el cambio, y se dirigió hacia la mesa ocupada por aquellas dos personas, mientras sonreía al de menos edad.

-Disculpen. -Dijo en inglés. -¿Les importa si me siento con ustedes?

-Claro que no. -Contestó el hombre que la contemplaba con deseo y sorpresa. El viejo le dedicó una amable sonrisa mientras entrecerraba los ojos. Su cara estaba llena de arrugas, visto de cerca parecía ser muy mayor. Álex se sentó al lado del joven y acercó su silla hacia él.

-¿Van ustedes a Suecia? -El anciano seguía sonriendo, parecía no entender inglés.

-Sí, somos de allí. Soy pescador y mi padre me acompañaba en una faena en el mar Báltico, pero se puso enfermo cuando desembarcamos y tuvimos que quedarnos dos semanas en el hospital de este pueblo.

-Ah. -Contestó ella con los ojos muy abiertos. -Espero que ya se encuentre mejor, señor.

-No se moleste, no le entiende -dijo mientras miraba a su padre con aire despectivo. -Además, está bastante sordo. Una consecuencia de trabajar toda la vida en la sala de máquinas de los barcos.

-Entonces, ¿van a coger el siguiente?

-Sí -contestó él, apoyando su antebrazo en el respaldo de la silla con aire altivo. -Somos de Estocolmo.

-¿Cuánto se tarda en llegar? -Álex le dedicó una amplia sonrisa mientras bajaba la mirada hacia los brazos de él. Ya me he hartado de este país. -Su interpretación era magistral, aunque sentía asco por aquel cuarentón y sobre todo por ella misma.

-Dieciséis horas. ¿Viajas sola?

-Siempre. -Álex tomó un sorbo de café y se pasó la lengua por los labios. El hombre miraba su boca con fascinación. Su expresión era soez.

-Salgamos. -Dijo un par de minutos después. -El barco no tardará en zarpar. -Álex se levantó y salió rápidamente tras coger sus cosas. Tenía muchísima prisa por abandonar aquel lugar. Mientras tanto, observaba desde fuera como su nuevo “amigo” ayudaba a su padre a levantarse y le increpaba en sueco, estaba claro que no soportaba que necesitase ayuda. Caminaron unos metros y llegaron a la puerta del embarcadero, Álex se apoyó de espaldas a la verja mientras el tipo seguía hablando de malas formas a su padre y le ayudaba a sentarse en un banco de madera, se agachó para coger un cigarrillo de su mochila e intentó encenderlo sin éxito. De repente, el hombre anduvo rápidamente hacia ella, sacando un mechero.

-Eres un caballero -dijo Álex mientras ladeaba la cabeza y le sonreía seductoramente. -No me has dicho tu nombre.

-Örjan -contestó mientras apoyaba la mano derecha en la verja que conducía al embarcadero. -Quédate el encendedor. No fumo. ¿Para qué va una mujer como tú a Suecia? ¿Vas a trabajar?

-Sí. Ya me he hartado de Finlandia. No me gusta estar atada a nada ni a nadie. -Álex se giró y apoyó su hombro izquierdo en la valla, colocando su cuerpo más cerca de él. Parecía que los nervios volvían, ahora que el momento de marcharse estaba próximo. -Y... ¿esto, cómo funciona? ¿Me pedirán el pasaporte para embarcar?

-Sí, claro. Tienes que enseñarlo antes de subir. ¿Qué pasa, te lo has dejado?

-No, lo tengo aquí. “Maldita sea” -pensó mientras lo sacaba de su bolsillo. -“Si llaman a las autoridades, tendré un problema”.

De repente, creyó percibir de forma semiconsciente un gesto extraño en él, parecía haberse dado cuenta de algo, como si no hubiese sido capaz de disimular sus nervios al coger la documentación. Álex no recordaba haber variado su tono de voz, quizás sobreactuó en su última frase, quizás su tono de indiferencia no fue tal. Un empleado del muelle que vestía un chaleco reflectante de color naranja abrió el candado que cerraba la puerta enrejada.

-Parece que ya podemos subir. -Dijo Örjan mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia su padre.

-Este es el momento -susurró Álex. -Tengo que hacerlo bien. -Miró hacia todos lados para encontrar una posible escapatoria en caso de que ocurriese lo peor. La calle que le condujo hasta allí era la única opción. “Si huyo tendré que esconderme en el bosque. Maldición”. Álex sabía que no podía permitirse temblar, aquel momento era crucial. Sus dos acompañantes pasaron primero, Örjan seguía enfadado con su padre, que se movía con dificultad. Llegaron a la caseta del guarda y enseñaron sus billetes y pasaportes, el funcionario apenas los examinó, dijo algo y continuaron caminando hacia el barco. Álex se acercó mientras su corazón pugnaba por romperle el pecho. “No puedo temblar” -pensaba una y otra vez. Extendió su brazo y entregó sus documentos, el hombre los cogió y los miró atentamente.

-¿Es usted española? -preguntó en inglés.

-Sí, tengo la nacionalidad. Voy a Suecia a trabajar unos meses. -Álex miraba hacia su derecha, calculaba cuánto tardaría en llegar hasta la puerta enrejada si corría con todas sus fuerzas. Tan solo necesitaba una mirada, un gesto extraño, para echar a correr.

-¿Trabajar dónde? -El guarda se giró para entrar en la caseta. “Maldita sea. Va a llamar a la policía” -pensó Álex nerviosamente. “Está bien. Me voy”.

-Tranquilo, tranquilo -dijo de repente Örjan que parecía haber salido de la nada. -Viene con nosotros. -Dijo mientras dedicaba un guiño a Álex y chasqueaba su lengua en un gesto de tenerlo todo bajo control.

-Ah, ¿la conoces?

-Claro. Viene conmigo. Sé amable.

-Adelante. -Dijo el funcionario. Álex cogió el billete y el pasaporte y siguió andando.

-Veo que tienes mano para estas cosas -dijo, tratando de parecer impresionada. Álex miraba hacia atrás compulsivamente fijándose en el guarda. Su cara parecía normal.

-Le conozco. Paso mucho tiempo yendo y viniendo por aquí. Me debes una -contestó él con una suficiencia insoportable. Siguieron caminando y subieron al barco. El día era neblinoso y apacible. Todo estaba en una extraña calma.

Norte VII

El barco se mecía perezosamente, aquel iba a ser un viaje largo para ella. Álex sabía de otra prueba de fuego por la que debía pasar: la llegada al puerto de Estocolmo. Tumbada en la cama de su habitación, pensaba en cómo fumar un cigarrillo sin disparar el detector de incendios. Lo último que necesitaba eran problemas; salir a cubierta a la vista de todo el mundo o acercarse al restaurante era correr un riesgo innecesario, pero se moría de ganas por comer algo, fumar y tomarse un buen café. Pensaba en todo aquello mientras se sumergía en un embriagador sopor. Aquel momento era cálido y frío al mismo tiempo. El barco avanzaba suavemente y le pareció perfecto para dejarse llevar por el sueño, para ir perdiendo la conciencia poco a poco. Los pensamientos ya no se estrellaban incontroladamente en su cabeza, quizás podría relajarse.

Álex pensó en su vida, todo se había ido al traste sin que lo hubiese visto venir. Se sentía desamparada, las palabras de su madre le herían sin compasión: "Sé buena. Jamás tendrás ningún problema si haces lo correcto para ti y para los demás". Se sentía vil recordando sus mentiras a Victoria para tratar de atraerla a su lado; su vida era aburrida hasta que ella apareció, pero era segura. Pensaba en esos adolescentes que creen que los problemas de sus jóvenes existencias son los más importantes del mundo, recordaba su propia adolescencia. Todas sus compañeras suspiraban por chicos que iban dos cursos por delante y ella no tenía a quién contarle su recientemente descubierta sexualidad, frustrada por no poder compartir una realidad que no encajaba con la norma. Su continua lucha por disimular, teniendo que hablar de los compañeros de instituto con sus amigas mientras trataba de quitárselos de encima al mismo tiempo generó un callo en sus sentimientos. Todos querían salir con ella, pero ella pasaba los días poniendo excusas tales como: "Mis padres no me dejan salir con chicos todavía", lo que provocaba las burlas de sus amigas "¿Quieres ser monja, Aleksandra? Nosotras pasamos de nuestros padres. ¿No has besado a nadie todavía?".

Unos golpes en la puerta le sacaron de todo aquello. Álex se incorporó y el miedo volvió, se acercó a la puerta rápidamente mientras tiraba la bocanada de aire que acababa de tomar. Agitó violentamente sus hombros y agarró con fuerza el pomo que abriría la puerta.

-¿Quién es? -preguntó. Su voz salió quebrada. Álex carraspeó. -¿Quién es?

-Soy Örjan. Vamos a comer. ¿Quieres venir?

La puerta se abrió parcialmente.

-No, pero si me traes algo del restaurante te lo agradecería. -La mujer se dirigió hacia la cama y sacó un billete de su mochila. Volvió hacia la puerta ofreciendo el dinero mientras se frotaba los ojos.

-¿Por qué no vienes? Así podremos hablar.

-Gracias, pero me gustaría dormir. -Örjan cogió el billete con desaprobación.

-¿Y qué te traigo?

-Lo que sea. -Contestó ella sorprendida, parecía molesto. -Un sandwich o algo. Y café.

-Vale, tú misma. -El hombre se fue diciendo algo entre dientes.

“Es la primera vez desde esta mañana que no me mira de arriba abajo” -pensó. Cerró la puerta y miró al suelo. “¿Qué podría hacer ahora?” Se dirigió a la cama y vació la mochila. Pasó un buen rato ordenando todos los objetos que había podido reunir en caso de tener que salir corriendo: Un par de latas de conservas, agua, barritas energéticas, cinco mil euros en billetes de todo tipo, anzuelos, sedal, una lata de cebo, dos juegos de ropa interior, dos paquetes de tabaco, una navaja multiusos y un teléfono móvil de prepago que jamás había utilizado. Puso el terminal a cargar y decidió hacer su tabla de ejercicios y estiramientos diarios: Flexiones, sentadillas, abdominales... cualquier cosa que no necesitase de aparatos. Terminó en cuarenta minutos y volvió a echarse en la cama. Un buen rato después, la desesperación le consumía. “¿Dónde se habrá metido?” -se incorporó y destapó una barrita energética. No podía aguantar el hambre. La puerta de la habitación fue golpeada de nuevo. “¡Por fin!” -Álex susurraba todo tipo de palabrotas mientras se disponía a abrir, sabía que debía ofrecerle su gesto más amable, aquel hombre podría seguir resultándole útil.

-¿Sí? -respondió.

-Señorita, le traigo su comida -respondió una voz amortiguada. Álex se desencajó, abrió la puerta y vio a Örjan con una bolsa en una mano y un vaso de plástico en la otra. En su cara se dibujaba una estúpida sonrisa.

-Ah, no reconocí tu voz. Muchas gracias. -Álex cogió la comida y empujó la puerta para cerrarla sin mirarle. -Podríamos cenar los tres esta noch... -pero la puerta no se cerró, el marinero había metido el pie en la habitación, la puerta rebotó contra su zapato.

-Come, no te cortes. -Dijo él mientras ponía su típica cara de golfo seductor. -Örjan entró en la habitación y cerró tras de sí.

-Prefiero comer sola. Me he acostumbrado a hacerlo así. Pero gracias por traer todo esto. -Örjan se acercó a ella, cogió la bolsa y el café y los dejó sobre la mesa.

-¿Crees que no sé que tienes problemas? -dijo pegándose a ella. Su aliento olía a alcohol. -A mí no me engañas. Lo noto en tu mirada. Estás muy nerviosa, te pasa algo. Tienes algún lío legal, ¿verdad? -Álex retrocedió unos pasos hasta darse con los muslos en la cama.

-Estás borracho, tío.

-Venga, no seas estrecha. He visto cómo intentabas seducirme antes. -Contestó él mientras se acercaba todavía más y le apartaba un mechón de la cara. -Si eres buena conmigo, yo te ayudaré cuando lleguemos a Estocolmo.

-Llevas un anillo. ¿Qué pasa con tu mujer?

-Esa desagradecida no quiere saber nada de mí, estamos separados. Dice que le doy asco.

"A mí también, cerdo". -Pensó Álex. Örjan se inclinó sobre ella y la cogió con fuerza de la cintura.

-Recuerda que puedo ayudarte cuando lleguemos, conozco a gente en el puerto. Me lo debes por lo de antes. -Örjan la atrajo hacia sí violentamente. Álex pudo oler mucho más claramente el alcohol en su aliento. La expresión de su cara era extraña, parecía un animal. Estaba claro que si no aceptaba, la forzaría. -Hueles a sudor, pero me da igual. -Acercó sus labios con decisión y la besó.

Álex jamás creyó que fuese a llegar tan lejos. “No tengo otra opción” -pensó con resignación mientras abría su boca y dejaba que aquel desgraciado se aprovechase de ella.

Norte VIII

Örjan se vestía despacio, Álex intentaba no llorar. Había tenido su primera relación sexual con alguien al que asesinaría con sus propias manos, se imaginaba a sí misma apretando la garganta de aquel miserable hasta que crujiese, era capaz de visualizar su agonía con todo lujo de detalles. Aquel tipo no era más que un malnacido.

Örjan se dirigió hacia la puerta y puso su mano en la manivela. Álex se sentó en la cama, apoyando las palmas de sus manos en el colchón. El hombre se dio la vuelta y la observó.

-Esta noche volveré. Cuando mi padre se haya dormido. -La mujer miraba al suelo. -Está claro que tienes algo que ocultar, tu miedo te delata. Lo vamos a pasar muy bien. -Abrió la puerta violentamente y salió. Mientras cerraba le miró con fiereza.

La puerta se cerró y Álex se echó a llorar.

Örjan volvió a repetir su hazaña unas horas después. Álex quería matarle, matarle lentamente. Estaba borracho, seguramente se había pasado toda la tarde bebiendo.

-No has tocado tu cena, parece que te encuentras mal. Tiemblas, sudas... debe ser importante lo que tienes entre manos. -Más que hablar, Örjan balbuceaba. Intentó incorporarse en la cama mientras se rascaba su pecho apenas cubierto de vello canoso, pero su borrachera era demasiado fuerte y se dejó caer violentamente.

-Voy a salir -dijo ella. Se vistió rápidamente y salió al exterior para fumar un cigarrillo. Necesitaba tomar el aire, quitarse su olor. Era repulsivo. Se acercó a la barandilla y vomitó. El cielo era azabache, había anochecido un rato antes. Las nubes engullían las estrellas y la pobre iluminación de cubierta era fría y triste. La oscuridad del mar miraba en su interior, aquel abismo de aguas negras y gélidas era el vivo reflejo del vacío que Álex sentía dentro de sí. Se sentía como un objeto, una cosa que podía ser usada para el beneficio ajeno, algo que podía ser utilizado, humillado y tirado a la basura con desprecio, cuando su poseedor supiese que no se le podía sacar mayor partido, como un niño que destroza el juguete que acaba por aburrirle, olvidando todas las horas de diversión que el mismo le proporcionó.

Álex gemía tratando de tomar aire, su garganta ardía y se sujetaba a duras penas a la barandilla, el vaivén del barco hacía todo aquello mucho peor. Un viajero con gesto amable que había contemplado su derrumbe se aproximó y dijo algo en sueco, pero ella le miró con desprecio, sin decir nada. El hombre se había acercado dispuesto a ayudar, esperando una respuesta que jamás se produjo, por fin comprendió que aquella mujer no le quería tener cerca, se sonrojó y se marchó. El barco se acercaba a puerto por fin, sus luces brillaban lejanas, pero con claridad. Sintió un alivio repentino que fue sustituido rápidamente por el pánico, su gran prueba estaba a punto de terminar: libertad o cárcel. Se dirigió de nuevo hacia la habitación tambaleándose, convenciéndose de interpretar la última parte de aquella obra lo mejor posible: volver a seducirle y después intentar huir.

-Örjan. -Susurró mientras se acercaba a la cama, pero no obtuvo respuesta alguna. -Örjan, ¿me vas a ayudar? -Álex intentaba espabilarle mientras le acariciaba el pecho. Podemos seguir viéndonos, si tú quieres.

-Claro que nos veremos. -Dijo él con un tono de voz arrastrado y ridículo.

-Pues entonces... tienes que vestirte, creo que estamos llegando. -Se inclinó hacia él agitando su tórax. Örjan se levantó y empezó a vestirse con prisa.

-Tengo que despertar al inútil de mi padre. Espéranos en cubierta. -Örjan salió tambaleándose y cerró la puerta violentamente.

-Inútil de mi padre... -Hablaba consigo misma. -Maldito violador... -Recogió su mochila y se aseguró de no dejar nada allí. La habitación hedía a sexo y alcohol. Salió, encendiendo un cigarrillo. Apenas podía notar el frío en su piel, parecía no sentir nada.

Los minutos que el barco empleó en atracar y desplegar la rampa resultaron interminables, el tumulto de pasajeros comenzó por fin a avanzar y Álex se situó detrás de sus dos acompañantes.

-Ten a mano el pasaporte. -Dijo Örjan con una extraña claridad, parecía estar sobrio, sin duda tenía experiencia en el dudoso arte de beber. La cola avanzaba rápidamente y pronto llegaron a la altura de los dos funcionarios que comprobaban la documentación. A su lado, un policía observaba atentamente a los viajeros. Örjan entregó sus papeles y los de su padre al guarda situado a su derecha, el cual se los devolvió sin mirarlos mientras decía algo y se carcajeaba después. El tipo de la izquierda extendió su mano hacia ella, pidiéndole los suyos. Örjan se giró hacia él y le dijo algo. El guarda le miró y después observó a Álex, abrió su pasaporte, lo miró brevemente y se lo devolvió, luego le dio un codazo amistoso a Örjan mientras meneaba la cabeza. Continuaron andando y la mujer se giró disimuladamente. Todo parecía normal. Los dos hombres seguían haciendo su trabajo y el policía no había prestado atención a la escena.

-¿Qué le has dicho? -Preguntó.

-Nada importante. Les conozco de sobra. Ya te he dicho que trabajo en el mar. El que ha cogido tus papeles es un viejo amigo.

Salieron de las instalaciones y subieron un taxi. Örjan dio unas indicaciones al conductor y arrancaron.

-Te vas a quedar en mi casa hasta que encuentres un sitio para ti -dijo mientras le acariciaba el muslo. -Paso de tener a una mujer conmigo, ya he tenido suficiente con la mía, pero nos vamos a seguir viendo.

Álex intentaba reprimir las lágrimas con todas sus fuerzas. Por primera vez el suicidio le pareció una alternativa razonable. ¿Para qué iba a vivir así? No quería arrastrarse por el mundo siendo la concubina de nadie. Pensaba que sería más sencillo, quizás seducirle sin implicar sexo y luego darse a la fuga, pero había perdido toda dignidad, se había convertido en su rehén. ¿Qué ocurriría si Örjan se cansaba de ella? ¿Alertaría a las autoridades? ¿Cómo podría huir de él si conocía tan bien su cara? Álex miraba las calles a través de la ventanilla del coche, aquello era más de lo mismo, las casas que antaño le gustaban le parecían horribles y repetitivas, un paisaje urbano que se antojaba como una prisión, más que como una ciudad. Se contempló a sí misma como ama de casa, prisionera de alguien a quien no quiere, sin más

objetivo que fregar sus platos, lavar su ropa, entregarse a él cada noche y soportar la rabia y las borracheras de un alcohólico que regresaría a su hogar cada día después de llevar a cabo un trabajo que odia, que pasa por la vida precisamente como la clase de personas que ella no soporta: sin objetivo, sin ambición, sin sed de conocer, sin preguntas. La radio ofrecía una serie de jingles y algo que parecía un programa de política, el conductor no decía nada, parecía estar absorto por la emisión. Un rato después el taxi llegó a su destino, se apearon y cogieron el equipaje. Mientras tanto, el padre abría la puerta.

El ambiente de aquella casa era claustrofóbico, todo estaba desordenado. Örjan entró en una habitación al final del pasillo. A la izquierda, una puerta abierta dejaba ver la cocina, los platos sucios se apilaban en el fregadero, la ropa rebosaba en un cesto junto a la lavadora, los botes de cerveza vacíos y los vasos desperdigados por la mesa demostraban claramente la vida miserable que llevaba aquel tipo. El padre comenzó a subir las escaleras pausadamente y se detuvo una vez llegó al rellano, se giró y miró a la mujer con conmiseración durante unos segundos, apoyó la mano en la barandilla y siguió su camino al piso superior con dificultad.

Örjan apareció de nuevo en el pasillo y comenzó a subir las escaleras.

-Vamos a dormir -dijo mientras subía. -Entra en aquella habitación. -Álex se dirigió hacia allí y dejó la mochila en el suelo, echando un vistazo alrededor. La cama estaba pegada a la pared derecha, un armario y varias estanterías llenas de discos compactos se disponían en la pared más larga. Todo estaba bastante ordenado en comparación a la cocina que acababa de ver. Una gran pelota de aeróbic y un pequeño manojo de ropa descansaban en el suelo, bajo la ventana. Se acercó a un mueble y contempló unas fotos en blanco y negro. ¿Familiares suyos? Álex observaba con curiosidad, no parecía su habitación, no encajaba con su personalidad, pero la cama estaba deshecha, tenía que ser su dormitorio. De repente, algo le sacó de su ensoñación: unos gritos provenientes del piso superior y lo que pareció ser un bofetón, luego escuchó unos pasos y el ruido de alguien que orinaba y después tiraba de la cadena.

Pasos en el piso superior otra vez, pasos en la escalera y en el pasillo de la planta inferior. Finalmente, Örjan apareció en el dormitorio, el enfado se reflejaba en su cara.

-Necesito entrar al aseo -dijo ella.

-Ah, sí. -Contestó él sin ni siquiera mirarla. -Está en el piso de arriba.

Álex subió las escaleras dirigiéndose hacia la habitación del fondo. Mientras caminaba por el pequeño corredor que le llevaría hasta allí, pasó por delante de un dormitorio. En él pudo ver al padre sentado en la cama con unas marcas rojas en su mejilla derecha, como signos de exclamación. No se movía, solo miraba al suelo. No tuvo más remedio que hacer sus necesidades en aquel aseo mohoso y mugriento mientras apoyaba la cara en las palmas de sus manos. Quizás le vendría una idea a la cabeza cuando se hubiese acostumbrado a la situación, cuando tuviese bien estudiados todos los movimientos y horarios de aquel bastardo podría idear un plan para huir. En ese momento tenía mil cosas en la cabeza, el día había llevado sus nervios al límite y se sentía sobrepasada, debía dejarlo reposar, pensarlo con la cabeza fría. Necesitaba dormir. ¿Podría hacerlo? Se levantó, tiró de la cadena y salió. Ya no había luz en la

habitación del padre, bajó las escaleras con resignación y volvió a entrar en el dormitorio. Örjan estaba metido en la cama.

-Has tardado mucho -le dijo. -Quítate los pantalones y la camiseta y ven aquí. -Ella le miró y comprendió inmediatamente que no iba a aguantar mucho despierto, tenía los ojos hinchados y la cara roja. Se desvistió, se metió en la cama y se tapó, dándole la espalda. Örjan apagó la pequeña lámpara y empezó a acariciar su cintura con su mano dura y callosa. -Estás muy buena, joder. Eres la mujer más guapa que he visto en mucho tiempo. No has tenido hijos, ¿Verdad? -Álex no contestaba. -Aprenderás a apreciarme. Después de lo que he hecho por ti... No tengo que volver a trabajar hasta dentro de tres días... -poco a poco, la absurda perorata de aquel puerco se hacía más pausada y sus tocamientos cesaban. Örjan se quedó dormido. Un rítmico ronquido cada vez más fuerte rompía el silencio de aquella casa, la luz anaranjada de las farolas se colaba por la ventana, inundando la habitación. Álex sabía que no podría conciliar el sueño, estaba acostumbrada a la quietud, a la oscuridad y a no compartir su cama con nadie. Al cabo de unos minutos decidió levantarse, se puso la camiseta y salió.

Caminó por el pasillo durante largo rato. Sus pensamientos eran incoherentes. De repente se sintió mareada, extenuada. Quería salir de allí, quería dormir, gritar. Se sentó en un escalón y empezó a sollozar. “¿Dónde me he metido?” -pensaba. Los ronquidos de su secuestrador no cesaban. Álex lloraba intentando hacer el menor ruido posible cuando escuchó unos leves ruidos en el piso de arriba. Unos pasos comenzaron a bajar el primer tramo de las escaleras, se levantó mirando hacia la planta superior, inmóvil. Al cabo de unos segundos, el padre llegó al rellano. Podía distinguir perfectamente su pijama a cuadros blancos y azules y su andar torpe mientras recorría el tramo que le llevaría a la planta baja. El anciano caminaba despacio, apenas hacía ruido. Con su mano derecha se agarraba del pasamanos y con su mano izquierda hacía gestos a la chica para que se quedase donde estaba.

“¿Qué querrá de mí?” -pensó. “¿Querrá hablar? No puede ser, no me entiende”. El hombre llegó por fin a su altura y se puso el dedo índice sobre los labios en señal de silencio, cogió su brazo y la llevó hasta la cocina, encendió una pequeña lámpara y volvió a acercar el dedo a sus labios. Señaló a Álex y después se señaló su ojo, abrió lentamente un cajón y sacó una carpeta. Dentro de ella pudo ver tres documentos en sueco, el anciano remarcaba con sus dedos ciertas palabras en ellos, pero ella no las entendía. De repente, apartó aquellos papeles y colocó una foto sobre la mesa en la que podía verse a una mujer en primer plano. Aparentaba tener más de cuarenta años, tenía el ojo izquierdo hinchado y morado y el labio superior agrietado. El hombre cogió la foto y apuntó en dirección a la habitación, luego le mostró su dedo anular. Ella lo entendió perfectamente: aquella era la esposa de Örjan, él la maltrató y ella le abandonó. Aquellos papeles debían ser copias de las denuncias y partes de lesiones. Extendió su arrugada mano haciendo gestos que ella interpretó como que debía salir de allí, Álex encogió los hombros y miró hacia el dormitorio, el padre señaló aquel lugar y después se señaló a sí mismo con las dos manos, mientras sacaba pecho. De alguna forma, parece que él se encargaría, volvió a hacer el gesto que le indicaba que debía irse rápidamente, la mujer afirmó con la cabeza y fue a recoger sus cosas mucho cuidado. Örjan seguía roncando pesadamente, no se había movido ni un ápice, su sueño era indudablemente profundo. Volvió a la cocina y terminó de vestirse mientras el anciano la observaba con preocupación. Alargó el brazo y le entregó un libro: era un mapa de carreteras de Suecia, ella lo cogió y le miró dedicándole pequeñas

reverencias en señal de agradecimiento, el viejo cogió algo de la bancada y se lo ofreció, era un fajo de billetes. Álex arqueó las cejas, mostrándole su mochila. El hombre dejó el dinero y fue caminando hacia la puerta mientras le dedicaba gestos para que le siguiese, introdujo su llave en la cerradura y comenzó a girarla muy lentamente, aunque aquello no evitó que el pasador saltase como un disparo resonando por toda la casa, los dos se giraron rápidamente hacia el final del pasillo, pero los ronquidos no variaron en ningún momento. La puerta se abrió por fin y el aire frío entró en la casa, cortando su rostro, Álex intentó volver a mirar a su salvador para darle las gracias sin éxito, ya que éste la sacó de allí violentamente, a empujones. La mujer se encontró de repente en medio de la acera y se giró para contemplarle por última vez. Cuando se dio la vuelta, aquella puerta ya se había cerrado. Debía ser su hogar, sin duda. Aquella persona conocía cada centímetro cuadrado de mismo y sabía cómo moverse por él para no causar alboroto. Resoplando, miró a ambos lados y empezó a caminar.

La Voz II

Aunque la primavera había comenzado oficialmente dos semanas antes, el tiempo seguía siendo desapacible, parecía que el invierno se resistía a abandonar su trono y seguía imponiendo su mandato de días sombríos. Germán observaba la calle desde su querida cafetería y se fijó en una pareja que pasó por delante del gran ventanal. Él apoyaba su brazo izquierdo en el hombro de ella y ella se agarraba con fuerza a la cintura de él, parecían no querer dejarse escapar el uno al otro. Sus caras mostraban una radiante felicidad como solo dos enamorados pueden expresar, caminaban despreocupados, como si el mundo no existiese para ellos. De repente, el chico le dijo algo al oído y ella se echó a reír, reclinando la cabeza hacia atrás. La pareja siguió su camino, perdiéndose entre la multitud. Germán contempló su taza de café ya vacía y sonrió. Se alegraba sinceramente por la gente que había encontrado la felicidad. Él era feliz a su manera, jamás había encontrado el amor, jamás lo había necesitado verdaderamente. Estaba enamorado de los libros, de las ideas... no pensaba en cómo sería su existencia si se hubiese casado, no le preocupaba todo aquello. De alguna forma se sentía pleno y sabía que habría tenido que renunciar a muchas cosas si hubiese compartido su vida con alguien más.

-...así que sus conclusiones nos llevan a este punto en común. -Dijo mientras se acomodaba en la silla. -Bien... -hizo una larga pausa -me parece muy interesante todo lo que me han contado, creo que hemos avanzado mucho. Discúlpenme por no tutearles, pero ahora que les tengo delante… Como decía, se abre ante nosotros un universo de posibilidades que no podemos explicar por completo, pero que sin duda supondrá un avance para todos aquellos que decidan abordar este tema de una forma seria y académica. Yo seguiré investigando.

-Y nosotros también -dijo Fernando. -Por una parte tenemos al sector más radical del escepticismo que denuesta todo esto, incluso parece que se están dando llamadas falsas intentando ensuciar la veracidad del fenómeno. Me jugaría mi carrera a que son esos mismos fanáticos de la ciencia los que están detrás, tratando de perjudicar nuestra credibilidad, pero me da igual. Tenemos claro que de alguna forma se ha abierto una puerta a un contacto con otra realidad.

-Y luego están los mensajes -continuó Lázaro. -Encontramos de todo: desde voces que se identifican como fallecidos, otras que dicen no ser humanas, músicas, ruidos extraños...

-Según lo que nos han contado, da la impresión de que ellos también cuentan con aparatos que intentan calibrar, parece que no les resulta fácil. -Interrumpió Carlos. -Su teoría sobre la radiación de fondo de microondas fue una pista muy buena, pero todavía no sabemos nada del ingeniero chino, seguimos intentando localizarlo. Tampoco sabemos qué significa la señal en veintinueve megahercios que recibió usted, todo se antoja como un enorme puzle que debemos ir montando poco a poco. Es un nuevo paso para la transcomunicación instrumental, un fenómeno que siempre nos ha acompañado, pero que, por algún motivo, ha comenzado a expresarse de otra forma.

Germán volvió a mirar al exterior. Empezó a llover de nuevo. Sus ojos resplandecían, se sentía depositario de un conocimiento que podría cambiar la historia de la humanidad a muy largo plazo. Aquellos cinco hombres habían metido la llave en la cerradura de una puerta que

conducía a lo desconocido, ellos eran las piedras sobre las que seguir edificando la disciplina que algún día sería aceptada por la ciencia, quizá muchas décadas después. De repente comprendió que su tiempo de vida restante era tremendamente valioso, no podía perder ni un solo momento de su existencia, debía desentrañar lo que ocultaba aquello, desmadejar aquel enredado y curioso ovillo que podría permitir llevar al laboratorio un posible contacto con el más allá.

-Queridos amigos -dijo por fin -sigamos en ello. Hoy en día no hay distancias gracias a Internet. Colaboremos, pues. Aprendamos de nuestros errores y avancemos juntos. Debemos desarrollar una metodología lo más cercana posible al canon científico para poder dar a este fenómeno un sustrato de seriedad. -Hizo una larga pausa mientras los cuatro científicos le observaban atentamente, sin moverse. -Lo que tenemos entre manos es mucho más importante que nuestros egos o intereses personales, hablamos de un contacto con otra realidad, de probar que nuestros seres queridos siguen existiendo en alguna parte. Lo que tenemos es, pues, un halo de esperanza para toda la humanidad. Sigamos en ello, como digo. Inventemos hipótesis y falsémoslas, solo la falta de imaginación nos puede detener. Dediquemos nuestras vidas a hacer algo más grande que todos nosotros, empecemos a construir un puente hacia ese otro lado con toda nuestra ilusión.

Un silencio denso se hizo dueño de aquel confortable rincón. Los cuatro expertos miraban a Germán sin pestañear, se sintieron imbuidos de una extraña fuerza, de inspiración. Germán daba vueltas entre sus dedos a su pequeña grabadora mientras miraba a sus amigos con expresión solemne.

-Maestro -dijo Javier por fin. -Cuente conmigo para construir ese puente junto a usted.

-Cuente con todos nosotros. -Dijo Carlos.

Germán volvió a mirar a través de la ventana. La calle empedrada se llenaba de charcos mientras la gente corría, intentando guarecerse.

Rafael II

Rafael abrió la puerta de casa y entró rápidamente. Mientras se quitaba el chaquetón empapado se giró hacia la puerta, aún abierta, y dijo:

-¿Por qué no entras?

-Espera, que me quito el barro de los zapatos. -Una chica rubia entró en casa, cerrando tras de sí.

-¿Te has mojado mucho? -Preguntó Rafael mientras guardaba despreocupadamente la compra en la nevera.

-No. Hemos sido bastante rápidos. -La chica se sentó en el sofá y encendió el ordenador. -Oye, te propongo una tarde de sábado en casa. Sofá, película y una pizza para comer.

Rafael le miró por el rabillo del ojo mientras sonreía.

-Sofá, pizza y película. Suena perfecto, oye, antes de ponerte con tus cosas... ¿puedes entrar en la página "The Voice" y dejarme echar un vistazo rápido?

-¿Todavía estás con eso? -Preguntó ella con tono de cansancio. -¿No son bromas telefónicas?

-Mira, no voy a discutir otra vez. -Replicó él sonriendo. -Ya te he contado que recibí una de esas llamadas y casi me muero del susto.

-Te gastaron una broma. -Contestó ella. -¡Ay, le dieron un sustito! -Dijo la chica con tono infantil.

-Bueno, vale. -Dijo él mientras se sentaba a su lado. -Parece que es pecado creer en lo que uno quiera.

-Lo que es pecado -le interrumpió mientras cerraba el ordenador portátil -es que te pongas tan serio. -La chica miró a Rafael con cara de enfado, dejó el aparato a un lado y se echó encima de él. -Escúchame bien: hueles mal, estás mojado y en el piso de arriba tienes algo que se llama ducha. ¿Y sabes lo mejor? En la ducha hay espacio para dos. -La chica le miró a los ojos y se mordisqueó el labio inferior.

Rafael se levantó y cogió su mano. Desaparecieron rápidamente escaleras arriba.

Norte IX

Álex arrastraba un saco de treinta kilos sobre el suelo embarrado de la granja. Los malos recuerdos quedaban ya muy atrás, no sabía qué había sido de Örjan ni de su padre. Tenía una regla que jamás rompía: no veía la televisión, no escuchaba la radio ni leía los periódicos. No se mantenía informada. La granja en la que trabajaba se situaba al noroeste de Estocolmo, había llegado allí haciendo auto-stop tras varios días de carretera, durmiendo al raso y comiendo pescado que ella misma fue capaz de obtener de un río que encontró en su camino. La prueba fue menos dura de lo que creía, tenía alma de superviviente.

Su trabajo allí era muy duro: esparcir paja en las casetas de los pollos, limpiar, dar de comer a los animales, recoger a los que se morían, llenar las grandes cubetas para que pudiesen beber... las jornadas eran largas, pero había aprendido rápido y optimizaba el tiempo eficientemente, así podía terminar antes y tenía tiempo libre para ella misma.

El dueño del negocio era una buena persona, un hombre de unos cuarenta años, casado y con dos hijas de doce y diez, Álex les ayudaba con sus estudios a menudo. Eran una familia feliz, saltaba a la vista. Su nuevo jefe jamás le trataba mal, incluso le acogió en su propia casa cuando se presentó a pedirle trabajo tiritando, cubierta de barro y de suciedad. Dos meses más tarde le ofreció un contrato, pero ella se negó y él no preguntó. Poco a poco, Álex ahorró algo de dinero y pudo alquilar un pequeño piso que un allegado de la familia le dejó por buen precio en el pueblecito. Aquel hombre iba de vez en cuando a la capital a comprar materiales que se necesitaban en la granja y le traía cosas por encargo: tabaco, libros en inglés, algo de electrónica, discos... de vez en cuando se permitía un capricho y le pedía una botella de vino, posteriormente se la regalaba al granjero, que siempre la invitaba a comer como agradecimiento. La vida de aquella gente era tranquila y sencilla, pasaban sus días con sus labores, sacrificándose y trabajando duro para dar un buen futuro a sus hijas. Álex acabó sintiéndose también responsable de las niñas y por eso se ofreció a darles clases particulares, intentaba hacer de ellas unas buenas estudiantes, con recursos ante la vida que iban a encontrar, se implicó en su educación, en mostrarles que era maravilloso aprender, en hacerles ver que el saber otorga un poder personal que capacita a quienes lo tienen para vivir de una forma mucho más plena, que la vida adquiere más sabor cuando se tiene curiosidad por conocer.

-Si tienes cultura podrás hacer lo que quieras. Si no la tienes, acabarás por hacer lo que los demás decidan. -Dijo Álex mientras miraba a la más pequeña a los ojos. La niña se resistía a terminar los deberes.

-Pero yo quiero jugar -dijo ella.

-Si tienes cultura no tendrás miedo de nada, no te dará reparos coger un avión y visitar otros países, verás cosas que no encuentras aquí, harás muchos amigos en todo el mundo que te enseñarán formas diferentes de entender la realidad, podrás emocionarte mirando un cuadro. Si no tienes cultura, tan solo conocerás lo que hay alrededor de este lugar y lo que veas por televisión, pero si posees conocimiento decidirás por ti misma lo que quieres hacer con tu vida. Harás lo que tú quieras. Es como tener un súper poder.

-Cuando sea mayor quiero ser como tú -dijo la pequeña mientras dejaba el lápiz. Álex frunció ligeramente el ceño.

-¿Por qué quieres ser como yo? -preguntó con atención.

-Quiero ser tan guapa y tan fuerte como tú.

Álex levantó las cejas con sorpresa.

-Pero tú eres mucho más guapa que yo. -Dijo entre risas. -Cuando seas mayor serás tan preciosa como tu madre. -Levantó la vista, viéndose sorprendida por la madre de las niñas que contemplaba divertida aquella escena, la mujer se besó la mano y la extendió en dirección a Álex que sonrió, agachando la cabeza. -Venga, vamos a seguir, que nos queda muy poco para terminar...

Álex recordaba aquella escena con ternura mientras terminaba de esparcir la paja por el suelo de la caseta, los pollos corrían de un lado para otro. Una vez terminó salió de allí, tiró la basura y anduvo en dirección al pueblecito. Fumaba con satisfacción mientras dejaba que el poco sol que quedaba confortase su cuerpo. Ya en su piso se desvistió y se duchó, después se dejó caer en el sofá mientras miraba alrededor. “Tengo que encargar más pintura” -pensó. Intentaba hacer de aquello su hogar, imprimir su sello personal entre aquellas paredes que cada día le resultaban más acogedoras. Parecía haber encontrado su sitio, por fin. El día estaba herido de muerte. En el cielo, las nubes de color violeta anunciaban una oscuridad que muy pronto engulliría aquel valle apático y triste. A varios kilómetros de allí, unas imponentes montañas se dejaban bañar por un gran lago al que iba a perder el tiempo de vez en cuando. Álex se sentía parte del todo. Insignificante, aunque en una relativa paz. Su vida en aquel lugar era monótona y aburrida, pero ella guardaba un secreto, un secreto que le llenaba de esperanza y le animaba a seguir viviendo.

Miró al suelo y sonrió. Se dio la vuelta dejándose caer en un sillón, frente a su escritorio, alargó la mano y encendió una radio que encontró en la buhardilla de aquel piso, colocó un micrófono frente al altavoz, comenzando a grabar. Una onda uniforme se dibujaba en la pantalla del ordenador. Concentrándose en el leve siseo que rompía el silencio de la habitación, dijo con voz suave:

-Victoria. ¿Estás ahí?